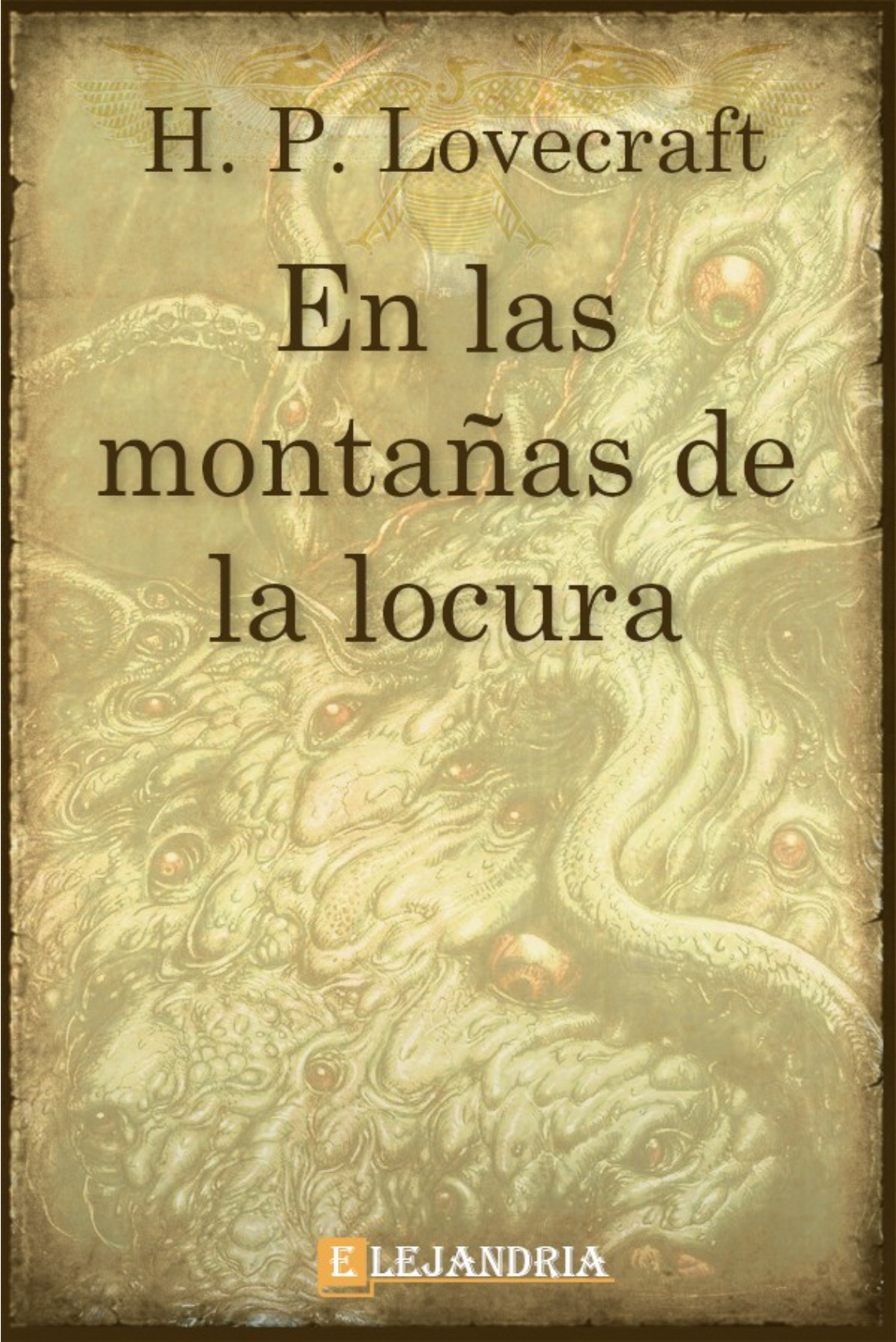


H. P. Lovecraft

En las
montañas de
la locura

E LEJANDRIA



H. P. Lovecraft
En las
montañas de
la locura

E LEJANDRIA

EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA

H. P. LOVECRAFT

1936

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PORTADA BASADA EN LA IMAGEN DE NOTTSUO - NOTTSUO.DEVIANTART.COM

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

I

Me veo obligado a hablar porque los hombres de ciencia se han negado a seguir mis consejos sin saber por qué. Es totalmente contrario a mi voluntad que diga mis razones para oponerme a esta contemplada invasión de la Antártida, con su vasta caza de fósiles y su perforación y derretimiento al por mayor de los antiguos casquetes polares. Y me resisto aún más porque mi advertencia puede ser en vano.

La duda sobre los hechos reales, ya que debo revelarlos, es inevitable; sin embargo, si suprimiera lo que parecerá extravagante e increíble, no quedaría nada. Las fotografías hasta ahora retenidas, tanto ordinarias como aéreas, contarán a mi favor, pues son condenadamente vívidas y gráficas. Sin embargo, se dudará de ellas debido a los grandes alcances que puede tener la falsificación inteligente. Los dibujos a tinta, por supuesto, serán ridiculizados como evidentes imposturas, a pesar de la extrañeza de la técnica, que los expertos en arte deberían observar y desconcertar.

Al final debo confiar en el juicio y la posición de los pocos líderes científicos que tienen, por un lado, suficiente independencia de pensamiento para sopesar mis datos por sus propios méritos terriblemente convincentes o a la luz de ciertos ciclos de mitos primordiales y altamente desconcertantes; y por otro lado, suficiente influencia para disuadir al mundo explorador en general de cualquier programa precipitado y demasiado ambicioso en la región de esas montañas de locura. Es un hecho desafortunado que hombres relativamente oscuros como yo y mis asociados,

relacionados sólo con una pequeña universidad, tengan pocas posibilidades de causar impresión cuando se trata de asuntos de naturaleza salvajemente extraña o altamente controvertida.

Además, en nuestra contra está el hecho de que no somos, en el sentido más estricto, especialistas en los campos que nos ocupan principalmente. Como geólogo, mi objetivo al dirigir la Expedición de la Universidad de Miskatonic era exclusivamente el de obtener muestras de roca y suelo a gran profundidad de varias partes del continente antártico, con la ayuda del notable taladro ideado por el profesor Frank H. Pabodie de nuestro departamento de ingeniería. No deseaba ser un pionero en ningún otro campo que no fuera éste, pero esperaba que el uso de este nuevo aparato mecánico en diferentes puntos a lo largo de caminos previamente explorados sacara a la luz materiales de un tipo hasta ahora inalcanzable por los métodos ordinarios de recolección.

El aparato de perforación de Pabodie, como el público ya sabe por nuestros informes, era único y radical por su ligereza, su portabilidad y su capacidad de combinar el principio de la perforación artesanal ordinaria con el principio de la pequeña perforación circular de roca, de tal manera que podía hacer frente rápidamente a estratos de dureza variable. El cabezal de acero, las varillas articuladas, el motor de gasolina, la torre de perforación de madera plegable, la parafernalia de dinamita, la cuerda, la barrena de extracción de residuos y la tubería seccional para perforaciones de cinco pulgadas de ancho y hasta mil pies de profundidad, todo ello formaba, con los accesorios necesarios, una carga no mayor que la que podían llevar tres trineos de siete perros. Esto fue posible gracias a la inteligente aleación de aluminio con la que se fabricaron la mayoría de los objetos metálicos. Cuatro grandes aviones Dornier, diseñados especialmente para el tremendo vuelo

de altura necesario en la meseta antártica y con dispositivos añadidos de calentamiento de combustible y arranque rápido elaborados por Pabodie, podían transportar toda nuestra expedición desde una base en el borde de la gran barrera de hielo hasta varios puntos interiores adecuados, y desde estos puntos nos serviría una cuota suficiente de perros.

Planeamos cubrir un área tan grande como lo permitiera una temporada antártica -o más, si fuera absolutamente necesario-, operando principalmente en las cordilleras y en la meseta al sur del Mar de Ross; regiones exploradas en mayor o menor grado por Shackleton, Amundsen, Scott y Byrd. Con los frecuentes cambios de campamento, realizados en avión y que implicaban distancias lo suficientemente grandes como para ser de importancia geológica, esperábamos desenterrar una cantidad de material sin precedentes, especialmente en los estratos precámbricos de los que se había obtenido anteriormente una gama tan reducida de especímenes antárticos. También deseábamos obtener la mayor variedad posible de rocas fosilíferas superiores, ya que la historia de la vida primitiva de este sombrío reino de hielo y muerte es de la mayor importancia para nuestro conocimiento del pasado de la Tierra. Que el continente antártico fue una vez templado e incluso tropical, con una vida vegetal y animal rebotante de la que los líquenes, la fauna marina, los arácnidos y los pingüinos del borde norte son los únicos supervivientes, es una cuestión de información común; y esperábamos ampliar esa información en variedad, precisión y detalle. Cuando un simple sondeo revelaba indicios fosilíferos, ampliábamos la abertura mediante voladuras, con el fin de obtener especímenes de tamaño y condición adecuados.

Nuestras perforaciones, de profundidad variable según la promesa que ofreciera el suelo o la roca superior, debían limitarse a las

superficies de tierra expuestas o casi expuestas, que inevitablemente eran laderas y crestas debido al espesor de una milla o dos de hielo sólido que cubría los niveles inferiores. No podíamos permitirnos el lujo de malgastar la profundidad de una cantidad considerable de mera glaciación, aunque Pabodie había elaborado un plan para hundir electrodos de cobre en gruesos grupos de sondeos y fundir zonas limitadas de hielo con la corriente de una dinamo accionada por gasolina. Es este plan -que no podíamos poner en práctica más que experimentalmente en una expedición como la nuestra- el que la próxima expedición Starkweather-Moore se propone seguir, a pesar de las advertencias que he hecho desde nuestro regreso de la Antártida.

El público conoce la Expedición Miskatonic a través de nuestros frecuentes informes inalámbricos al Arkham Advertiser y a la Associated Press, y a través de los artículos posteriores de Pabodie y míos. Estábamos formados por cuatro hombres de la Universidad -Pabodie, Lake del departamento de biología, Atwood del departamento de física -también meteorólogo- y yo, que representaba a la geología y tenía el mando nominal, además de dieciséis ayudantes: siete estudiantes graduados de Miskatonic y nueve mecánicos cualificados. De estos dieciséis, doce eran pilotos de avión cualificados, y todos menos dos eran operadores inalámbricos competentes. Ocho de ellos entendían la navegación con brújula y sextante, al igual que Pabodie, Atwood y yo. Además, por supuesto, nuestros dos barcos -ex balleneros de madera, reforzados para condiciones de hielo y con vapor auxiliar- tenían una dotación completa.

La Fundación Nathaniel Derby Pickman, con la ayuda de algunas contribuciones especiales, financió la expedición; de ahí que nuestros preparativos fueran extremadamente minuciosos, a pesar

de la ausencia de gran publicidad. Los perros, los trineos, las máquinas, el material de campamento y las piezas sin montar de nuestros cinco aviones se entregaron en Boston, y allí se cargaron nuestros barcos. Estábamos maravillosamente bien equipados para nuestros propósitos específicos, y en todos los asuntos relacionados con los suministros, el régimen, el transporte y la construcción del campamento nos beneficiamos del excelente ejemplo de nuestros muchos predecesores recientes y excepcionalmente brillantes. Fue el inusual número y la fama de estos predecesores lo que hizo que nuestra propia expedición - aunque ejemplar- fuera tan poco notada por el mundo en general.

Tal y como relatan los periódicos, zarpamos del puerto de Boston el 2 de septiembre de 1930, tomando un curso tranquilo por la costa y a través del Canal de Panamá, y parando en Samoa y Hobart, Tasmania, en este último lugar tomamos las últimas provisiones. Ninguno de nuestros exploradores había estado antes en las regiones polares, por lo que todos confiábamos mucho en los capitanes de nuestros barcos -J. B. Douglas, al mando del bergantín Arkham, que actuaba como comandante del grupo marítimo, y Georg Thorfinnssen, al mando de la barca Miskatonic, ambos veteranos balleneros en aguas antárticas.

A medida que dejábamos atrás el mundo habitado, el sol se hundía cada vez más en el norte y permanecía cada día más tiempo sobre el horizonte. Alrededor de los 62° de latitud sur avistamos nuestros primeros icebergs -objetos parecidos a mesas con lados verticales- y justo antes de llegar al círculo antártico, que cruzamos el 20 de octubre con ceremonias apropiadamente pintorescas, nos vimos considerablemente perturbados por el hielo del campo. El descenso de la temperatura me molestó considerablemente después de nuestro largo viaje por los trópicos, pero traté de prepararme para

los peores rigores que se avecinaban. En muchas ocasiones, los curiosos efectos atmosféricos me encantaron; entre ellos, un espejismo sorprendentemente vívido -el primero que había visto- en el que los bergs distantes se convertían en las almenas de inimaginables castillos cósmicos.

Atravesando el hielo, que afortunadamente no era extenso ni espeso, recuperamos las aguas abiertas a 67° de latitud sur y 175° de longitud este. En la mañana del 26 de octubre apareció un fuerte parpadeo de tierra por el sur, y antes del mediodía todos sentimos un estremecimiento de emoción al contemplar una vasta, elevada y nevada cadena montañosa que se abría y cubría toda la vista por delante. Por fin habíamos encontrado un puesto de avanzada del gran continente desconocido y su críptico mundo de muerte helada. Estos picos eran evidentemente la cordillera del Almirantazgo descubierta por Ross, y ahora sería nuestra tarea rodear el cabo Adare y navegar por la costa oriental de la Tierra de Victoria hasta nuestra base prevista en la orilla del estrecho de McMurdo, al pie del volcán Erebus en latitud sur 77° 9'.

La última vuelta de la travesía fue vívida y llena de fantasía. Grandes picos estériles de misterio se alzaban constantemente contra el oeste, mientras el bajo sol del norte del mediodía o el sol del sur, aún más bajo, que agarraba el horizonte a medianoche, vertían sus brumosos rayos rojizos sobre la nieve blanca, el hielo azulado y las vías de agua, y los trozos negros de la ladera de granito expuesta. A través de las desoladas cumbres barrían furiosas e intermitentes ráfagas del terrible viento antártico, cuyas cadencias tenían a veces vagas sugerencias de un salvaje y semi-sentimental canto musical, con notas que se extendían en una amplia gama, y que por alguna razón mnemotécnica subconsciente me parecían inquietantes e incluso vagamente terribles. Algo en la escena me recordaba a las

extrañas e inquietantes pinturas asiáticas de Nicholas Roerich, y a las aún más extrañas e inquietantes descripciones de la maléfica meseta de Leng que aparecen en el temido Necronomicón del loco árabe Abdul Alhazred. Más tarde me arrepentí de haber consultado ese monstruoso libro en la biblioteca del colegio.

El 7 de noviembre, habiendo perdido temporalmente de vista la cordillera del oeste, pasamos por la isla Franklin; y al día siguiente divisamos los conos de los montes Erebus y Terror en la isla Ross. Erebus y Terror en la isla de Ross, con la larga línea de las montañas Parry más allá. Ahora se extendía hacia el este la línea blanca y baja de la gran barrera de hielo, que se elevaba perpendicularmente hasta una altura de doscientos pies como los acantilados rocosos de Quebec, y que marcaba el final de la navegación hacia el sur. Por la tarde entramos en el estrecho de McMurdo y nos situamos frente a la costa, al abrigo del humeante monte Erebus. El pico escoriado se alzaba a unos doce mil setecientos pies contra el cielo oriental, como una estampa japonesa del sagrado Fujiyama, mientras que más allá se elevaba la altura blanca y fantasmal del Monte Terror, de diez mil novecientos pies de altitud, y ahora extinto como volcán.

Las bocanadas de humo del Erebus llegaban de forma intermitente, y uno de los ayudantes de los graduados -un joven y brillante compañero llamado Danforth- señaló lo que parecía lava en la ladera nevada, comentando que esta montaña, descubierta en 1840, había sido sin duda la fuente de la imagen de Poe cuando escribió siete años después

"-las lavas que ruedan inquietas

Sus corrientes sulfurosas bajan por Yaanek

En los últimos climas del polo-

Que gimen al rodar por el monte Yaanek

En los reinos del polo boreal".

Danforth era un gran lector de material extraño, y había hablado mucho de Poe. A mí me interesaba por el escenario antártico del único relato largo de Poe: el inquietante y enigmático Arthur Gordon Pym. En la árida orilla, y en la elevada barrera de hielo del fondo, miríadas de grotescos pingüinos graznaban y agitaban sus aletas, mientras muchas focas gordas se dejaban ver en el agua, nadando o arrastrándose a través de grandes bloques de hielo a la deriva.

Utilizando pequeñas embarcaciones, realizamos un difícil desembarco en la isla de Ross poco después de la medianoche del día 9, llevando una línea de cable desde cada uno de los barcos y preparándonos para descargar las provisiones mediante un sistema de boyas. Nuestras sensaciones al pisar por primera vez suelo antártico fueron conmovedoras y complejas, aunque en este punto concreto nos habían precedido las expediciones de Scott y Shackleton. Nuestro campamento en la costa helada bajo la ladera del volcán era sólo provisional, ya que el cuartel general se mantenía a bordo del Arkham. Desembarcamos todos nuestros aparatos de perforación, perros, trineos, tiendas de campaña, provisiones, tanques de gasolina, equipo experimental para derretir el hielo, cámaras, tanto ordinarias como aéreas, partes de aviones y otros accesorios, incluyendo tres pequeños equipos inalámbricos portátiles -además de los de los aviones- capaces de comunicarse

con el gran equipo del Arkham desde cualquier parte del continente antártico que fuéramos a visitar. El equipo del barco, que se comunicaba con el mundo exterior, debía transmitir los informes de prensa a la potente estación inalámbrica del Arkham Advertiser en Kingsport Head, Massachusetts. Esperábamos completar nuestro trabajo durante un solo verano antártico; pero si esto resultaba imposible, pasaríamos el invierno en el Arkham, enviando el Miskatonic al norte antes de la congelación de los hielos para abastecernos otro verano.

No necesito repetir lo que los periódicos ya han publicado sobre nuestros primeros trabajos: nuestra ascensión al monte Erebus; nuestras exitosas perforaciones de minerales en varios puntos de la isla de Ross y la singular rapidez con la que el aparato de Pabodie las realizó, incluso a través de sólidas capas de roca; nuestra prueba provisional del pequeño equipo de fusión de hielo; nuestra peligrosa ascensión a la gran barrera con trineos y suministros; y nuestro montaje final de cinco enormes aviones en el campamento de la cima de la barrera. El estado de salud de nuestro grupo de tierra -veinte hombres y cincuenta y cinco perros de trineo de Alaska- era notable, aunque, por supuesto, hasta entonces no habíamos encontrado temperaturas ni tormentas de viento realmente destructivas. En su mayor parte, el termómetro oscilaba entre cero y 20 o 25 grados por encima, y nuestra experiencia con los inviernos de Nueva Inglaterra nos había acostumbrado a este tipo de rigores. El campamento barrera era semipermanente, y estaba destinado a ser un almacén de gasolina, provisiones, dinamita y otros suministros. Sólo se necesitaban cuatro de nuestros aviones para transportar el material de exploración propiamente dicho; el quinto se dejó con un piloto y dos hombres de los barcos en el depósito de almacenamiento para formar un medio de llegar desde el Arkham en caso de que se perdieran todos nuestros aviones de exploración. Más tarde, cuando no utilizáramos todos los demás aviones para trasladar aparatos, emplearíamos

uno o dos en un servicio de transporte de lanzadera entre este alijo y otra base permanente en la gran meseta de seiscientas a setecientas millas hacia el sur, más allá del glaciar Beardmore. A pesar de los relatos casi unánimes sobre los espantosos vientos y las tempestades que descienden de la meseta, decidimos prescindir de las bases intermedias, arriesgándonos en aras de la economía y la probable eficacia.

Los informes inalámbricos han hablado del impresionante vuelo de cuatro horas sin escalas de nuestra escuadra el 21 de noviembre sobre la elevada plataforma de hielo, con los vastos picos que se elevan en el oeste, y los silencios insondables que resuenan con el sonido de nuestros motores. El viento sólo nos molestó moderadamente, y nuestras radiocompases nos ayudaron a atravesar la única niebla opaca que encontramos. Cuando la inmensa elevación se asomó por delante, entre las latitudes 83° y 84° , supimos que habíamos llegado al glaciar Beardmore, el mayor glaciar de valle del mundo, y que el mar helado daba paso ahora a una línea de costa fruncida y montañosa. Por fin estábamos entrando de verdad en el mundo blanco y eónicamente muerto del sur definitivo. Cuando nos dimos cuenta, vimos la cima del monte Nansen en la distancia oriental, que se elevaba hasta su altura de casi quince mil pies.

El exitoso establecimiento de la base sur sobre el glaciar en la latitud $86^{\circ} 7'$, longitud este $174^{\circ} 23'$, y las fenomenalmente rápidas y efectivas perforaciones y voladuras hechas en varios puntos alcanzados por nuestros viajes en trineo y cortos vuelos en avión, son asuntos de historia; como lo es la ardua y triunfante ascensión del Monte Nansen por Pabodie y dos de los estudiantes graduados-Gedney y Carroll-en diciembre 13-15. Estábamos a unos ocho mil quinientos pies sobre el nivel del mar, y cuando las

perforaciones experimentales revelaron suelo sólido a sólo doce pies de profundidad a través de la nieve y el hielo en ciertos puntos, hicimos un uso considerable del pequeño aparato de fusión y perforamos y realizamos dinamita en muchos lugares donde ningún explorador anterior había pensado en asegurar especímenes minerales. Los granitos precámbricos y las areniscas de faro así obtenidas confirmaron nuestra creencia de que esta meseta era homogénea, con la gran parte del continente al oeste, pero algo diferente de las partes situadas al este, por debajo de Sudamérica, que entonces creíamos que formaban un continente separado y más pequeño, dividido del mayor por una unión helada de los mares de Ross y Weddell, aunque Byrd ha refutado desde entonces la hipótesis.

En algunas de las areniscas, dinamitadas y cinceladas después de que la perforación revelara su naturaleza, encontramos algunas marcas y fragmentos fósiles muy interesantes; en particular, helechos, algas marinas, trilobites, crinoides y moluscos tales como linguellae y gasterópodos, todos los cuales parecían tener una importancia real en relación con la historia primordial de la región. También había una extraña marca triangular y estriada, de unos 30 centímetros de diámetro, que Lake había reunido a partir de tres fragmentos de pizarra extraídos de una abertura muy erosionada. Estos fragmentos procedían de un punto al oeste, cerca de la cordillera de la Reina Alexandra; y Lake, como biólogo, parecía encontrar su curiosa marca inusualmente desconcertante y provocativa, aunque para mi ojo geológico no se parecía a algunos de los efectos de ondulación razonablemente comunes en las rocas sedimentarias. Puesto que la pizarra no es más que una formación metamórfica en la que se presiona un estrato sedimentario, y puesto que la propia presión produce extraños efectos de distorsión en cualquier marca que pueda existir, no vi ninguna razón para asombrarse en extremo por la depresión estriada.

El 6 de enero de 1931, Lake, Pabodie, Danforth, los otros seis estudiantes y yo mismo sobrevolamos directamente el polo sur en dos de los grandes aviones, viéndonos obligados a descender una vez por un repentino viento fuerte que, afortunadamente, no se convirtió en una tormenta típica. Este fue, como han dicho los periódicos, uno de los varios vuelos de observación, durante los cuales tratamos de discernir nuevas características topográficas en zonas no alcanzadas por exploradores anteriores. Nuestros primeros vuelos fueron decepcionantes en este último aspecto, aunque nos proporcionaron algunos magníficos ejemplos de los espejismos ricamente fantásticos y engañosos de las regiones polares, de los que nuestro viaje por mar nos había dado algunas breves muestras. Montañas lejanas flotaban en el cielo como ciudades encantadas, y a menudo todo el mundo blanco se disolvía en una tierra dorada, plateada y escarlata de sueños dunsianos y expectativas aventureras bajo la magia del sol bajo de medianoche. En los días nublados teníamos considerables problemas para volar debido a la tendencia de la tierra y el cielo nevados a fundirse en un místico vacío opalescente sin un horizonte visible que marcara la unión de ambos.

Al final decidimos llevar a cabo nuestro plan original de volar quinientas millas hacia el este con los cuatro aviones de exploración y establecer una nueva sub-base en un punto que probablemente estaría en la división continental más pequeña, como la concebimos erróneamente. Las muestras geológicas obtenidas allí serían deseables a efectos de comparación. Nuestra salud había permanecido hasta ahora excelente: el zumo de cal compensaba bien la dieta constante de alimentos enlatados y salados, y las temperaturas generalmente superiores a cero nos permitían prescindir de nuestras pieles más gruesas. Ahora estábamos en pleno verano, y si nos apresurábamos y cuidábamos, podríamos

terminar el trabajo en marzo y evitar una tediosa invernada durante la larga noche antártica. Varias tormentas de viento salvajes se habían abatido sobre nosotros desde el oeste, pero habíamos escapado a los daños gracias a la habilidad de Atwood para idear rudimentarios refugios para aviones y cortavientos de pesados bloques de nieve, y reforzar los principales edificios del campamento con nieve. Nuestra buena suerte y eficacia habían sido casi increíbles.

El mundo exterior sabía, por supuesto, de nuestro programa, y también se le informó de la extraña y obstinada insistencia de Lake en un viaje de prospección hacia el oeste -o más bien, hacia el noroeste- antes de nuestro cambio radical a la nueva base. Al parecer, había reflexionado mucho, y con una audacia alarmantemente radical, sobre aquella marca triangular estriada en la pizarra; leyendo en ella ciertas contradicciones de la naturaleza y del período geológico que despertaban su curiosidad al máximo, y le hacían estar ávido de hundir más sondeos y voladuras en la formación que se extendía hacia el oeste y a la que evidentemente pertenecían los fragmentos exhumados. Estaba extrañamente convencido de que la marca era la huella de algún organismo voluminoso, desconocido y radicalmente inclasificable de evolución considerablemente avanzada, a pesar de que la roca que la llevaba era de una fecha tan enormemente antigua -cámbrica, si no realmente precámbrica- que excluía la probable existencia no sólo de toda vida altamente evolucionada, sino de cualquier vida por encima de la etapa unicelular o, a lo sumo, de trilobites. Estos fragmentos, con su extraña marca, deben tener entre quinientos y mil millones de años.

II

La imaginación popular, a mi juicio, respondió activamente a nuestros boletines inalámbricos sobre la partida de Lake hacia el noroeste, hacia regiones nunca pisadas por el hombre ni penetradas por la imaginación humana, aunque no mencionamos sus locas esperanzas de revolucionar toda la ciencia de la biología y la geología. Su viaje preliminar de trineo y perforación del 11 al 18 de enero con Pabodie y otras cinco personas -marcado por la pérdida de dos perros en un accidente al cruzar una de las grandes crestas de presión en el hielo- había sacado a la luz más y más de la pizarra Arcaica; e incluso yo estaba interesado por la singular profusión de marcas fósiles evidentes en ese estrato increíblemente antiguo. Estas marcas, sin embargo, eran de formas de vida muy primitivas que no implicaban una gran paradoja, excepto que cualquier forma de vida se diera en una roca tan definitivamente precámbrica como parecía ser ésta; por lo tanto, seguía sin ver el buen sentido de la demanda de Lake de un interludio en nuestro programa de ahorro de tiempo, un interludio que requería el uso de los cuatro aviones, muchos hombres y todo el aparato mecánico de la expedición. Al final no veté el plan, aunque decidí no acompañar al grupo hacia el noroeste a pesar de la petición de Lake de mi consejo geológico. Mientras ellos se iban, yo permanecería en la base con Pabodie y cinco hombres y elaboraría los planes finales para el traslado hacia el este. En preparación de este traslado, uno de los aviones había comenzado a subir un buen suministro de gasolina desde McMurdo Sound; pero esto podía esperar temporalmente. Me quedé con un trineo y nueve perros, ya que no es prudente quedarse en ningún momento sin un posible transporte en un mundo totalmente sin tensión y con una muerte eónica.

La subexpedición de Lake a lo desconocido, como todos recordarán, enviaba sus propios informes desde los transmisores de onda corta de los aviones; éstos eran captados simultáneamente por nuestro aparato en la base sur y por el Arkham en McMurdo Sound, desde donde se retransmitían al mundo exterior en longitudes de onda de hasta cincuenta metros. La salida se produjo el 22 de enero a las 4 de la mañana, y el primer mensaje inalámbrico que recibimos llegó sólo dos horas más tarde, cuando Lake habló de descender e iniciar un deshielo y perforación a pequeña escala en un punto situado a unas trescientas millas de nosotros. Seis horas después, un segundo y muy excitado mensaje informaba del frenético trabajo de castor por el que se había hundido y volado un pozo poco profundo, que culminó con el descubrimiento de fragmentos de pizarra con varias marcas aproximadamente como la que había causado el desconcierto original.

Tres horas más tarde, un breve boletín anunciaba la reanudación del vuelo en medio de un crudo y punzante vendaval; y cuando envié un mensaje de protesta contra nuevos peligros, Lake respondió secamente que sus nuevos especímenes hacían que valiera la pena correr cualquier riesgo. Vi que su excitación había llegado al punto de amotinarse, y que yo no podía hacer nada para frenar este riesgo precipitado para el éxito de toda la expedición; pero era espantoso pensar en su inmersión cada vez más profunda en aquella traicionera y siniestra inmensidad blanca de tempestades y misterios insondables que se extendía a lo largo de unas mil quinientas millas hasta la línea costera medio conocida y medio sospechosa de las tierras de la Reina María y de Knox.

Luego, en una hora y media más, llegó ese mensaje doblemente excitado del avión en movimiento de Lake, que casi invirtió mis

sentimientos y me hizo desear haber acompañado al grupo:

"10:05 P.M. En el ala. Después de la tormenta de nieve, he divisado una cordillera más alta que cualquier otra vista hasta ahora. Puede ser igual al Himalaya, teniendo en cuenta la altura de la meseta. Probable Latitud $76^{\circ} 15'$, Longitud $113^{\circ} 10'$ E. Llega hasta donde se puede ver a la derecha e izquierda. Sospecha de dos conos humeantes. Todos los picos son negros y sin nieve. El vendaval que sopla de ellos impide la navegación".

Después de eso, Pabodie, los hombres y yo nos quedamos sin aliento sobre el receptor. Pensar en esta titánica muralla montañosa a setecientas millas de distancia inflamaba nuestro más profundo sentido de la aventura; y nos regocijábamos de que nuestra expedición, si no nosotros personalmente, hubiéramos sido sus descubridores. En media hora Lake nos llamó de nuevo:

"El avión de Moulton se ha estrellado en una meseta en las colinas, pero nadie está herido y tal vez pueda repararse. Transferiremos lo esencial a los otros tres para el regreso o para otros movimientos si es necesario, pero no es necesario más viajes pesados en avión por ahora. Las montañas superan todo lo imaginable. Voy a subir a explorar en el avión de Carroll, con todo el peso fuera. No puedes imaginar nada como esto. Los picos más altos deben ir más de treinta y cinco mil pies. El Everest está fuera de la carrera. Atwood calculará la altura con el teodolito mientras Carroll y yo subimos. Probablemente nos equivocamos con los conos, porque las formaciones parecen estratificadas. Posiblemente pizarra precámbrica con otros estratos mezclados. Extraños efectos en la línea del horizonte: secciones regulares de

cubos que se aferran a los picos más altos. Todo es maravilloso a la luz roja y dorada del sol bajo. Como la tierra del misterio en un sueño o la puerta de entrada a un mundo prohibido de maravillas no exploradas. Ojalá estuvieras aquí para estudiar".

Aunque técnicamente era la hora de dormir, ninguno de los oyentes pensó por un momento en retirarse. Debió de ocurrir lo mismo en McMurdo Sound, donde el depósito de suministros y el Arkham también recibían los mensajes; porque el capitán Douglas hizo una llamada felicitando a todos por el importante hallazgo, y Sherman, el operador del depósito, secundó sus sentimientos. Lamentamos, por supuesto, que el avión estuviera dañado, pero esperábamos que se pudiera arreglar fácilmente. Entonces, a las 11 de la noche, llegó otra llamada de Lake:

"Arriba con Carroll sobre las estribaciones más altas. No nos atrevemos a intentar las cumbres más altas con el tiempo actual, pero lo haremos más tarde. Es un trabajo espantoso de escalada, y es difícil ir a esta altitud, pero vale la pena. La gran cordillera es bastante sólida, por lo que no se puede vislumbrar más allá. Las cumbres principales superan el Himalaya, y son muy extrañas. La cordillera parece una pizarra pre-cámbrica, con señales simples de muchos otros estratos levantados. Me equivoqué sobre el vulcanismo. Va más lejos en cualquier dirección de lo que podemos ver. La nieve ha desaparecido por encima de los 6.000 metros. Formaciones extrañas en las laderas de las montañas más altas. Grandes bloques cuadrados bajos con lados exactamente verticales, y líneas rectangulares de murallas bajas y verticales, como los viejos castillos asiáticos que se aferran a las montañas escarpadas en las pinturas de Roerich. Impresionante desde la distancia. Al volar cerca de algunos, Carroll pensó que estaban formados por piezas separadas más pequeñas, pero

probablemente se trate de la meteorización. La mayoría de los bordes se desmoronaron y redondearon como si estuvieran expuestos a tormentas y cambios climáticos durante millones de años. Algunas partes, especialmente las superiores, parecen ser de roca de color más claro que los estratos visibles en las laderas propiamente dichas, por lo que son evidentemente de origen cristalino. Un vuelo cercano muestra muchas bocas de cuevas, algunas inusualmente regulares en su contorno, cuadradas o semicirculares. Debes venir a investigar. Creo haber visto una muralla en la cima de un pico. La altura parece ser de treinta mil a treinta y cinco mil pies. Yo mismo he subido veintiún mil quinientos, con un frío endiablado y carcomido. El viento silba y se cuele por los pasos y entra y sale de las cuevas, pero no hay peligro de vuelo hasta ahora".

A partir de ese momento y durante otra media hora, Lake no dejó de hacer comentarios, y expresó su intención de escalar algunas de las cumbres a pie. Le contesté que me uniría a él tan pronto como pudiera enviar un avión, y que Pabodie y yo elaboraríamos el mejor plan de gasolina: dónde y cómo concentrar nuestro suministro en vista del carácter alterado de la expedición. Evidentemente, las operaciones de perforación de Lake, así como sus actividades aéreas, requerirían una gran cantidad para la nueva base que planeaba establecer al pie de las montañas; y era posible que el vuelo hacia el este no se realizara, después de todo, esta temporada. En relación con este asunto, llamé al capitán Douglas y le pedí que sacara todo lo posible de los barcos y subiera la barrera con el único equipo de perros que habíamos dejado allí. Una ruta directa a través de la región desconocida entre Lake y McMurdo Sound era lo que realmente debíamos establecer.

Lake me llamó más tarde para decirme que había decidido que el campamento se quedara en el lugar donde el avión de Moulton había sido forzado a bajar, y donde las reparaciones ya habían progresado un poco. La capa de hielo era muy delgada, con terreno oscuro aquí y allá visible, y él hundiría algunas perforaciones y voladuras en ese mismo punto antes de hacer cualquier viaje en trineo o expedición de escalada. Habló de la inefable majestuosidad de toda la escena, y del extraño estado de sus sensaciones al estar a sotavento de vastos y silenciosos pináculos cuyas filas se elevaban como una pared que alcanzaba el cielo en el borde del mundo. Las observaciones del teodolito de Atwood habían situado la altura de los cinco picos más altos entre los treinta mil y los treinta y cuatro mil pies. La naturaleza del terreno, azotada por el viento, molestaba claramente a Lake, pues argumentaba la existencia ocasional de prodigiosos vendavales, violentos más allá de lo que habíamos encontrado hasta entonces. Su campamento se encontraba a poco más de cinco millas de donde se elevaban abruptamente las estribaciones más altas. Casi pude rastrear una nota de alarma subconsciente en sus palabras -destelladas a través de un vacío glacial de setecientas millas-, cuando instó a que todos nos apresuráramos con el asunto y nos deshiciéramos de la extraña y nueva región lo antes posible. Ahora estaba a punto de descansar, después de un día continuo de trabajo de una velocidad, un esfuerzo y unos resultados casi sin precedentes.

Por la mañana tuve una conversación inalámbrica a tres bandas con Lake y el capitán Douglas en sus bases, muy separadas entre sí. Se acordó que uno de los aviones de Lake vendría a mi base para Pabodie, los cinco hombres y yo, así como para todo el combustible que pudiera llevar. El resto de la cuestión del combustible, dependiendo de nuestra decisión sobre un viaje hacia el este, podría esperar unos días, ya que Lake tenía suficiente para la calefacción inmediata del campamento y las perforaciones. En algún momento habría que reabastecer la vieja base del sur, pero si

posponíamos el viaje hacia el este no lo utilizaríamos hasta el próximo verano, y, mientras tanto, Lake debía enviar un avión para explorar una ruta directa entre sus nuevas montañas y McMurdo Sound.

Pabodie y yo nos preparamos para cerrar nuestra base por un período corto o largo, según el caso. Si pasábamos el invierno en la Antártida, probablemente volaríamos directamente desde la base de Lake hasta el Arkham sin regresar a este lugar. Algunas de nuestras tiendas cónicas ya habían sido reforzadas con bloques de nieve dura, y ahora decidimos completar el trabajo de hacer una aldea permanente. Gracias a un suministro de tiendas muy abundante, Lake tenía con él todo lo que su base necesitaría, incluso después de nuestra llegada. Le envié un telegrama diciendo que Pabodie y yo estaríamos listos para el movimiento hacia el noroeste después de un día de trabajo y una noche de descanso.

Nuestras labores, sin embargo, no fueron muy constantes después de las 4 de la tarde, pues hacia esa hora Lake comenzó a enviar los más extraordinarios y excitados mensajes. Su jornada de trabajo había comenzado de forma poco propicia, ya que un estudio en avión de las superficies rocosas casi expuestas mostraba una ausencia total de esos estratos arcaicos y primordiales que buscaba, y que formaban una gran parte de los colosales picos que se alzaban a una distancia tentadora del campamento. La mayor parte de las rocas que se vislumbraban eran aparentemente areniscas jurásicas y comanchianas y esquistos pérmicos y triásicos, con algún afloramiento negro y brillante que sugería un carbón duro y pizarroso. Esto desanimó a Lake, cuyos planes pasaban por desenterrar especímenes de más de quinientos millones de años de antigüedad. Tenía claro que para recuperar la veta de pizarra arcaica en la que había encontrado las extrañas

marcas, tendría que hacer un largo viaje en trineo desde estas estribaciones hasta las escarpadas laderas de las propias montañas gigantescas.

Sin embargo, había resuelto hacer algunas perforaciones locales como parte del programa general de la expedición; por lo tanto, preparó el taladro y puso a cinco hombres a trabajar con él mientras el resto terminaba de asentar el campamento y reparar el avión dañado. Para la primera toma de muestras se eligió la roca visible más blanda, una arenisca situada a unos 400 metros del campamento, y el taladro hizo un excelente progreso sin necesidad de realizar muchas voladuras adicionales. Fue unas tres horas después, tras la primera voladura realmente fuerte de la operación, cuando se oyeron los gritos del equipo de perforación; y el joven Gedney -el capataz en funciones- corrió al campamento con la sorprendente noticia.

Habían dado con una cueva. Al principio de la perforación, la piedra arenisca había dado paso a una veta de caliza de Comanchia, llena de diminutos cefalópodos fósiles, corales, equisetos y espiríferos, y con sugerencias ocasionales de esponjas silíceas y huesos de vertebrados marinos, estos últimos probablemente de teleósteos, tiburones y ganoides. Esto, en sí mismo, era lo suficientemente importante, ya que proporcionaba los primeros fósiles de vertebrados que la expedición había conseguido hasta entonces; pero cuando poco después la cabeza del taladro cayó a través del estrato en una aparente vacante, una ola totalmente nueva y doblemente intensa de excitación se extendió entre los excavadores. Una explosión de buen tamaño había abierto el secreto subterráneo; y ahora, a través de una abertura dentada de un metro y medio de ancho y un metro y medio de grosor, se abría ante los ávidos buscadores una sección de huecos de piedra caliza

poco profundos desgastados hace más de cincuenta millones de años por el goteo de las aguas subterráneas de un mundo tropical pasado.

La capa hueca no tenía más de siete u ocho pies de profundidad, pero se extendía indefinidamente en todas direcciones y tenía un aire fresco y ligeramente movido que sugería su pertenencia a un extenso sistema subterráneo. Su techo y su suelo estaban abundantemente equipados con grandes estalactitas y estalagmitas, algunas de las cuales se reunían en forma de columna: pero lo más importante era el vasto depósito de conchas y huesos, que en algunos lugares casi ahogaba el pasaje. Lavado desde desconocidas junglas de helechos y hongos arbóreos del Mesozoico, y bosques de cícadas del Terciario, palmeras de abanico y angiospermas primitivas, este popurrí óseo contenía representantes de más especies animales del Cretácico, del Eoceno y de otras especies de las que el mayor paleontólogo podría haber contado o clasificado en un año. Moluscos, crustáceos, peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos primitivos, grandes y pequeños, conocidos y desconocidos. No es de extrañar que Gedney corriera de vuelta al campamento gritando, y no es de extrañar que todos los demás dejaran el trabajo y se precipitaran a través del frío cortante hacia donde la alta torre de perforación marcaba una nueva puerta de acceso a los secretos de la tierra interior y los eones desaparecidos.

Cuando Lake hubo satisfecho la primera arista de su curiosidad, garabateó un mensaje en su cuaderno e hizo que el joven Moulton volviera al campamento para enviarlo por radio. Esta fue la primera noticia del descubrimiento, y en ella se relataba la identificación de conchas primitivas, huesos de ganoides y placodermos, restos de labyrinthodonts y thecodonts, fragmentos de cráneos de grandes

mosasaurios, vértebras de dinosaurios y placas de armadura, dientes y huesos de alas de pterodáctilos, restos de Archaeopteryx, dientes de tiburones del Mioceno, cráneos de aves primitivas y otros huesos de mamíferos arcaicos, como paleoterios, Xifodones, Eohippi, Oreodones y titanoterios. No había nada tan reciente como un mastodonte, un elefante, un verdadero camello, un ciervo o un animal bovino; de ahí que Lake concluyera que los últimos depósitos se habían producido durante el Oligoceno, y que el estrato hueco había permanecido en su actual estado seco, muerto e inaccesible durante al menos treinta millones de años.

Por otra parte, la prevalencia de formas de vida muy tempranas era singular en grado sumo. Aunque la formación calcárea era, por la evidencia de fósiles típicos incrustados como la ventriculita, positiva e inequívocamente comanchiana y ni una partícula anterior, los fragmentos libres en el espacio hueco incluían una proporción sorprendente de organismos hasta ahora considerados como peculiares de períodos mucho más antiguos, incluso peces rudimentarios, moluscos y corales tan remotos como el Silúrico o el Ordovícico. La deducción inevitable era que en esta parte del mundo había habido un grado notable y único de continuidad entre la vida de hace más de trescientos millones de años y la de hace sólo treinta millones de años. Hasta qué punto esta continuidad se había extendido más allá de la época del Oligoceno, cuando se cerró la caverna, estaba, por supuesto, más allá de toda especulación. En cualquier caso, la llegada de los espantosos hielos en el Pleistoceno, hace unos quinientos mil años -un mero ayer en comparación con la edad de esta cavidad-, debió poner fin a cualquiera de las formas primigenias que habían logrado sobrevivir localmente a sus términos comunes.

Lake no se contentó con dejar pasar su primer mensaje, sino que hizo redactar otro boletín y lo envió a través de la nieve al campamento antes de que Moulton pudiera regresar. Después de eso, Moulton se quedó en uno de los aviones, transmitiendo a mí -y al Arkham para que lo retransmitiera al mundo exterior- los frecuentes boletines que Lake le enviaba mediante una sucesión de mensajeros. Aquellos que siguieron los periódicos recordarán el entusiasmo creado entre los hombres de ciencia por los informes de aquella tarde, informes que finalmente han conducido, después de todos estos años, a la organización de esa misma Expedición Starkweather-Moore a la que estoy tan ansioso por disuadir de sus propósitos. Será mejor que dé los mensajes literalmente como los envió Lake, y como nuestro operador de la base, McTighe, los tradujo de la taquigrafía a lápiz:

"Fowler hace un descubrimiento de gran importancia en fragmentos de arenisca y caliza procedentes de explosiones. Varias huellas estriadas triangulares distintas como las de la pizarra arcaica, lo que demuestra que la fuente sobrevivió desde hace más de seiscientos millones de años hasta la época comanchiana sin más que cambios morfológicos moderados y disminución del tamaño medio. Las huellas comanchianas son aparentemente más primitivas o decadentes, si cabe, que las más antiguas. Destaca la importancia del descubrimiento en la prensa. Significará para la biología lo que Einstein ha significado para las matemáticas y la física. Se une a mi trabajo anterior y amplía las conclusiones. Parece indicar, como sospechaba, que la Tierra ha visto todo un ciclo o ciclos de vida orgánica antes de conocer uno que comienza con las células arqueozoicas. Fue evolucionado y especializado no más tarde de mil millones de años, cuando el planeta era joven y recientemente inhabitable para cualquier forma de vida o estructura protoplásmica normal. Se plantea la cuestión de cuándo, dónde y cómo tuvo lugar el desarrollo".

"Más tarde. Examinando ciertos fragmentos de esqueletos de grandes saurios terrestres y marinos y de mamíferos primitivos, encontramos singulares heridas locales o lesiones en la estructura ósea no atribuibles a ningún animal depredador o carnívoro conocido de ningún período, de dos tipos: perforaciones rectas y penetrantes, e incisiones aparentemente cortantes. Uno o dos casos de huesos cortados limpiamente. No hay muchos especímenes afectados. Estoy enviando al campamento por antorchas eléctricas. Ampliaré el área de búsqueda bajo tierra cortando las estalactitas".

"Todavía más tarde. Encontré un fragmento de piedra de jabón de unos 15 centímetros de ancho y un centímetro y medio de grosor, totalmente diferente a cualquier formación local visible, de color verde, pero sin evidencias para ubicar su período. Tiene una curiosa suavidad y regularidad. Tiene forma de estrella de cinco puntas, con las puntas rotas, y signos de otras hendiduras en los ángulos interiores y en el centro de la superficie. Pequeña y suave depresión en el centro de la superficie intacta. Despierta mucha curiosidad en cuanto al origen y la erosión. Probablemente un fenómeno de la acción del agua. Carroll, con una lupa, cree que puede distinguir otras marcas de importancia geológica. Grupos de pequeños puntos en patrones regulares. Los perros se ponen inquietos mientras trabajamos, y parecen odiar esta esteatita. Hay que ver si tiene algún olor peculiar. Informaré de nuevo cuando Mills regrese con luz y comencemos en el área subterránea".

"10:15 P.M. Descubrimiento importante. Orrendorf y Watkins, trabajando bajo tierra a las 9:45 con luz, encontraron un monstruoso fósil en forma de barril de naturaleza totalmente desconocida; probablemente vegetal a menos que sea un espécimen de radiata marina desconocida. Tejido evidentemente conservado por sales minerales. Duro como el cuero, pero con una asombrosa flexibilidad en algunas partes. Marcas de partes rotas en los extremos y alrededor de los lados. Seis pies de extremo a extremo, tres y cinco pies de diámetro central, estrechándose a un pie en cada extremo. Como un barril con cinco crestas abultadas en lugar de duelas. Las roturas laterales, como de tallos delgados, están en el ecuador en medio de estas crestas. En los surcos entre las crestas hay curiosos crecimientos-peines o alas que se pliegan y se extienden como abanicos. Todas están muy dañadas menos una, que da una extensión de ala de casi dos metros. La disposición recuerda a ciertos monstruos de los mitos primitivos, especialmente a las legendarias cosas mayores del Necronomicón. Estas alas parecen ser membranosas, estiradas sobre una estructura de tubos glandulares. Aparentemente hay orificios diminutos en la estructura de tubos en las puntas de las alas. Los extremos del cuerpo están arrugados, sin dar pistas sobre el interior o lo que se ha roto allí. Debemos diseccionar cuando volvamos al campamento. No puedo decidir si es vegetal o animal. Muchos rasgos son obviamente de un primitivismo casi increíble. Hemos puesto todas las manos cortando estalactitas y buscando más especímenes. Se han encontrado más huesos con cicatrices, pero deben esperar. Tenemos problemas con los perros. No pueden soportar el nuevo espécimen, y probablemente lo harían pedazos si no lo mantenemos a distancia de ellos."

"11:30 P.M. Atención, Dyer, Pabodie, Douglas. Asunto de máxima -podría decirse que trascendental- importancia. Arkham debe transmitir a la estación principal de Kingsport de inmediato. Extraño crecimiento de barriles es lo que ha dejado huellas en las rocas. Mills, Boudreau y Fowler descubren un grupo de trece más en un punto subterráneo a cuarenta pies de la apertura. Mezclados con fragmentos de esteatita curiosamente redondeados y configurados, más pequeños que uno encontrado anteriormente, con forma de estrella, pero sin marcas de rotura excepto en algunas de las puntas. De los especímenes orgánicos, ocho aparentemente perfectos, con todos los apéndices. Han sacado todos a la superficie, llevando a los perros a la distancia. No pueden soportar las cosas. Presten atención a la descripción y repítanla para que sea precisa. Los documentos deben ser correctos.

"Los objetos miden dos metros de largo. Torso de barril de seis pies y cinco rejillas, con un diámetro central de tres pies y cinco décimas, y diámetros de los extremos de un pie. Gris oscuro, flexible e infinitamente resistente. Alas membranosas de siete pies del mismo color, que se encuentran plegadas, extendidas fuera de los surcos entre las crestas. Estructura de las alas tubular o glandular, de color gris más claro, con orificios en las puntas de las alas. Las alas extendidas tienen el borde aserrado. Alrededor del ecuador, uno en el vértice central de cada una de las cinco crestas verticales en forma de pentagrama, hay cinco sistemas de brazos o tentáculos flexibles de color gris claro que se encuentran fuertemente plegados al torso pero que pueden expandirse hasta una longitud máxima de más de un metro. Como los brazos de un crinoide primitivo. Los tallos simples de tres pulgadas de diámetro se ramifican después de seis pulgadas en cinco subtallos, cada uno de los cuales se ramifica después de ocho pulgadas en pequeños tentáculos o zarcillos cónicos, dando a cada tallo un total de veinticinco tentáculos.

"En la parte superior del torso, el cuello bulboso de color gris más claro, con sugerencias de color dorado, sostiene la cabeza aparente en forma de estrella de mar amarillenta de cinco puntas, cubierta de cilios delgados de tres pulgadas de varios colores prismáticos. Cabeza gruesa e hinchada, de unos dos pies de punta a punta, con tubos amarillentos flexibles de tres pulgadas que sobresalen de cada punta. Una hendidura en el centro exacto de la parte superior, probablemente una abertura para respirar. Al final de cada tubo hay una expansión esférica en la que la membrana amarillenta se enrolla al manipularla para revelar un globo vidrioso e irisado, evidentemente un ojo. Cinco tubos rojizos ligeramente más largos parten de los ángulos interiores de la cabeza en forma de estrella de mar y terminan en hinchazones del mismo color que, al presionarlas, se abren en orificios en forma de campana de cinco centímetros de diámetro como máximo y revestidos de proyecciones blancas y afiladas como dientes, probablemente bocas. Todos estos tubos, cilios y puntas de la cabeza de la estrella de mar se encuentran plegados hacia abajo; los tubos y las puntas se aferran al cuello y al torso bulbosos. La flexibilidad es sorprendente a pesar de su enorme dureza.

"En la parte inferior del torso, existen homólogos toscos, pero de funcionamiento diferente, de las disposiciones de la cabeza. El pseudocuello bulboso de color gris claro, sin sugerencias de branquias, sostiene una disposición verdosa de estrella de mar de cinco puntas. Brazos robustos y musculosos de cuatro pies de largo y que se estrechan de siete pulgadas de diámetro en la base a unas dos y cinco décimas en la punta. A cada punta está unido el extremo pequeño de un triángulo membranoso verdoso de cinco venas de ocho pulgadas de largo y seis de ancho en el extremo más lejano. Este es el remo, la aleta o el pseudopie que ha dejado

huellas en rocas de entre mil y cincuenta o sesenta millones de años. Desde los ángulos interiores de la estrella de mar se proyectan tubos rojizos de dos pies que se estrechan de tres pulgadas de diámetro en la base a una en la punta. Orificios en las puntas. Todas estas partes son infinitamente duras y correosas, pero extremadamente flexibles. Brazos de cuatro pies con palas, sin duda utilizados para algún tipo de locomoción, marina o no. Cuando se mueven, muestran sugerencias de musculatura exagerada. Tal y como se encontró, todas estas proyecciones están fuertemente plegadas sobre el pseudocuello y el extremo del torso, correspondiendo a las proyecciones del otro extremo.

"Todavía no se puede asignar positivamente al reino animal o vegetal, pero las probabilidades ahora favorecen al animal. Probablemente representa una evolución increíblemente avanzada del radiata sin pérdida de ciertos rasgos primitivos. El parecido con los equinodermos es inconfundible a pesar de las evidencias locales contradictorias. La estructura de las alas es desconcertante en vista del probable hábitat marino, pero puede ser útil para la navegación acuática. La simetría es curiosamente parecida a la de los vegetales, lo que sugiere una estructura esencial de arriba a abajo en lugar de la estructura de adelante a atrás de los animales. Una fecha de evolución fabulosamente temprana, anterior incluso a los protozoos arcaicos más simples conocidos hasta ahora, desconcierta todas las conjeturas sobre su origen.

"Los especímenes completos tienen un parecido tan asombroso con ciertas criaturas del mito primitivo que la sugerencia de una existencia antigua fuera del Antártico se hace inevitable. Dyer y Pabodie han leído el Necronomicón y han visto las pinturas de pesadilla de Clark Ashton Smith basadas en el texto, y entenderán cuando hablo de Cosas Mayores que se supone que han creado

toda la vida terrestre como una broma o un error. Los estudiantes siempre han pensado que la concepción se formó a partir del tratamiento imaginativo mórbido de la radiata tropical muy antigua. También como las cosas folclóricas prehistóricas de las que ha hablado Wilmarth-apéndices del culto a Cthulhu, etc.

"Se abre un vasto campo de estudio. Depósitos probablemente de finales del Cretácico o principios del Eoceno, a juzgar por los especímenes asociados. Masivas estalagmitas depositadas sobre ellos. Trabajo duro de extracción, pero la dureza impidió que se dañaran. Estado de conservación milagroso, evidentemente debido a la acción de la caliza. No se han encontrado más hasta ahora, pero se reanudará la búsqueda más tarde. El trabajo ahora es llevar catorce enormes especímenes al campamento sin perros, que ladran furiosamente y no se puede confiar en ellos. Con nueve hombres -tres se quedan para vigilar a los perros- deberíamos manejar los tres trineos bastante bien, aunque el viento es malo. Debo establecer comunicación aérea con McMurdo Sound y comenzar a enviar material. Pero tengo que diseccionar una de estas cosas antes de descansar. Desearía tener un verdadero laboratorio aquí. Más vale que Dyer se dé una patada por haber intentado detener mi viaje hacia el oeste. Primero las montañas más grandes del mundo, y luego esto. Si esto último no es el punto culminante de la expedición, no sé qué lo es. Estamos hechos científicamente. Felicidades, Pabodie, por el taladro que abrió la cueva. Ahora, ¿podría Arkham repetir la descripción?"

Las sensaciones de Pabodie y las mías al recibir este informe fueron casi indescriptibles, ni nuestros compañeros nos siguieron mucho en entusiasmo. McTighe, que había traducido apresuradamente algunos puntos altos a medida que llegaban del zumbante aparato receptor, escribió todo el mensaje a partir de su versión taquigráfica

tan pronto como el operador de Lake firmó. Todos apreciaron la importancia trascendental del descubrimiento, y yo envié a Lake mis felicitaciones tan pronto como el operador del Arkham repitió las partes descriptivas como se le había pedido; y mi ejemplo fue seguido por Sherman desde su puesto en el depósito de suministros de McMurdo Sound, así como por el capitán Douglas del Arkham. Más tarde, como jefe de la expedición, añadí algunos comentarios para ser transmitidos a través del Arkham al mundo exterior. Por supuesto, el descanso era un pensamiento absurdo en medio de esta excitación; y mi único deseo era llegar al campamento de Lake tan rápido como pudiera. Me desilusionó cuando él envió la noticia de que un creciente vendaval de montaña hacía imposible el viaje aéreo temprano.

Pero al cabo de una hora y media el interés volvió a desvanecer la decepción. Lake, enviando más mensajes, contó que el transporte de los catorce grandes ejemplares hasta el campamento había sido todo un éxito. Había sido un tirón duro, ya que las cosas eran sorprendentemente pesadas; pero nueve hombres lo habían logrado con gran pulcritud. Ahora, algunos de los miembros del grupo se apresuraban a construir un corral de nieve a una distancia segura del campamento, al que se podía llevar a los perros para que se alimentaran con mayor comodidad. Los especímenes fueron colocados en la nieve dura cerca del campamento, excepto uno en el que Lake estaba haciendo burdos intentos de disección.

Esta disección parecía ser una tarea más grande de lo que se esperaba, ya que, a pesar del calor de una estufa de gasolina en la tienda de laboratorio recién levantada, los tejidos aparentemente flexibles del espécimen elegido -uno poderoso e intacto- no perdían nada de su dureza más que correosa. Lake estaba desconcertado sobre cómo podría hacer las incisiones necesarias sin una violencia

lo suficientemente destructiva como para alterar todas las sutilezas estructurales que buscaba. Tenía, es cierto, siete especímenes más perfectos, pero eran demasiado pocos para utilizarlos imprudentemente, a menos que la cueva pudiera dar más tarde un suministro ilimitado. En consecuencia, retiró el espécimen y arrastró uno que, aunque tenía restos de la disposición de la estrella de mar en ambos extremos, estaba muy aplastado y parcialmente desbaratado a lo largo de uno de los grandes surcos del torso.

Los resultados, comunicados rápidamente por la radio, fueron realmente desconcertantes y provocativos. Nada parecido a la delicadeza o la precisión era posible con instrumentos apenas capaces de cortar el tejido anómalo, pero lo poco que se consiguió nos dejó a todos asombrados y desconcertados. La biología existente tendría que ser totalmente revisada, ya que esta cosa no era producto de ningún crecimiento celular que la ciencia conozca. Apenas había habido sustitución de minerales, y a pesar de una edad de quizás cuarenta millones de años, los órganos internos estaban totalmente intactos. La cualidad coriácea, no deteriorante y casi indestructible era un atributo inherente a la forma de organización de la cosa, y pertenecía a algún ciclo paleogeano de la evolución de los invertebrados que escapa por completo a nuestros poderes de especulación. Al principio todo lo que Lake encontró estaba seco, pero a medida que la tienda calentada producía su efecto de descongelación, se encontró humedad orgánica de olor acre y ofensivo hacia el lado no herido de la cosa. No era sangre, sino un fluido espeso y de color verde oscuro que aparentemente respondía al mismo propósito. Para cuando Lake llegó a esta etapa, los treinta y siete perros habían sido llevados al corral aún no terminado cerca del campamento, e incluso a esa distancia lanzaron salvajes ladridos y muestras de inquietud ante el olor acre y difuso.

Lejos de ayudar a situar la extraña entidad, esta disección provisional no hizo más que profundizar su misterio. Todas las conjeturas sobre sus miembros externos habían sido correctas, y a la vista de ellas no se podía dudar en calificar a la cosa de animal; pero la inspección interna trajo tantas evidencias vegetales que Lake se quedó sin saber qué hacer. Tenía digestión y circulación, y eliminaba la materia de desecho a través de los tubos rojizos de su base en forma de estrella de mar. Se diría que su aparato respiratorio manejaba oxígeno en lugar de dióxido de carbono, y había extrañas evidencias de cámaras de almacenamiento de aire y métodos para cambiar la respiración del orificio externo a por lo menos otros dos sistemas respiratorios plenamente desarrollados: las branquias y los poros. Claramente, era un anfibio y probablemente también estaba adaptado a largos períodos de hibernación sin aire. Los órganos vocales parecían estar presentes en conexión con el sistema respiratorio principal, pero presentaban anomalías que no tenían solución inmediata. El habla articulada, en el sentido de la emisión de sílabas, parecía apenas concebible, pero las notas musicales que cubrían una amplia gama eran muy probables. El sistema muscular estaba casi prematuramente desarrollado.

El sistema nervioso era tan complejo y estaba tan desarrollado que dejó a Lake atónito. Aunque excesivamente primitivo y arcaico en algunos aspectos, la cosa tenía un conjunto de centros ganglionares y conectivos que argumentaban los extremos del desarrollo especializado. Su cerebro de cinco lóbulos era sorprendentemente avanzado, y había indicios de un equipo sensorial, servido en parte a través de los enjutos cilios de la cabeza, que implicaba factores ajenos a cualquier otro organismo terrestre. Probablemente tenía más de cinco sentidos, por lo que sus hábitos no podían predecirse a partir de ninguna analogía existente. Lake pensó que debía ser una criatura de gran

sensibilidad y funciones delicadamente diferenciadas en su mundo primitivo, como las hormigas y las abejas de hoy. Se reproducía como las criptógamas vegetales, especialmente las Pteridofitas, teniendo cajas de esporas en las puntas de las alas y desarrollándose evidentemente a partir de un talo o protalo.

Pero darle un nombre en esta fase era una mera locura. Parecía una radiada, pero era claramente algo más. Era en parte vegetal, pero tenía tres cuartas partes de los elementos esenciales de la estructura animal. Su contorno simétrico y algunos otros atributos indicaban claramente que era de origen marino; sin embargo, no se podía precisar el límite de sus adaptaciones posteriores. Las alas, después de todo, tenían una persistente sugerencia de lo aéreo. Cómo podría haber sufrido su tremendamente compleja evolución en una tierra recién nacida a tiempo para dejar huellas en las rocas arqueanas estaba tan lejos de la concepción que hizo que Lake recordara caprichosamente los mitos primigenios sobre Grandes Antiguos que se filtraron desde las estrellas y urdieron la vida terrestre como una broma o un error; y las salvajes historias de cosas cósmicas de las colinas del exterior contadas por un colega folclorista del departamento de inglés de Miskatonic.

Naturalmente, consideró la posibilidad de que las huellas precámbricas hubieran sido realizadas por un ancestro menos evolucionado de los ejemplares actuales, pero rápidamente rechazó esta teoría demasiado fácil al considerar las avanzadas cualidades estructurales de los fósiles más antiguos. En todo caso, los contornos posteriores mostraban una decadencia más que una evolución superior. El tamaño de los pseudopies había disminuido y toda la morfología parecía más tosca y simplificada. Además, los nervios y los órganos que acababan de examinarse presentaban singulares sugerencias de retroceso a partir de formas aún más

complejas. Las partes atrofiadas y vestigiales eran sorprendentemente frecuentes. En conjunto, poco podía decirse que se hubiera resuelto; y Lake recurrió a la mitología para dar un nombre provisional, apodando jocosamente a sus hallazgos "Los Ancianos".

Hacia las 2:30 de la madrugada, tras decidir posponer el trabajo y descansar un poco, cubrió el organismo disecado con una lona, salió de la tienda del laboratorio y estudió los especímenes intactos con renovado interés. El incesante sol antártico había comenzado a flexibilizar un poco sus tejidos, de modo que las puntas de las cabezas y los tubos de dos o tres mostraban signos de desprendimiento; pero Lake no creía que hubiera peligro de descomposición inmediata en el aire casi bajo cero. Sin embargo, trasladó todos los especímenes no disecados cerca unos de otros y colocó una tienda de campaña de repuesto sobre ellos para protegerlos de los rayos solares directos. Eso también ayudaría a mantener su posible olor lejos de los perros, cuya intranquilidad hostil se estaba convirtiendo realmente en un problema, incluso a su considerable distancia y detrás de los muros de nieve cada vez más altos que una cuota creciente de hombres se apresuraba a levantar alrededor de sus habitaciones. Tuvo que apuntalar las esquinas de la tela de la tienda con pesados bloques de nieve para mantenerla en su sitio en medio del creciente vendaval, ya que las titánicas montañas parecían estar a punto de descargar algunas ráfagas gravemente severas. Los primeros temores sobre los repentinos vientos antárticos se reavivaron y, bajo la supervisión de Atwood, se tomaron precauciones para cubrir con nieve las tiendas, el nuevo corral para perros y los rudimentarios refugios para aviones en la ladera de la montaña. Estos últimos refugios, iniciados con bloques de nieve dura en momentos extraños, no eran en absoluto tan altos como deberían haber sido; y Lake finalmente separó a todas las manos de otras tareas para trabajar en ellos.

Eran más de las cuatro cuando Lake se preparó por fin para despedirse y nos aconsejó a todos que compartiéramos el período de descanso que se tomaría su equipo cuando las paredes del refugio estuvieran un poco más altas. Mantuvo una charla amistosa con Pabodie a través del éter, y repitió sus elogios a las perforaciones realmente maravillosas que le habían ayudado a hacer su descubrimiento. Atwood también envió saludos y elogios. Le di a Lake unas cálidas palabras de felicitación, afirmando que tenía razón sobre el viaje al oeste, y todos acordamos ponernos en contacto por radio a las diez de la mañana. Si el vendaval terminaba entonces, Lake enviaría un avión para la fiesta en mi base. Justo antes de retirarme envié un último mensaje al Arkham con instrucciones sobre cómo atenuar las noticias del día para el mundo exterior, ya que los detalles completos parecían lo suficientemente radicales como para despertar una ola de incredulidad hasta que se corroboraran.



Ninguno de nosotros, imagino, durmió mucho o de forma continuada aquella mañana. Tanto la emoción del descubrimiento de Lake como la creciente furia del viento estaban en contra de tal cosa. Tan salvaje era la ráfaga, incluso donde nosotros estábamos, que no podíamos dejar de preguntarnos cuánto peor era en el campamento de Lake, directamente bajo los vastos picos desconocidos que la originaban y entregaban. McTighe se despertó a las diez y trató de poner a Lake en contacto con la radio, como se había acordado, pero alguna condición eléctrica en el aire perturbado hacia el oeste parecía impedir la comunicación. Sin embargo, conseguimos el Arkham, y Douglas me dijo que él también había intentado en vano contactar con Lake. No se había enterado del viento, ya que en McMurdo Sound soplaba muy poco, a pesar de su persistente furia en el lugar donde nos encontrábamos.

A lo largo del día todos escuchamos con ansiedad y tratamos de localizar a Lake a intervalos, pero invariablemente sin resultados. Hacia el mediodía se desató un verdadero frenesí de viento del oeste, haciéndonos temer por la seguridad de nuestro campamento; pero finalmente se calmó, con sólo una moderada recaída a las 2 P.M. Después de las tres hubo mucha calma, y redoblamos nuestros esfuerzos para conseguir a Lake. Pensando en que tenía cuatro aviones, cada uno de ellos provisto de un excelente equipo de onda corta, no podíamos imaginar ningún accidente ordinario capaz de inutilizar todo su equipo inalámbrico a la vez. Sin embargo, el silencio sepulcral continuaba, y cuando pensamos en la fuerza delirante que debía tener el viento en su localidad no pudimos evitar hacer las conjeturas más funestas.

A las seis, nuestros temores se habían vuelto intensos y definitivos, y después de una consulta inalámbrica con Douglas y Thorfinnssen resolví tomar medidas de investigación. El quinto avión, que habíamos dejado en el depósito de suministros de McMurdo Sound con Sherman y dos marineros, estaba en buen estado y listo para su uso inmediato, y parecía que la misma emergencia para la que había sido guardado estaba ahora sobre nosotros. Llamé a Sherman por radio y le ordené que se reuniera conmigo con el avión y los dos marineros en la base sur lo antes posible, ya que las condiciones aéreas eran aparentemente muy favorables. Entonces hablamos sobre el personal del grupo de investigación que vendría, y decidimos que incluiríamos a toda la tripulación, junto con el trineo y los perros que había guardado conmigo. Incluso una carga tan grande no sería demasiado para uno de los enormes aviones contruidos según nuestras órdenes especiales para el transporte de maquinaria pesada. A intervalos, intenté comunicarme con Lake con la radio, pero todo fue inútil.

Sherman, con los marineros Gunnarsson y Larsen, despegó a las 7:30, e informó de un vuelo tranquilo desde varios puntos del ala. Llegaron a nuestra base a medianoche, y todos discutieron de inmediato el siguiente movimiento. Era un asunto arriesgado navegar sobre la Antártida en un solo avión sin ninguna línea de bases, pero nadie se apartó de lo que parecía la más simple necesidad. Nos retiramos a las dos para un breve descanso después de la carga preliminar del avión, pero nos levantamos de nuevo en cuatro horas para terminar la carga y el embalaje.

A las 7:15 de la mañana del 25 de enero, comenzamos a volar hacia el noroeste bajo el pilotaje de McTighe con diez hombres, siete perros, un trineo, un suministro de combustible y alimentos, y otros artículos, incluyendo el equipo inalámbrico del avión. La atmósfera era clara, bastante tranquila y con una temperatura relativamente suave, y preveíamos muy pocos problemas para llegar a la latitud y longitud designadas por Lake como lugar de su campamento. Nuestros temores se centraban en lo que podríamos encontrar, o no encontrar, al final de nuestro viaje, ya que el silencio seguía respondiendo a todas las llamadas enviadas al campamento.

Cada incidente de ese vuelo de cuatro horas y media está grabado a fuego en mi memoria por su posición crucial en mi vida. Marcó mi pérdida, a la edad de cincuenta y cuatro años, de toda esa paz y equilibrio que la mente normal posee a través de su acostumbrada concepción de la naturaleza externa y de las leyes de la naturaleza. A partir de entonces, los diez -pero el estudiante Danforth y yo por encima de todos los demás- nos enfrentamos a un mundo horriblemente amplificado de horrores acechantes que nada puede borrar de nuestras emociones, y que nos abstendríamos de compartir con la humanidad en general si pudiéramos. Los periódicos han publicado los boletines que enviamos desde el avión en movimiento, en los que contábamos nuestra trayectoria sin escalas, nuestras dos batallas con los traicioneros vendavales de las alturas, nuestra visión de la superficie rota donde Lake había hundido su pozo a mitad de camino tres días antes, y nuestra visión de un grupo de esos extraños cilindros de nieve esponjosa que Amundsen y Byrd observaron que rodaban en el viento a través de las interminables leguas de meseta helada. Sin embargo, llegó un momento en el que nuestras sensaciones no podían ser transmitidas con palabras que la prensa entendiera, y un último momento en el que tuvimos que adoptar una regla real de estricta censura.

El marinero Larsen fue el primero en divisar la línea dentada de conos y pináculos de aspecto brujo que teníamos delante, y sus gritos hicieron que todo el mundo se dirigiera a las ventanillas del gran avión con cabina. A pesar de nuestra velocidad, tardaban mucho en ganar protagonismo; por eso sabíamos que debían estar infinitamente lejos, y que sólo eran visibles por su anormal altura. Poco a poco, sin embargo, se elevaron sombríamente en el cielo occidental; permitiéndonos distinguir varias cumbres desnudas, sombrías y negruzcas, y captar la curiosa sensación de fantasía que inspiraban vistas en la rojiza luz antártica contra el provocativo fondo de nubes de polvo de hielo iridiscente. En todo el espectáculo había un persistente y omnipresente matiz de estupendo secreto y potencial revelación. Era como si esas agujas descarnadas y de pesadilla marcaran los pilones de una espantosa puerta de entrada a esferas prohibidas de sueño, y a complejos golfos de tiempo, espacio y ultradimensionalidad remotos. No podía evitar la sensación de que eran cosas malignas, montañas de locura cuyas laderas más lejanas se asomaban a algún maldito abismo final. Aquel fondo de nubes hirviente y semiluminoso contenía sugerencias inefables de un más allá vago y etéreo, mucho más que el espacio terrestre, y daba recuerdos espantosos de la absoluta lejanía, separación, desolación y muerte eónica de este mundo austral no transitado e insondable.

Fue el joven Danforth quien nos llamó la atención sobre las curiosas regularidades de la línea del cielo de las montañas más altas - regularidades como fragmentos aferrados de cubos perfectos, que Lake había mencionado en sus mensajes, y que de hecho justificaban su comparación con las sugerencias oníricas de las ruinas de los templos primordiales, en las nubladas cimas de las montañas asiáticas, tan sutil y extrañamente pintadas por Roerich. En efecto, había algo inquietantemente parecido a Roerich en todo

este continente sobrenatural de misterio montañoso. Lo había sentido en octubre, cuando vimos por primera vez Victoria Land, y lo sentía de nuevo ahora. También sentí otra oleada de inquietante conciencia de las semejanzas míticas arcaicas; de lo inquietantemente que este reino letal se correspondía con la mal afamada meseta de Leng en los escritos primitivos. Los mitólogos han situado a Leng en Asia Central; pero la memoria racial del hombre -o de sus predecesores- es larga, y bien puede ser que ciertos relatos hayan llegado desde tierras y montañas y templos del horror anteriores a Asia y anteriores a cualquier mundo humano que conozcamos. Unos pocos místicos atrevidos han insinuado un origen anterior al Pleistoceno para los fragmentarios Manuscritos Pnakóticos, y han sugerido que los devotos de Tsathoggua eran tan ajenos a la humanidad como el propio Tsathoggua. Leng, en cualquier lugar del espacio o del tiempo en el que pudiera criar, no era una región en la que me gustaría estar o a la que me gustaría acercarme, ni tampoco me gustaba la proximidad de un mundo que hubiera criado monstruosidades tan ambiguas y arcaicas como las que Lake acababa de mencionar. En este momento me sentía arrepentido de haber leído el aborrecido Necronomicón, o de haber hablado tanto con aquel folclorista desagradablemente erudito, Wilmarth, en la universidad.

Este estado de ánimo sirvió, sin duda, para agravar mi reacción ante el extraño espejismo que irrumpió sobre nosotros desde el cenit cada vez más opalescente a medida que nos acercábamos a las montañas y empezábamos a distinguir las ondulaciones acumulativas de las estribaciones. Había visto docenas de espejismos polares durante las semanas anteriores, algunos de ellos tan extraños y fantásticamente vívidos como el presente; pero éste tenía una cualidad totalmente novedosa y oscura de simbolismo amenazante, y me estremecí cuando el laberinto hirviente de muros, torres y minaretes fabulosos surgió de los turbulentos vapores de hielo sobre nuestras cabezas.

El efecto era el de una ciudad ciclópea sin arquitectura conocida por el hombre o por la imaginación humana, con vastos conjuntos de mampostería negra como la noche que encarnaban monstruosas perversiones de las leyes geométricas. Había conos truncados, a veces adosados o estriados, coronados por altos fustes cilíndricos aquí y allá bulbosamente agrandados y a menudo coronados con hileras de finos discos festoneados; y extrañas construcciones en forma de escarabajo, como una mesa, que sugerían pilas de multitud de losas rectangulares o placas circulares o estrellas de cinco puntas, cada una de las cuales se superponía a la de abajo. Había conos y pirámides compuestos, ya sea solos o superando cilindros o cubos, o conos truncados y pirámides más planos, y ocasionales agujas en curiosos grupos de cinco. Todas estas estructuras febriles parecían estar unidas por puentes tubulares que cruzaban de una a otra a varias alturas vertiginosas, y la escala implícita del conjunto era aterradora y opresiva en su puro gigantismo. El tipo general de espejismo no era diferente de algunas de las formas más salvajes observadas y dibujadas por el ballenero ártico Scoresby en 1820, pero en este momento y lugar, con aquellos picos montañosos oscuros y desconocidos que se alzaban estupendamente por delante, aquel anómalo descubrimiento del mundo de los ancianos en nuestras mentes, y el manto de probable desastre que envolvía a la mayor parte de nuestra expedición, todos parecíamos encontrar en él una mancha de malignidad latente y un presagio infinitamente maligno.

Me alegré cuando el espejismo comenzó a desintegrarse, aunque en el proceso las diversas torretas y conos de pesadilla adoptaron formas distorsionadas y temporales de una horribilidad aún mayor. Cuando toda la ilusión se disolvió en una opalescencia agitada, empezamos a mirar de nuevo hacia la tierra y vimos que el final de

nuestro viaje no estaba lejos. Las desconocidas montañas que teníamos delante se alzaban vertiginosamente como una temible muralla de gigantes, cuyas curiosas regularidades se mostraban con sorprendente claridad incluso sin un catalejo. Ya habíamos superado las estribaciones más bajas y podíamos ver, entre la nieve, el hielo y los parches desnudos de su meseta principal, un par de puntos oscuros que consideramos que eran el campamento de Lake y su aburrimiento. Las estribaciones más altas se elevaban entre cinco y seis millas de distancia, formando una cordillera casi distinta de la aterradora línea de picos más que himalayos más allá de ellas. Al final, Ropes -el estudiante que había relevado a McTighe en los mandos- comenzó a dirigirse hacia la mancha oscura de la izquierda, cuyo tamaño la señalaba como el campamento. Mientras lo hacía, McTighe envió el último mensaje inalámbrico no censurado que el mundo iba a recibir de nuestra expedición.

Todo el mundo, por supuesto, ha leído los breves y poco satisfactorios boletines del resto de nuestra estancia antártica. Algunas horas después de nuestro desembarco enviamos un informe reservado de la tragedia que encontramos, y anunciamos de mala gana la aniquilación de todo el grupo del Lago por el espantoso viento del día anterior, o de la noche anterior. Once muertos conocidos, el joven Gedney desaparecido. La gente perdonó nuestra nebulosa falta de detalles al darse cuenta de la conmoción que el triste suceso debía causar en nosotros, y nos creyeron cuando explicamos que la acción del viento había hecho que los once cuerpos no fueran aptos para ser transportados al exterior. De hecho, me halaga que incluso en medio de nuestra angustia, el desconcierto total y el horror que nos atenazaba el alma, apenas fuimos más allá de la verdad en algún caso concreto. El tremendo significado reside en lo que no nos atrevimos a contar; lo que no contaría ahora si no fuera por la necesidad de prevenir a otros de los terrores sin nombre.

Es un hecho que el viento había provocado terribles estragos. Si todos habrían podido sobrevivir a él, incluso sin lo otro, es algo gravemente dudoso. La tormenta, con su furia de partículas de hielo enloquecidas, debió ser superior a todo lo que nuestra expedición había encontrado antes. Uno de los refugios de los aviones -que, al parecer, se había dejado en un estado demasiado endeble e inadecuado- estuvo a punto de ser pulverizado; y el castillete de la lejana perforación se hizo añicos por completo. El metal expuesto de los aviones y de la maquinaria de perforación que estaban en tierra quedó pulido, y dos de las pequeñas tiendas de campaña quedaron aplastadas a pesar de la nieve que las cubría. Las superficies de madera que quedaron fuera de la explosión estaban picadas y sin pintura, y todas las señales de huellas en la nieve estaban completamente borradas. También es cierto que no encontramos ninguno de los objetos biológicos arcaicos en condiciones de salir al exterior en su conjunto. Sí recogimos algunos minerales de una vasta pila desordenada, entre ellos varios de los fragmentos verdosos de esteatita cuyo extraño redondeo de cinco puntas y tenues patrones de puntos agrupados provocaron tantas comparaciones dudosas; y algunos huesos fósiles, entre los que se encontraban los más típicos de los especímenes curiosamente heridos.

Ninguno de los perros sobrevivió, ya que su recinto de nieve, construido a toda prisa cerca del campamento, quedó casi totalmente destruido. Es posible que el viento lo haya hecho, aunque la mayor rotura en el lado próximo al campamento, que no era el de barlovento, sugiere un salto o rotura de las propias bestias frenéticas. Los tres trineos habían desaparecido, y hemos tratado de explicar que el viento puede haberlos arrastrado hacia lo desconocido. El taladro y la maquinaria para derretir el hielo en la perforación estaban demasiado dañados para justificar su

salvamento, así que los utilizamos para ahogar esa sutilmente perturbadora puerta al pasado que Lake había dinamitado. Asimismo, dejamos en el campamento los dos aviones más agitados; ya que nuestro grupo superviviente sólo contaba con cuatro pilotos reales -Sherman, Danforth, McTighe y Ropes-, con Danforth en una forma nerviosa pobre para navegar. Nos trajimos todos los libros, el equipo científico y otros accesorios que pudimos encontrar, aunque gran parte de ellos se volaron inexplicablemente. Las tiendas de repuesto y las pieles faltaban o estaban en mal estado.

Aproximadamente a las 4 de la tarde, después de que un amplio crucero aéreo nos obligara a dar por perdido a Gedney, enviamos nuestro mensaje reservado al Arkham para que lo transmitiera; y creo que hicimos bien en mantenerlo tan tranquilo y sin compromisos como conseguimos. Lo más que dijimos sobre la agitación se refería a nuestros perros, cuya frenética inquietud cerca de los especímenes biológicos era de esperar por los relatos del pobre Lake. No mencionamos, creo, su exhibición de la misma inquietud cuando olfateaban alrededor de las extrañas piedras de jabón verdosas y algunos otros objetos en la región desordenada - objetos que incluían instrumentos científicos, aviones y maquinaria, tanto en el campamento como en la perforación, cuyas partes habían sido aflojadas, movidas o manipuladas de otro modo por vientos que debían albergar una singular curiosidad e investigación.

En cuanto a los catorce especímenes biológicos, fuimos indulgentes. Dijimos que los únicos que descubrimos estaban dañados, pero que quedaban suficientes para demostrar que la descripción de Lake era total e impresionantemente exacta. Nos costó mucho trabajo mantener nuestras emociones personales al margen de este asunto, y no mencionamos números ni dijimos

exactamente cómo habíamos encontrado los que sí encontramos. Para entonces habíamos acordado no transmitir nada que sugiriera locura por parte de los hombres de Lake, y sin duda parecía una locura encontrar seis monstruosidades imperfectas cuidadosamente enterradas en posición vertical en tumbas de nieve de tres metros bajo montículos de cinco puntas perforados con grupos de puntos en patrones exactamente iguales a los de las extrañas piedras de jabón verdosas desenterradas de la época mesozoica o terciaria. Los ocho ejemplares perfectos mencionados por Lake parecían haber desaparecido por completo.

También tuvimos cuidado con la tranquilidad general del público; de ahí que Danforth y yo habláramos poco de aquel espantoso viaje por las montañas al día siguiente. Fue el hecho de que sólo un avión radicalmente aligerado podría cruzar una cordillera de semejante altura, lo que limitó misericordiosamente aquella excursión de exploración a nosotros dos. A nuestro regreso, a la una de la madrugada, Danforth estaba al borde de la histeria, pero se mantuvo admirablemente tieso. No fue necesario persuadirle para que prometiera no mostrar nuestros bocetos y las demás cosas que llevábamos en los bolsillos, no decir nada más a los demás que lo que habíamos acordado transmitir fuera, y esconder las películas de nuestras cámaras para revelarlas en privado más adelante; de modo que esa parte de mi presente historia será tan nueva para Pabodie, McTighe, Ropes, Sherman y el resto como lo será para el mundo en general. De hecho, Danforth es más reservado que yo, ya que vio, o cree haber visto, una cosa que no me dirá ni siquiera a mí.

Como todos saben, nuestro informe incluía el relato de una dura ascensión: una confirmación de la opinión de Lake de que los grandes picos son de pizarra arcaica y otros estratos arrugados

muy primitivos que no han cambiado por lo menos desde los tiempos del Comancho medio; un comentario convencional sobre la regularidad de las formaciones de cubos y murallas que se aferran; una decisión de que las bocas de las cuevas indican venas calcáreas disueltas; una conjetura de que ciertas laderas y pasos permitirían escalar y cruzar toda la cordillera por parte de montañeros avezados; y una observación de que el misterioso otro lado alberga una elevada e inmensa superplataforma tan antigua e inmutable como las propias montañas: seis mil metros de elevación, con grotescas formaciones rocosas que sobresalen a través de una fina capa glacial y con bajas estribaciones graduales entre la superficie general de la meseta y los escarpados precipicios de los picos más altos.

Este conjunto de datos es verdadero en todos los aspectos hasta donde llega, y satisfizo completamente a los hombres del campamento. Atribuimos nuestra ausencia de dieciséis horas -más tiempo del que requería nuestro anunciado programa de vuelo, aterrizaje, reconocimiento y recogida de rocas- a un largo y mítico periodo de condiciones de viento adversas, y contamos con veracidad nuestro aterrizaje en las estribaciones más lejanas. Afortunadamente, nuestro relato era lo suficientemente realista y prosaico como para no tentar a ninguno de los demás a emular nuestro vuelo. Si alguno hubiera intentado hacerlo, yo habría utilizado toda mi persuasión para detenerlo, y no sé qué habría hecho Danforth. Mientras estábamos fuera, Pabodie, Sherman, Ropes, McTighe y Williamson habían trabajado como castores sobre los dos mejores aviones de Lake, acondicionándolos de nuevo para su uso a pesar de los inexplicables malabarismos de su mecanismo operativo.

Decidimos cargar todos los aviones a la mañana siguiente y emprender el regreso a nuestra antigua base lo antes posible. Aunque fuera de forma indirecta, esa era la manera más segura de trabajar hacia el estrecho de McMurdo, ya que un vuelo en línea recta a través de los tramos más desconocidos del continente eónicamente muerto implicaría muchos peligros adicionales. La continuación de la exploración era difícilmente factible en vista de nuestra trágica diezma y de la ruina de nuestra maquinaria de perforación. Las dudas y los horrores que nos rodeaban -y que no revelamos- sólo nos hacían desear huir de este mundo austral de desolación y locura incubadora lo más rápidamente posible.

Como el público sabe, nuestro regreso al mundo se llevó a cabo sin más desastres. Todos los aviones llegaron a la antigua base al anochecer del día siguiente -27 de enero- después de un rápido vuelo sin escalas; y el día 28 llegamos a McMurdo Sound en dos vueltas, siendo la única pausa muy breve, y ocasionada por un timón defectuoso en el furioso viento sobre la plataforma de hielo después de haber despejado la gran meseta. En cinco días más, el Arkham y el Miskatonic, con toda la tripulación y el equipo a bordo, se alejaban del hielo cada vez más grueso y subían por el mar de Ross, con las montañas burlonas de Victoria Land asomando hacia el oeste contra un cielo antártico turbulento y transformando los lamentos del viento en un amplio canto musical que me helaba el alma. Menos de quince días después, dejamos atrás el último rastro de tierra polar y dimos gracias al cielo por estar alejados de un reino embrujado y maldito donde la vida y la muerte, el espacio y el tiempo, han hecho alianzas negras y blasfemas, en las épocas desconocidas desde que la materia se retorció y nadó por primera vez en la corteza escasamente refrigerada del planeta.

Desde nuestro regreso, todos hemos trabajado constantemente para desalentar la exploración antártica, y nos hemos guardado ciertas dudas y conjeturas con espléndida unidad y fidelidad. Incluso el joven Danforth, con su crisis nerviosa, no se ha acobardado ni ha balbuceado ante sus médicos; de hecho, como ya he dicho, hay una cosa que cree haber visto él solo y que no quiere contarme ni siquiera a mí, aunque creo que ayudaría a su estado psicológico si consintiera en hacerlo. Podría explicar y aliviar muchas cosas, aunque tal vez la cosa no era más que la secuela ilusoria de un choque anterior. Esa es la impresión que tengo después de esos raros e irresponsables momentos en los que me susurra cosas inconexas, cosas que repudia con vehemencia en cuanto vuelve a controlarse.

Será un trabajo duro disuadir a otros del gran sur blanco, y algunos de nuestros esfuerzos pueden perjudicar directamente nuestra causa al llamar la atención de los curiosos. Podríamos haber sabido desde el principio que la curiosidad humana es imperecedera, y que los resultados que anunciamos bastarían para espolear a otros en la misma búsqueda ancestral de lo desconocido. Los informes de Lake sobre esas monstruosidades biológicas habían despertado a naturalistas y paleontólogos hasta el más alto nivel, aunque fuimos lo suficientemente sensatos como para no mostrar las partes desprendidas que habíamos tomado de los especímenes reales enterrados, ni nuestras fotografías de esos especímenes tal como fueron encontrados. También nos abstuvimos de mostrar los huesos más desconcertantes y las piedras jabonosas verdosas; mientras que Danforth y yo hemos guardado de cerca las fotos que tomamos o dibujamos en la superplataforma al otro lado de la cordillera, y las cosas arrugadas que alisamos, estudiamos con terror y nos llevamos en los bolsillos.

Pero ahora ese grupo de Starkweather-Moore se está organizando, y con una minuciosidad que supera todo lo que nuestro equipo intentó. Si no se les disuade, llegarán al núcleo más profundo de la Antártida y se fundirán y perforarán hasta sacar a la luz lo que sabemos que puede acabar con el mundo. Así que debo romper por fin todas las reticencias, incluso sobre esa cosa última e innominada más allá de las montañas de la locura.

IV

Sólo con gran vacilación y repugnancia dejo que mi mente regrese al campamento de Lake y a lo que realmente encontramos allí, y a esa otra cosa más allá de las montañas de la locura. Me siento constantemente tentado a eludir los detalles y a dejar que los indicios sustituyan a los hechos reales y a las deducciones ineludibles. Espero haber dicho ya lo suficiente como para dejarme deslizar brevemente sobre el resto; el resto, es decir, del horror en el campamento. He hablado del terreno devastado por el viento, de los refugios dañados, de la maquinaria desordenada, de la variada inquietud de nuestros perros, de los trineos y otros objetos desaparecidos, de la muerte de hombres y perros, de la ausencia de Gedney y de los seis especímenes biológicos insanamente enterrados, de textura extrañamente sana a pesar de todas sus lesiones estructurales, procedentes de un mundo muerto hace cuarenta millones de años. No recuerdo si mencioné que al revisar los cadáveres caninos encontramos que faltaba un perro. No pensamos mucho en ello hasta más tarde; de hecho, sólo Danforth y yo hemos pensado en ello.

Las principales cosas que he estado reteniendo se refieren a los cuerpos, y a ciertos puntos sutiles que pueden o no dar una horrible e increíble clase de racionalidad al aparente caos. En ese momento, traté de mantener la mente de los hombres fuera de esos puntos; porque era mucho más sencillo -mucho más normal- atribuir todo a un brote de locura por parte de algunos de los integrantes de Lake. Por el aspecto de las cosas, aquel viento endemoniado de la montaña debía ser suficiente para volver loco a cualquier hombre en medio de este centro de todo misterio y desolación terrenales.

La mayor anomalía, por supuesto, era el estado de los cuerpos, tanto de los hombres como de los perros. Todos habían participado en algún tipo de conflicto terrible, y estaban desgarrados y destrozados de forma diabólica e inexplicable. La muerte, por lo que pudimos juzgar, se había producido en todos los casos por estrangulamiento o laceración. Evidentemente, los perros habían iniciado el problema, pues el estado de su mal construido corral atestiguaba su rotura forzosa desde dentro. Se había colocado a cierta distancia del campamento debido al odio de los animales hacia esos infernales organismos arcaicos, pero la precaución parecía haber sido tomada en vano. Al quedar solos en aquel viento monstruoso, detrás de unas paredes endeble y de altura insuficiente, debieron de salir en estampida, no se sabe si por el propio viento o por algún olor sutil y creciente emitido por los especímenes de pesadilla. Aquellos especímenes, por supuesto, habían sido cubiertos con una tela de carpa; sin embargo, el bajo sol antártico había golpeado constantemente sobre esa tela, y Lake había mencionado que el calor solar tendía a hacer que los extrañamente sólidos y duros tejidos de las cosas se relajaran y expandieran. Tal vez el viento había sacudido la tela por encima de ellos y los había sacudido de tal manera que sus cualidades olfativas más punzantes se pusieron de manifiesto a pesar de su increíble antigüedad.

Pero fuera lo que fuera lo que había ocurrido, era lo suficientemente horrendo y repugnante. Tal vez sea mejor que deje de lado los remilgos y cuente por fin lo peor, aunque con una categórica declaración de opinión, basada en las observaciones de primera mano y en las más rígidas deducciones tanto de Danforth como mías, de que el entonces desaparecido Gedney no era en absoluto responsable de los repugnantes horrores que encontramos. He dicho que los cuerpos estaban terriblemente destrozados. Ahora

debo añadir que algunos fueron incisos y sustraídos de la manera más curiosa, fría e inhumana. Sucedió lo mismo con los perros y los hombres. A todos los cuerpos más sanos y gordos, cuadrúpedos o bípedos, se les habían cortado y extirpado las masas más sólidas de tejido, como si se tratara de un cuidadoso carnicero; y alrededor de ellos había una extraña salpicadura de sal -tomada de los devastados cofres de provisiones de los aviones- que conjuraba las más horribles asociaciones. El suceso había ocurrido en uno de los toscos refugios de los aviones de los que había sido sacado, y los vientos posteriores habían borrado todas las huellas que podrían haber aportado alguna teoría plausible. Los trozos de ropa dispersos, cortados toscamente por los sujetos de las incisiones humanas, no daban ninguna pista. Es inútil traer a colación la media impresión de ciertas débiles huellas de nieve en un rincón protegido del recinto en ruinas, porque esa impresión no se refería en absoluto a las huellas humanas, sino que estaba claramente mezclada con toda la palabrería de huellas fósiles que el pobre Lake había estado dando a lo largo de las semanas anteriores. Había que tener cuidado con la imaginación al abrigo de aquellas montañas de locura que se ensombrecían.

Como he indicado, Gedney y un perro resultaron estar desaparecidos al final. Cuando llegamos a ese terrible refugio habíamos perdido dos perros y dos hombres; pero la tienda de disección, bastante ilesa, en la que entramos después de investigar las monstruosas tumbas, tenía algo que revelar. No estaba como Lake la había dejado, pues las partes cubiertas de la monstruosidad primigenia habían sido retiradas de la mesa improvisada. De hecho, ya nos habíamos dado cuenta de que una de las seis cosas imperfectas y demencialmente enterradas que habíamos encontrado -la que tenía el rastro de un olor peculiarmente odioso- debía representar las secciones recogidas de la entidad que Lake había intentado analizar. Sobre y alrededor de aquella mesa de laboratorio había otras cosas esparcidas, y no tardamos en adivinar

que esas cosas eran las partes disecadas, cuidadosa aunque extrañamente e inexpertamente, de un hombre y un perro. Evitaré los sentimientos de los supervivientes omitiendo la mención de la identidad del hombre. Los instrumentos anatómicos de Lake habían desaparecido, pero había evidencias de su cuidadosa limpieza. La estufa de gasolina también había desaparecido, aunque alrededor de ella encontramos un curioso montón de cerillas. Enterramos las partes humanas junto a los otros diez hombres; y las partes caninas con los otros treinta y cinco perros. En cuanto a las extrañas manchas en la mesa del laboratorio y en el revoltijo de libros ilustrados manipulados toscamente y esparcidos cerca de ella, estábamos demasiado desconcertados para especular.

Esto constituía lo peor del horror del campamento, pero otras cosas eran igualmente desconcertantes. La desaparición de Gedney, del perro, de los ocho especímenes biológicos no lesionados, de los tres trineos y de ciertos instrumentos, libros técnicos y científicos ilustrados, material de escritura, linternas eléctricas y baterías, comida y combustible, aparatos de calefacción, tiendas de repuesto, trajes de pieles y cosas similares, estaba totalmente fuera de toda conjetura sensata; al igual que las manchas de tinta salpicadas en ciertos trozos de papel, y las evidencias de curiosos tanteos y experimentos alienígenas en torno a los aviones y a todos los demás dispositivos mecánicos, tanto en el campamento como en el aburrimiento. Los perros parecían aborrecer esta maquinaria extrañamente desordenada. Luego, también estaba el desorden de la despensa, la desaparición de ciertos artículos de primera necesidad, y el cómico montón de latas de conserva abiertas de las formas más insólitas y en los lugares más insólitos. La profusión de fósforos dispersos, intactos, rotos o gastados, constituía otro enigma menor, al igual que las dos o tres telas de tiendas y trajes de piel que encontramos tirados con tajos peculiares y poco ortodoxos, posiblemente debidos a torpes esfuerzos de adaptaciones inimaginables. El maltrato de los cuerpos humanos y

caninos, y el alocado enterramiento de los dañados especímenes arcaicos, coincidían con esta aparente locura desintegradora. En vista de una eventualidad como la presente, fotografiamos cuidadosamente todas las principales evidencias de desorden demencial en el campamento; y utilizaremos las huellas para reforzar nuestros alegatos contra la salida de la propuesta Expedición Starkweather-Moore.

Nuestro primer acto después de encontrar los cuerpos en el refugio fue fotografiar y abrir la fila de tumbas de locos con los montículos de nieve de cinco puntas. No pudimos evitar notar el parecido de estos monstruosos montículos, con sus grupos de puntos agrupados, con las descripciones del pobre Lake sobre las extrañas piedras de jabón verdosas; y cuando llegamos a algunas de las propias piedras de jabón en el gran montón de minerales, encontramos el parecido muy cercano. Toda la formación general, debe quedar claro, parecía abominablemente sugestiva de la cabeza de estrella de mar de las entidades arcaicas; y estuvimos de acuerdo en que la sugerencia debe haber actuado potentemente sobre las mentes sensibilizadas del grupo de Lake. La primera vez que vimos las entidades enterradas fue un momento horrible, y nos hizo recordar a Pabodie y a mí algunos de los mitos primitivos que habíamos leído y oído. Todos estuvimos de acuerdo en que la mera visión y la presencia continuada de las cosas debían de haber cooperado con la opresiva soledad polar y el viento demoníaco de la montaña para volver loco al grupo de Lake.

Porque la locura -centrada en Gedney como el único agente superviviente posible- fue la explicación adoptada espontáneamente por todos en lo que se refiere a las palabras habladas; aunque no seré tan ingenuo como para negar que cada uno de nosotros puede haber albergado conjeturas salvajes que la

cordura le impidió formular completamente. Sherman, Pabodie y McTighe realizaron por la tarde un exhaustivo crucero en avión por todo el territorio circundante, barriendo el horizonte con catalejos en busca de Gedney y de las diversas cosas que faltaban; pero nada salió a la luz. El grupo informó de que la barrera de titanes se extendía infinitamente a derecha e izquierda por igual, sin ninguna disminución de la altura o de la estructura esencial. En algunos de los picos, sin embargo, las formaciones regulares de cubos y murallas eran más audaces y sencillas, y tenían similitudes doblemente fantásticas con las ruinas de las colinas asiáticas pintadas por Roerich. La distribución de las bocas de las cuevas crípticas en las negras cumbres cubiertas de nieve parecía más o menos uniforme hasta donde se podía rastrear la cordillera.

A pesar de todos los horrores reinantes, nos quedaba el suficiente afán científico y aventurero para preguntarnos por el reino desconocido más allá de aquellas misteriosas montañas. Como decían nuestros mensajes, descansamos a medianoche después de nuestro día de terror y desconcierto, pero no sin un plan tentativo para uno o más vuelos de altitud para cruzar la cordillera en un avión aligerado con cámara aérea y equipo de geólogo, comenzando a la mañana siguiente. Se decidió que Danforth y yo lo intentáramos primero, y nos despertamos a las 7 de la mañana con la intención de volar temprano; sin embargo, los fuertes vientos - mencionados en nuestro breve boletín al mundo exterior- retrasaron nuestra salida hasta casi las nueve.

Ya he repetido la historia sin compromiso que contamos a los hombres en el campamento -y transmitida al exterior- tras nuestro regreso dieciséis horas después. Ahora es mi terrible deber ampliar este relato rellenando los misericordiosos espacios en blanco con indicios de lo que realmente vimos en el oculto mundo

transmontano, indicios de las revelaciones que finalmente han llevado a Danforth a un colapso nervioso. Me gustaría que añadiera una palabra realmente sincera sobre lo que cree que sólo él vio - aunque probablemente fuera un delirio nervioso- y que fue quizá la gota que colmó el vaso y lo puso donde está; pero se mantiene firme en contra. Todo lo que puedo hacer es repetir sus susurros posteriores sobre lo que le hizo gritar mientras el avión volvía a atravesar el puerto de montaña torturado por el viento, después de esa conmoción real y tangible que yo compartí. Esta será mi última palabra. Si los signos evidentes de haber sobrevivido a los mayores horrores en lo que revelo no son suficientes para evitar que otros se entrometan en el interior de la Antártida -o, al menos, para que no hurguen demasiado bajo la superficie de ese último residuo de secretos prohibidos y desolación inhumana y maldita por un eón-, la responsabilidad de los males innombrables y quizá inconmensurables no será mía.

Danforth y yo, estudiando las notas tomadas por Pabodie en su vuelo de la tarde y comprobando con un sextante, habíamos calculado que el paso más bajo disponible en la cordillera se encontraba un poco a la derecha de nosotros, a la vista del campamento, y a unos veintitrés mil o veinticuatro mil pies sobre el nivel del mar. A este punto, pues, nos dirigimos primero en el avión aligerado cuando emprendimos nuestro vuelo de descubrimiento. El propio campamento, situado en las estribaciones de una alta meseta continental, estaba a unos doce mil pies de altitud, por lo que el aumento de altura necesario no era tan grande como podría parecer. Sin embargo, éramos muy conscientes del aire enrarecido y del intenso frío a medida que ascendíamos, ya que, debido a las condiciones de visibilidad, tuvimos que dejar las ventanas de la cabina abiertas. Íbamos vestidos, por supuesto, con nuestras pieles más gruesas.

A medida que nos acercábamos a los imponentes picos, oscuros y siniestros, por encima de la línea de nieve con grietas y de los glaciares intersticiales, nos fijamos cada vez más en las formaciones curiosamente regulares que se aferraban a las laderas; y volvimos a pensar en las extrañas pinturas asiáticas de Nicholas Roerich. Los antiguos estratos rocosos erosionados por el viento verificaban plenamente todos los boletines de Lake, y demostraban que estos pináculos se habían estado elevando exactamente de la misma manera desde una época sorprendentemente temprana de la historia de la Tierra, tal vez más de cincuenta millones de años. Era inútil adivinar cuánto habían subido en el pasado, pero todo en esta extraña región apuntaba a oscuras influencias atmosféricas desfavorables al cambio y calculadas para retrasar los procesos climáticos habituales de desintegración de las rocas.

Pero era la maraña de cubos regulares en la ladera de la montaña, las murallas y las bocas de las cuevas lo que más nos fascinaba y perturbaba. Yo los estudiaba con un cristal de campo y tomaba fotografías aéreas mientras Danforth conducía; y a veces le relevaba a los mandos -aunque mis conocimientos de aviación eran puramente de aficionado- para dejarle usar los prismáticos. Pudimos ver fácilmente que gran parte del material de las cosas era una cuarcita arcaica ligera, distinta de cualquier formación visible en amplias zonas de la superficie general; y que su regularidad era extrema e insólita hasta un punto que el pobre Lake apenas había insinuado.

Como había dicho, sus bordes estaban desmenuzados y redondeados por incalculables eones de erosión salvaje; pero su solidez preternatural y su material resistente los habían salvado de la destrucción. Muchas partes, especialmente las más cercanas a

las laderas, parecían idénticas en sustancia a la superficie rocosa circundante. Todo el conjunto se parecía a las ruinas de Macchu Picchu en los Andes, o a las paredes de los cimientos primitivos de Kish, tal como las desenterró la expedición del Museo Field de Oxford en 1929; y tanto Danforth como yo obtuvimos esa impresión ocasional de bloques ciclópeos separados que Lake había atribuido a su compañero de vuelo Carroll. Cómo explicar tales cosas en este lugar estaba francamente más allá de mí, y me sentí extrañamente humillado como geólogo. Las formaciones ígneas tienen a menudo extrañas regularidades -como la famosa Calzada de los Gigantes en Irlanda-, pero esta estupenda cordillera, a pesar de la sospecha original de Lake de que se trataba de conos humeantes, era sobre todo una estructura no volcánica evidente.

Las curiosas bocas de las cuevas, cerca de las cuales las formaciones extrañas parecían más abundantes, presentaban otro rompecabezas, aunque menor, debido a su regularidad de contorno. Eran, como había dicho el boletín de Lake, a menudo aproximadamente cuadradas o semicirculares; como si los orificios naturales hubieran sido moldeados con mayor simetría por alguna mano mágica. Su número y amplia distribución eran notables, y sugerían que toda la región estaba llena de túneles disueltos en estratos de piedra caliza. Las visiones que obtuvimos no se extendían mucho dentro de las cavernas, pero vimos que aparentemente estaban libres de estalactitas y estalagmitas. En el exterior, las partes de las laderas de la montaña adyacentes a las aberturas parecían invariablemente lisas y regulares; y Danforth pensó que las ligeras grietas y picaduras de la intemperie tendían a crear patrones inusuales. Lleno como estaba de los horrores y rarezas descubiertos en el campamento, insinuó que los picados se parecían vagamente a esos desconcertantes grupos de puntos esparcidos sobre las primitivas piedras jabonosas verdosas, tan horriblemente duplicados en los montículos de nieve locamente concebidos sobre esas seis monstruosidades enterradas.

Nos habíamos elevado gradualmente al sobrevolar las estribaciones más altas y a lo largo hacia el paso relativamente bajo que habíamos seleccionado. A medida que avanzábamos mirábamos de vez en cuando la nieve y el hielo de la ruta terrestre, preguntándonos si habríamos podido intentar el viaje con el equipo más sencillo de antes. Para nuestra sorpresa, vimos que el terreno no era ni mucho menos difícil, y que, a pesar de las grietas y otros puntos problemáticos, no habría sido capaz de disuadir a los trineos de un Scott, un Shackleton o un Amundsen. Algunos de los glaciares parecían conducir a pasos sin viento con una continuidad inusual, y al llegar a nuestro paso elegido nos dimos cuenta de que su caso no constituía una excepción.

Nuestras sensaciones de tensa expectación mientras nos preparábamos para rodear la cresta y asomarnos a un mundo no pisado apenas pueden describirse sobre el papel, aunque no teníamos motivos para pensar que las regiones más allá de la cordillera fueran esencialmente diferentes de las ya vistas y atravesadas. El toque de misterio maligno en estas montañas de barrera, y en el atractivo mar de cielo opalescente que se vislumbraba entre sus cumbres, era un asunto muy sutil y atenuado que no podía explicarse con palabras literales. Se trataba más bien de un asunto de vago simbolismo psicológico y de asociación estética, algo que se mezclaba con la poesía y la pintura exóticas, y con los mitos arcaicos que se escondían en volúmenes prohibidos. Incluso la carga del viento contenía una peculiar tensión de malignidad consciente; y por un segundo pareció que el sonido compuesto incluía un extraño silbido musical o un canto a lo largo de una amplia gama mientras la ráfaga entraba y salía de las omnipresentes y resonantes bocas de las cuevas. Había una nota

turbia de repulsión reminiscente en este sonido, tan compleja e insustituible como cualquiera de las otras impresiones oscuras.

Nos encontrábamos ahora, tras un lento ascenso, a una altura de veintitrés mil quinientos setenta pies según el aneroide; y habíamos dejado la región de la nieve pegada definitivamente debajo de nosotros. Aquí arriba sólo había laderas de roca oscura y desnuda, y el comienzo de glaciares de bordes ásperos, pero con esos provocadores cubos, murallas y bocas de cuevas que hacían eco para añadir un presagio de lo antinatural, lo fantástico y lo onírico. Mirando a lo largo de la línea de picos altos, me pareció ver el mencionado por el pobre Lake, con una muralla exactamente en la cima. Parecía estar medio perdido en una extraña niebla antártica, una niebla como la que había provocado la primera idea de Lake sobre el vulcanismo. El paso se alzaba directamente ante nosotros, suave y azotado por el viento entre sus pilones dentados y malignamente fruncidos. Más allá había un cielo cargado de vapores que se arremolinaban e iluminado por el sol polar bajo, el cielo de ese misterioso reino más lejano sobre el que creíamos que ningún ojo humano había mirado jamás.

Unos pocos metros más de altitud y contemplaríamos ese reino. Danforth y yo, incapaces de hablar, salvo en gritos, en medio del viento aullante y chirriante que corría por el paso y se sumaba al ruido de los motores sin silenciar, intercambiamos miradas elocuentes. Y entonces, tras haber ganado esos últimos metros, miramos de verdad a través de la trascendental división y sobre los secretos no muestreados de una tierra antigua y totalmente ajena.

V

Creo que ambos gritamos simultáneamente con una mezcla de asombro, maravilla, terror e incredulidad en nuestros propios sentidos cuando por fin superamos el paso y vimos lo que había más allá. Por supuesto, debíamos tener alguna teoría natural en el fondo de nuestras cabezas para estabilizar nuestras facultades por el momento. Probablemente pensamos en cosas como las piedras grotescamente erosionadas del Jardín de los Dioses en Colorado, o las rocas fantásticamente simétricas talladas por el viento en el desierto de Arizona. Tal vez incluso pensamos a medias que la vista era un espejismo como el que habíamos visto la mañana anterior al acercarnos por primera vez a esas montañas de la locura. Debíamos de tener algunas de esas nociones normales a las que recurrir cuando nuestros ojos barrieron aquella meseta ilimitada y escarbada por la tempestad y captaron el laberinto casi interminable de masas de piedra colosales, regulares y geoméricamente eurítmicas que levantaban sus crestas desmoronadas y agujereadas por encima de una lámina glaciaria de no más de cuarenta o cincuenta pies de profundidad en su mayor espesor, y en lugares evidentemente más delgados.

El efecto de la monstruosa visión era indescriptible, pues desde el principio parecía segura alguna diabólica violación de la ley natural conocida. Aquí, en una mesa de tierra infernalmente antigua de seis mil metros de altura, y en un clima mortal para la vida desde una era pre-humana hace no menos de quinientos mil años, se extendía casi hasta el límite de la visión una maraña de piedra ordenada que sólo la desesperación de la autodefensa mental podría atribuir a cualquier cosa que no fuera una causa consciente y artificial. Anteriormente habíamos descartado, en lo que respecta a un

pensamiento serio, cualquier teoría de que los cubos y las murallas de las laderas de las montañas no fueran de origen natural. ¿Cómo podrían ser de otro modo, cuando el hombre mismo apenas podía diferenciarse de los grandes simios en el momento en que esta región sucumbió al actual reino ininterrumpido de la muerte glacial?

Sin embargo, ahora el dominio de la razón parecía irrefutablemente sacudido, pues este laberinto ciclópeo de bloques cuadrados, curvos y angulosos tenía características que cortaban todo refugio cómodo. Era, muy claramente, la blasfema ciudad del espejismo en la cruda, objetiva e ineludible realidad. Aquel maldito presagio había tenido una base material después de todo: había habido algún estrato horizontal de polvo de hielo en el aire superior, y esta impactante supervivencia de piedra había proyectado su imagen a través de las montañas de acuerdo con las simples leyes de la reflexión. Por supuesto, el fantasma había sido retorcido y exagerado, y había contenido cosas que la fuente real no contenía; sin embargo, ahora, al ver esa fuente real, nos pareció aún más horrible y amenazante que su imagen distante.

Sólo la increíble e inhumana masividad de estas vastas torres y murallas de piedra había salvado a la espantosa cosa de la aniquilación total en los cientos de miles -quizás millones- de años que había permanecido allí en medio de las ráfagas de una sombría tierra alta. "Corona Mundi -Techo del Mundo-" Toda clase de frases fantásticas brotaron de nuestros labios mientras mirábamos vertiginosamente hacia abajo el increíble espectáculo. Volví a pensar en los mitos primigenios eldritch que tan persistentemente me habían perseguido desde mi primera visión de este mundo antártico muerto -de la demoníaca meseta de Leng, de los Mi-Go, o abominables Hombres de las Nieves del Himalaya, de los Manuscritos Pnakóticos con sus implicaciones prehumanas, del

culto a Cthulhu, del Necronomicón, y de las leyendas hiperbóreas de la sin forma Tsathoggua y de los engendros estelares, peor que sin forma, asociados a esa semi-entidad.

A lo largo de kilómetros ilimitados en todas las direcciones, la cosa se extendía con muy poco adelgazamiento; de hecho, mientras nuestros ojos la seguían a derecha e izquierda a lo largo de la base de las estribaciones bajas y graduales que la separaban del borde real de la montaña, decidimos que no podíamos ver ningún adelgazamiento en absoluto, salvo una interrupción a la izquierda del paso por el que habíamos llegado. Simplemente habíamos tocado, al azar, una parte limitada de algo de extensión incalculable. Las estribaciones estaban más escasamente salpicadas de grotescas estructuras de piedra, que unían la terrible ciudad con los ya conocidos cubos y murallas que evidentemente formaban sus puestos de avanzada en la montaña. Estos últimos, así como las extrañas bocas de las cuevas, eran tan abundantes en el interior como en el exterior de las montañas.

El laberinto de piedra sin nombre consistía, en su mayor parte, en paredes de diez a ciento cincuenta pies de altura transparente como el hielo, y de un grosor que variaba de cinco a diez pies. Estaba compuesto en su mayor parte por prodigiosos bloques de pizarra oscura primordial, esquisto y arenisca -bloques que en muchos casos alcanzaban los 4 × 6 × 8 pies-, aunque en varios lugares parecía estar tallado en un lecho rocoso sólido e irregular de pizarra precámbrica. Los edificios distaban mucho de tener el mismo tamaño, ya que había innumerables disposiciones en forma de panal de enorme extensión, así como estructuras separadas más pequeñas. La forma general de estas cosas tendía a ser cónica, piramidal o en terrazas; aunque había muchos cilindros perfectos, cubos perfectos, grupos de cubos y otras formas

rectangulares, y una peculiar salpicadura de edificios en ángulo cuya planta de cinco puntas sugería aproximadamente las fortificaciones modernas. Los constructores habían hecho un uso constante y experto del principio del arco, y las cúpulas probablemente habían existido en el apogeo de la ciudad.

Toda la maraña estaba monstruosamente erosionada, y la superficie glacial desde la que se proyectaban las torres estaba sembrada de bloques caídos y escombros inmemoriales. Allí donde la glaciación era transparente podíamos ver las partes inferiores de los gigantescos pilotes, y nos fijamos en los puentes de piedra conservados por el hielo que conectaban las diferentes torres a distintas distancias del suelo. En las paredes expuestas pudimos detectar los lugares marcados donde habían existido otros puentes más altos del mismo tipo. Una inspección más detenida reveló innumerables ventanas de gran tamaño, algunas de las cuales estaban cerradas con postigos de un material originalmente de madera petrificada, aunque la mayoría estaban abiertas de forma siniestra y amenazante. Muchas de las ruinas, por supuesto, carecían de tejado y presentaban bordes superiores desiguales aunque redondeados por el viento; mientras que otras, de modelo más marcadamente cónico o piramidal o bien protegidas por estructuras circundantes más altas, conservaban sus contornos intactos a pesar de los omnipresentes desmoronamientos y picaduras. Con el cristal de campo apenas podíamos distinguir lo que parecían ser decoraciones escultóricas en bandas horizontales, decoraciones que incluían esos curiosos grupos de puntos cuya presencia en las antiguas piedras de jabón adquiriría ahora un significado mucho mayor.

En muchos lugares, las construcciones estaban totalmente arruinadas y la capa de hielo profundamente desgarrada por

diversas causas geológicas. En otros lugares, la piedra se había desgastado hasta el nivel de la glaciación. Una amplia franja, que se extendía desde el interior de la meseta hasta una hendidura en las estribaciones, a una milla a la izquierda del paso que habíamos atravesado, estaba totalmente libre de edificios. Probablemente representaba, concluimos, el curso de algún gran río que en tiempos terciarios -millones de años atrás- había atravesado la ciudad y se había adentrado en algún prodigioso abismo subterráneo de la gran cordillera de la barrera. Ciertamente, ésta era sobre todo una región de cuevas, golfos y secretos subterráneos más allá de la penetración humana.

Recordando nuestras sensaciones y nuestro aturdimiento al contemplar esta monstruosa supervivencia de eones que creíamos prehumanos, sólo puedo maravillarme de que hayamos conservado la apariencia de equilibrio, como así fue. Por supuesto, sabíamos que algo -la cronología, la teoría científica o nuestra propia conciencia- estaba lamentablemente mal; sin embargo, mantuvimos el suficiente aplomo como para guiar el avión, observar muchas cosas con bastante detalle y tomar una cuidadosa serie de fotografías que aún pueden servirnos a nosotros y al mundo. En mi caso, el hábito científico arraigado puede haber ayudado; porque por encima de todo mi desconcierto y sensación de amenaza, ardía una curiosidad dominante por desentrañar más de este antiguo secreto, para saber qué clase de seres habían construido y vivido en este lugar incalculablemente gigantesco, y qué relación con el mundo general de su tiempo o de otros tiempos podría haber tenido una concentración de vida tan singular.

Porque este lugar no podía ser una ciudad ordinaria. Debía formar el núcleo primario y el centro de algún capítulo arcaico e increíble de la historia de la Tierra, cuyas ramificaciones externas,

recordadas sólo vagamente en los mitos más oscuros y distorsionados, se habían desvanecido por completo en medio del caos de las convulsiones terrestres mucho antes de que cualquier raza humana que conozcamos hubiera salido tambaleándose del apuro. Aquí se extendía una megalópolis paleogea comparada con la legendaria Atlántida y Lemuria, Commoriom y Uzuldaroum, y Olathoë en la tierra de Lomar, son cosas recientes de hoy, ni siquiera de ayer; una megalópolis que se equipara a blasfemias prehumanas susurradas como Valusia, R'lyeh, Ib en la tierra de Mnar, y la ciudad sin nombre de Arabia Deserta. Mientras volábamos por encima de esa maraña de torres de titanes, mi imaginación a veces escapaba de todos los límites y vagaba sin rumbo por reinos de asociaciones fantásticas, incluso tejiendo vínculos entre este mundo perdido y algunos de mis sueños más salvajes relacionados con el loco horror del campamento.

El depósito de combustible del avión, en aras de una mayor ligereza, se había llenado sólo parcialmente, por lo que ahora teníamos que actuar con precaución en nuestras exploraciones. No obstante, cubrimos una enorme extensión de terreno -o, más bien, de aire- después de descender en picado hasta un nivel en el que el viento era prácticamente insignificante. La cordillera parecía no tener límite, ni la longitud de la espantosa ciudad de piedra que bordeaba sus estribaciones interiores. Cincuenta millas de vuelo en cada dirección no mostraban ningún cambio importante en el laberinto de roca y mampostería que ascendía como un cadáver a través del hielo eterno. Había, sin embargo, algunas diversificaciones muy absorbentes; como las tallas en el cañón donde aquel ancho río había atravesado una vez las estribaciones y se acercaba a su lugar de hundimiento en la gran cordillera. Los cabeceros de la entrada del río habían sido audazmente tallados en forma de pilones ciclópeos; y algo en los diseños estriados y en forma de barril despertó en Danforth y en mí extraños recuerdos vagos, odiosos y confusos.

También nos encontramos con varios espacios abiertos en forma de estrella, evidentemente plazas públicas, y observamos varias ondulaciones en el terreno. Donde se elevaba una colina aguda, generalmente se ahuecaba en una especie de edificio de piedra de rampa; pero había al menos dos excepciones. De estas últimas, una estaba demasiado erosionada para revelar lo que había sido en la eminencia que sobresalía, mientras que la otra todavía tenía un fantástico monumento cónico tallado en la roca sólida y que se asemejaba a cosas como la conocida Tumba de la Serpiente en el antiguo valle de Petra.

Volando hacia el interior de las montañas, descubrimos que la ciudad no tenía una anchura infinita, aunque su longitud a lo largo de las estribaciones parecía interminable. Al cabo de unos cincuenta kilómetros, los grotescos edificios de piedra empezaron a reducirse, y en diez kilómetros más llegamos a un terreno ininterrumpido, prácticamente sin signos de artefacto sensible. El curso del río más allá de la ciudad parecía estar marcado por una línea ancha y deprimida, mientras que la tierra asumía un carácter algo más escarpado, pareciendo que se inclinaba ligeramente hacia arriba a medida que se alejaba en el oeste cubierto de niebla.

Hasta ahora no habíamos hecho ningún desembarco, pero abandonar la meseta sin intentar entrar en alguna de las monstruosas estructuras habría sido inconcebible. En consecuencia, decidimos encontrar un lugar suave en las estribaciones cerca de nuestro paso navegable, aterrizando allí el avión y preparándonos para hacer alguna exploración a pie. Aunque estas laderas graduales estaban parcialmente cubiertas por una

dispersión de ruinas, el vuelo bajo pronto reveló un amplio número de posibles lugares de aterrizaje. Seleccionando el más cercano al paso, ya que nuestro vuelo sería a través de la gran cordillera y de regreso al campamento, tuvimos éxito alrededor de las 12:30 P.M. en efectuar un aterrizaje en un campo de nieve liso y duro totalmente desprovisto de obstáculos y bien adaptado para un despegue rápido y favorable más tarde.

No parecía necesario proteger el avión con un banco de nieve durante un tiempo tan breve y en una ausencia tan cómoda de vientos fuertes a este nivel; por lo tanto, nos limitamos a ver que los esquís de aterrizaje estuvieran bien alojados, y que las partes vitales del mecanismo estuvieran protegidas contra el frío. Para nuestro viaje a pie desechamos las más pesadas de nuestras pieles de vuelo, y llevamos con nosotros un pequeño equipo que consistía en una brújula de bolsillo, una cámara de mano, provisiones ligeras, voluminosos cuadernos y papel, un martillo y un cincel de geólogo, bolsas de muestras, un rollo de cuerda para escalar, y potentes linternas eléctricas con baterías adicionales; este equipo lo llevábamos en el avión por la posibilidad de que pudiéramos efectuar un aterrizaje, tomar fotografías del terreno, hacer dibujos y bocetos topográficos, y obtener muestras de roca de alguna ladera desnuda, afloramiento o cueva de montaña. Afortunadamente, teníamos una provisión de papel extra para romper, colocar en una bolsa de muestras de repuesto y utilizar el antiguo principio de la liebre y el sabueso para marcar nuestro curso en cualquier laberinto interior que pudiéramos penetrar. Esto lo habíamos traído por si encontrábamos algún sistema de cuevas con aire lo suficientemente tranquilo como para permitir un método tan rápido y fácil en lugar del método habitual de romper rocas para seguir el rastro.

Caminando cautelosamente cuesta abajo sobre la nieve encostrada hacia el estupendo laberinto de piedra que se alzaba contra el oeste opalescente, tuvimos una sensación casi tan aguda de maravillas inminentes como la que habíamos sentido al acercarnos al insondable paso de montaña cuatro horas antes. Es cierto que nos habíamos familiarizado visualmente con el increíble secreto que ocultaban los picos de la barrera; sin embargo, la perspectiva de adentrarnos realmente en paredes primordiales levantadas por seres conscientes hace quizá millones de años -antes de que pudiera existir cualquier raza conocida de hombres- no era menos asombrosa y potencialmente terrible en sus implicaciones de anormalidad cósmica. Aunque la delgadez del aire a esta prodigiosa altitud hacía que el esfuerzo fuera algo más difícil de lo habitual, tanto Danforth como yo nos encontrábamos muy bien y nos sentíamos capaces de realizar casi cualquier tarea que nos correspondiera. Sólo se necesitaron unos pocos pasos para llegar a una ruina sin forma, desgastada a nivel de la nieve, mientras que diez o quince varas más allá había una enorme muralla sin techo, todavía completa en su gigantesca silueta de cinco puntas y que se elevaba a una altura irregular de diez u once pies. Nos dirigimos a esta última; y cuando por fin pudimos tocar sus erosionados bloques ciclópeos, sentimos que habíamos establecido un vínculo sin precedentes y casi blasfemo con eones olvidados normalmente cerrados a nuestra especie.

Esta muralla, con forma de estrella y quizás trescientos pies de punta a punta, estaba construida con bloques de arenisca del Jurásico de tamaño irregular, con una superficie media de 6 × 8 pies. Había una fila de troneras o ventanas arqueadas de unos cuatro pies de ancho y cinco de alto, espaciadas de forma bastante simétrica a lo largo de las puntas de la estrella y en sus ángulos interiores, y con los fondos a unos cuatro pies de la superficie glacial. Mirando a través de ellos, pudimos ver que la mampostería tenía un grosor de metro y medio, que no quedaban tabiques en su

interior y que había rastros de tallas en bandas o bajoalieves en las paredes interiores -hechos que habíamos adivinado antes, al sobrevolar a baja altura esta muralla y otras similares. Aunque originalmente debían existir partes más bajas, todos los rastros de tales cosas estaban ahora totalmente oscurecidos por la profunda capa de hielo y nieve en este punto.

Nos arrastramos a través de una de las ventanas y tratamos en vano de descifrar los diseños murales casi borrados, pero no intentamos perturbar el suelo glacial. Nuestros vuelos de orientación habían indicado que muchos edificios de la ciudad propiamente dicha estaban menos helados, y que tal vez podríamos encontrar interiores totalmente despejados que condujeran al verdadero nivel del suelo si entrábamos en aquellas estructuras todavía techadas en la parte superior. Antes de abandonar la muralla, la fotografiamos cuidadosamente y estudiamos su mampostería ciclópea sin argamasa con total desconcierto. Hubiéramos deseado que Pabodie estuviera presente, pues sus conocimientos de ingeniería podrían habernos ayudado a adivinar cómo se podían manipular esos titánicos bloques en aquella época increíblemente remota en la que se construyó la ciudad y sus alrededores.

La caminata de media milla cuesta abajo hasta la ciudad real, con el viento superior chillando vana y salvajemente a través de los picos del cielo en el fondo, fue algo de lo que los detalles más pequeños siempre permanecerán grabados en mi mente. Sólo en pesadillas fantásticas podría cualquier ser humano, salvo Danforth y yo, concebir tales efectos ópticos. Entre nosotros y los agitados vapores del oeste se extendía aquella monstruosa maraña de torres de piedra oscura, cuyas formas extravagantes e increíbles nos impresionaban de nuevo a cada nuevo ángulo de visión. Era un

espejismo en piedra maciza, y si no fuera por las fotografías, aún dudaría de que tal cosa pudiera ser. El tipo general de mampostería era idéntico al de la muralla que habíamos examinado, pero las extravagantes formas que adoptaba esta mampostería en sus manifestaciones urbanas eran indescriptibles.

Incluso las imágenes ilustran sólo una o dos fases de su interminable variedad, de su masividad sobrenatural y de su exotismo totalmente extraño. Había formas geométricas para las que un Euclides apenas encontraría un nombre: conos de todos los grados de irregularidad y truncamiento, terrazas de todo tipo de desproporción provocativa, fustes con extrañas ampliaciones bulbosas, columnas rotas en curiosos grupos y disposiciones de cinco puntas o cinco aristas de loca grotesquidad. A medida que nos acercábamos podíamos ver por debajo de ciertas partes transparentes de la capa de hielo, y detectar algunos de los puentes tubulares de piedra que conectaban las estructuras locamente salpicadas a varias alturas. No parecía haber calles ordenadas; la única franja abierta estaba a una milla a la izquierda, donde el antiguo río había fluido sin duda a través de la ciudad hacia las montañas.

Nuestras gafas de campo mostraban que las bandas horizontales externas de esculturas y grupos de puntos casi borrados eran muy frecuentes, y podíamos imaginar a medias el aspecto que debía tener la ciudad en otro tiempo, aunque la mayoría de los tejados y las cimas de las torres habían perecido necesariamente. En conjunto, había sido una compleja maraña de callejuelas y callejones retorcidos, todos ellos profundos cañones, y algunos poco mejores que túneles debido a la mampostería que sobresalía o a los puentes que sobresalían. Ahora, extendida por debajo de nosotros, se alzaba como una fantasía de ensueño contra una

niebla hacia el oeste a través de cuyo extremo norte el sol antártico, bajo y rojizo, de las primeras horas de la tarde se esforzaba por brillar; y cuando, por un momento, ese sol encontraba una obstrucción más densa y sumía la escena en una sombra temporal, el efecto era sutilmente amenazador de una manera que nunca podré describir. Incluso el tenue aullido y el silbido del viento no percibido en los grandes puertos de montaña detrás de nosotros adquirió una nota más salvaje de malignidad intencionada. La última etapa de nuestro descenso a la ciudad era inusualmente empinada y abrupta, y un afloramiento de rocas en el borde donde la pendiente cambiaba nos hizo pensar que una terraza artificial había existido allí. Creíamos que bajo la glaciación debía haber un tramo de escaleras o su equivalente.

Cuando por fin nos adentramos en la propia ciudad, trepando por la mampostería caída y encogiéndonos ante la opresiva cercanía y la altura empequeñecedora de los omnipresentes muros desmoronados y picados, nuestras sensaciones volvieron a ser tales que me maravilla el grado de autocontrol que conservamos. Danforth estaba francamente nervioso, y comenzó a hacer algunas especulaciones ofensivamente irrelevantes sobre el horror en el campamento, lo que me molestó aún más porque no podía evitar compartir ciertas conclusiones forzadas por muchas características de esta mórbida supervivencia de la antigüedad de pesadilla. Las especulaciones también trabajaban en su imaginación, pues en un lugar -donde un callejón iluminado por los escombros doblaba una esquina pronunciada- insistía en que veía débiles rastros de marcas en el suelo que no le gustaban; mientras que en otro lugar se detenía a escuchar un sonido sutil e imaginario procedente de algún punto indefinido -un gorjeo musical apagado, decía, no muy diferente al del viento en las cuevas de la montaña, pero de alguna manera inquietantemente diferente. El incesante carácter de cinco puntas de la arquitectura circundante y de los pocos arabescos murales distinguibles tenía una sugerencia tenuemente siniestra a la

que no podíamos escapar, y nos daba un toque de terrible certeza subconsciente respecto a las entidades primigenias que habían crecido y habitado en este lugar profano.

Sin embargo, nuestras almas científicas y aventureras no estaban del todo muertas, y llevamos a cabo mecánicamente nuestro programa de astillado de especímenes de todos los diferentes tipos de roca representados en la mampostería. Queríamos un conjunto bastante completo para poder sacar mejores conclusiones sobre la antigüedad del lugar. Nada en los grandes muros exteriores parecía datar de épocas posteriores al Jurásico y al Comanchiano, ni había ningún trozo de piedra en todo el lugar de una antigüedad superior a la del Plioceno. Con toda seguridad, estábamos vagando en medio de una muerte que había reinado al menos quinientos mil años, y con toda probabilidad incluso más.

A medida que avanzábamos por este laberinto de crepúsculos ensombrecidos por la piedra, nos deteníamos en todas las aberturas disponibles para estudiar los interiores e investigar las posibilidades de entrada. Algunas estaban fuera de nuestro alcance, mientras que otras sólo conducían a unas ruinas heladas tan desprovistas de techo y estériles como la muralla de la colina. Una de ellas, aunque espaciosa y atractiva, se abría a un abismo aparentemente sin fondo y sin medios visibles de descenso. De vez en cuando teníamos la oportunidad de estudiar la madera petrificada de un postigo superviviente, y nos impresionaba la fabulosa antigüedad implícita en el grano aún perceptible. Estas cosas procedían de gimnospermas y coníferas del Mesozoico - especialmente cícadas del Cretácico- y de palmeras de abanico y angiospermas tempranas de fecha claramente terciaria. No se pudo descubrir nada definitivamente posterior al Plioceno. En la colocación de estos postigos -cuyos bordes mostraban la

presencia de bisagras extrañas y desaparecidas hace tiempo- el uso parecía ser variado: algunos estaban en el lado exterior y otros en el interior de las profundas troneras. Parecían haberse encajado en su lugar, sobreviviendo así a la oxidación de sus antiguos y probablemente metálicos accesorios y cierres.

Al cabo de un rato nos encontramos con una hilera de ventanas -en las protuberancias de un colosal cono de cinco bordes de vértice intacto- que daban a una vasta y bien conservada sala con suelo de piedra; pero éstas estaban demasiado altas en la sala para permitir el descenso sin una cuerda. Teníamos una cuerda con nosotros, pero no queríamos molestarnos con esta caída de seis metros a menos que nos viéramos obligados a ello, especialmente en este aire de meseta tan delgado en el que se exigía mucho a la acción del corazón. Esta enorme sala era probablemente un vestíbulo o una explanada de algún tipo, y nuestras linternas eléctricas mostraban esculturas audaces, distintas y potencialmente sorprendentes, dispuestas alrededor de las paredes en bandas anchas y horizontales, separadas por franjas igualmente anchas de arabescos convencionales. Tomamos buena nota de este lugar, planeando entrar aquí a menos que se encontrara un interior de más fácil acceso.

Finalmente, sin embargo, encontramos exactamente la apertura que deseábamos: un arco de unos seis pies de ancho y diez de alto, que marcaba el antiguo final de un puente aéreo que había atravesado un callejón a unos cinco pies por encima del nivel actual de la glaciación. Estos arcos, por supuesto, estaban a ras de los pisos superiores, y en este caso uno de los pisos aún existía. El edificio al que se accedía de este modo era una serie de terrazas rectangulares a nuestra izquierda, orientadas hacia el oeste. El que estaba al otro lado del callejón, donde se abría el otro arco, era un

decrépito cilindro sin ventanas y con una curiosa protuberancia a unos tres metros por encima de la abertura. Estaba totalmente oscuro en su interior, y el arco parecía abrirse a un pozo de vacío ilimitable.

Los escombros amontonados facilitaban doblemente la entrada al vasto edificio de la izquierda, pero por un momento dudamos antes de aprovechar la ansiada oportunidad. Porque aunque habíamos penetrado en esta maraña de misterio arcaico, se requería una nueva resolución para llevarnos realmente al interior de un edificio completo y superviviente de un fabuloso mundo antiguo cuya naturaleza se nos hacía cada vez más horriblemente clara. Al final, sin embargo, dimos el paso y trepamos por encima de los escombros hasta el hueco. El suelo más allá era de grandes losas de pizarra, y parecía formar la salida de un largo y alto corredor con paredes esculpidas.

Al observar los numerosos arcos interiores que salían de él, y al darnos cuenta de la probable complejidad del nido de apartamentos que había en su interior, decidimos que debíamos comenzar nuestro sistema de búsqueda de pistas de liebre y de perro. Hasta entonces, nuestras brújulas, junto con las frecuentes visiones de la vasta cordillera entre las torres de nuestra retaguardia, habían sido suficientes para evitar que nos perdiéramos; pero a partir de ahora, sería necesario el sustituto artificial. En consecuencia, redujimos nuestro papel extra a jirones de tamaño adecuado, los colocamos en una bolsa que llevaría Danforth, y nos preparamos para utilizarlos de forma tan económica como la seguridad lo permitiera. Este método probablemente nos protegería de los extravíos, ya que no parecía haber fuertes corrientes de aire en el interior de la mampostería primordial. Si esto ocurriera, o si nuestro suministro de papel se agotara, por supuesto

podríamos recurrir al método más seguro, aunque más tedioso y retardado, de la extracción de rocas.

Era imposible adivinar cuán extenso era el territorio que habíamos abierto sin probarlo. La estrecha y frecuente conexión de los diferentes edificios hacía probable que pudiéramos cruzar de uno a otro por puentes bajo el hielo, excepto cuando lo impidieran los derrumbes locales y las grietas geológicas, ya que muy poca glaciación parecía haber entrado en las enormes construcciones. Casi todas las zonas de hielo transparente habían revelado las ventanas sumergidas como fuertemente cerradas, como si la ciudad hubiera quedado en ese estado uniforme hasta que la capa glaciaria llegara a cristalizar la parte inferior para todo el tiempo posterior. De hecho, uno tenía la curiosa impresión de que este lugar había sido deliberadamente cerrado y abandonado en alguna época oscura y pasada, en lugar de ser abrumado por alguna calamidad repentina o incluso por una decadencia gradual. ¿Se había previsto la llegada de los hielos y una población anónima había salido en masa en busca de una morada menos condenada? Las condiciones fisiográficas precisas de la formación de la capa de hielo en este punto tendrían que esperar a una solución posterior. No había sido, evidentemente, un impulso demoledor. Tal vez la presión de las nieves acumuladas había sido la responsable, y tal vez alguna inundación del río, o de la ruptura de alguna antigua presa glacial en la gran cordillera, había ayudado a crear el estado especial que ahora se observaba. La imaginación podía concebir casi cualquier cosa en relación con este lugar.

VI

Sería engorroso hacer un relato detallado y consecutivo de nuestras andanzas en el interior de ese panal cavernoso y eónicamente muerto de mampostería primigenia, esa monstruosa guarida de antiguos secretos que ahora resonaba por primera vez, después de incontables épocas, a la pisada de los pies humanos. Esto es especialmente cierto porque gran parte del horrible dramatismo y la revelación provenían del mero estudio de las omnipresentes tallas murales. Nuestras fotografías con linterna de esas tallas contribuirán en gran medida a demostrar la verdad de lo que estamos revelando ahora, y es lamentable que no tuviéramos un suministro de película más grande con nosotros. Así las cosas, hicimos burdos bocetos en un cuaderno de ciertas características destacadas después de que se agotaran nuestras películas.

El edificio en el que habíamos entrado era de gran tamaño y elaboración, y nos dio una idea impresionante de la arquitectura de ese pasado geológico sin nombre. Los tabiques interiores eran menos macizos que los exteriores, pero en los niveles inferiores estaban excelentemente conservados. La complejidad laberíntica, con diferencias curiosamente irregulares en los niveles del suelo, caracterizaba toda la disposición; y sin duda nos habríamos perdido desde el principio si no fuera por el rastro de papel rasgado que dejamos tras nosotros. Decidimos explorar primero las partes superiores más decrepitas, por lo que subimos por el laberinto una distancia de unos treinta metros, hasta que el nivel superior de las cámaras se abrió nevada y ruinosamente al cielo polar. El ascenso se efectuaba por las empinadas rampas de piedra con nervaduras transversales o planos inclinados que en todas partes servían en lugar de las escaleras. Las habitaciones que encontramos tenían

todas las formas y proporciones imaginables, desde estrellas de cinco puntas hasta triángulos y cubos perfectos. Podría decirse que su media general era de unos 30 × 30 pies de superficie y 20 pies de altura, aunque existían muchos apartamentos más grandes. Después de examinar minuciosamente las regiones superiores y el nivel glacial, descendimos, piso a piso, a la parte sumergida, donde efectivamente pronto vimos que estábamos en un laberinto continuo de cámaras y pasajes conectados que probablemente conducían a zonas ilimitadas fuera de este edificio en particular. La masividad ciclópea y el gigantismo de todo lo que nos rodeaba resultaban curiosamente opresivos; y había algo vaga pero profundamente inhumano en todos los contornos, dimensiones, proporciones, decoraciones y matices constructivos de la blasfemamente arcaica mampostería. Pronto nos dimos cuenta, por lo que revelaban las tallas, de que esta monstruosa ciudad tenía muchos millones de años.

Todavía no podemos explicar los principios de ingeniería utilizados en el anómalo equilibrio y ajuste de las vastas masas de roca, aunque es evidente que se confió mucho en la función del arco. Las habitaciones que visitamos estaban totalmente desprovistas de todo contenido portátil, una circunstancia que nos hizo creer en el abandono deliberado de la ciudad. La principal característica decorativa era el sistema casi universal de la escultura mural, que tendía a discurrir en bandas horizontales continuas de un metro de ancho y dispuestas desde el suelo hasta el techo en alternancia con bandas de igual anchura dedicadas a arabescos geométricos. Había excepciones a esta regla de disposición, pero su preponderancia era abrumadora. A menudo, sin embargo, a lo largo de una de las bandas de arabescos se hundía una serie de cartuchos lisos que contenían grupos de puntos con dibujos extraños.

Pronto vimos que la técnica era madura, consumada y estéticamente evolucionada hasta el más alto grado de maestría civilizada, aunque totalmente ajena en cada detalle a cualquier tradición artística conocida de la raza humana. En cuanto a la delicadeza de la ejecución, ninguna escultura que haya visto se le puede acercar. Los detalles más minúsculos de la elaborada vegetación o de la vida animal se representaban con asombrosa viveza a pesar de la audaz escala de las tallas, mientras que los diseños convencionales eran maravillas de hábil complejidad. Los arabescos mostraban un profundo uso de los principios matemáticos, y estaban formados por curvas y ángulos oscuramente simétricos basados en la cantidad de cinco. Las bandas pictóricas seguían una tradición muy formalizada, e implicaban un tratamiento peculiar de la perspectiva, pero tenían una fuerza artística que nos conmovía profundamente, a pesar del abismo de los vastos periodos geológicos. Su método de diseño se basaba en una singular yuxtaposición de la sección transversal con la silueta bidimensional, y encarnaba una psicología analítica más allá de la de cualquier raza conocida de la antigüedad. Es inútil tratar de comparar este arte con cualquiera representado en nuestros museos. Quienes vean nuestras fotografías encontrarán probablemente su análogo más cercano en ciertas concepciones grotescas de los futuristas más audaces.

La tracería arabesca consistía en su totalidad en líneas deprimidas, cuya profundidad en las paredes no desgastadas variaba de una a dos pulgadas. Cuando aparecían cartuchos con grupos de puntos - evidentemente como inscripciones en alguna lengua y alfabeto desconocidos y primordiales- la depresión de la superficie lisa era quizás de una pulgada y media, y la de los puntos quizás de media pulgada más. Las bandas pictóricas estaban en bajo relieve avellanado, su fondo estaba deprimido a unos cinco centímetros de la superficie original de la pared. En algunos ejemplares podían

detectarse marcas de una coloración anterior, aunque en su mayor parte los incontables eones habían desintegrado y desterrado cualquier pigmento que pudiera haberse aplicado. Cuanto más se estudiaba la maravillosa técnica, más se admiraban las cosas. Debajo de su estricta convencionalización uno podía captar la observación minuciosa y precisa y la habilidad gráfica de los artistas; y de hecho, las propias convenciones servían para simbolizar y acentuar la verdadera esencia o la diferenciación vital de cada objeto delineado. También sentimos que, además de estas excelencias reconocibles, había otras que acechaban más allá del alcance de nuestras percepciones. Ciertos toques, aquí y allá, daban vagos indicios de símbolos y estímulos latentes que otro fondo mental y emocional, y un equipo sensorial más completo o diferente, podrían haber hecho que tuvieran un significado profundo y conmovedor para nosotros.

El tema de las esculturas procedía obviamente de la vida de la época desaparecida de su creación, y contenía una gran proporción de historia evidente. Es esta anormal mentalidad histórica de la raza primitiva -una circunstancia fortuita que opera, por coincidencia, milagrosamente a nuestro favor- lo que hizo que las esculturas fueran tan asombrosamente informativas para nosotros, y lo que nos hizo colocar su fotografía y transcripción por encima de cualquier otra consideración. En algunas salas, la disposición dominante variaba por la presencia de mapas, cartas astronómicas y otros diseños científicos de escala ampliada, que corroboraban de forma ingenua y terrible lo que habíamos deducido de los frisos y dados pictóricos. Al insinuar lo que el conjunto revelaba, sólo puedo esperar que mi relato no despierte una curiosidad mayor que la sana cautela por parte de quienes me crean en absoluto. Sería trágico que alguno se sintiera atraído por ese reino de la muerte y el horror por la misma advertencia que pretende disuadirlo.

Interrumpiendo estos muros esculpidos había altas ventanas y enormes portales de tres metros; ambos conservaban de vez en cuando los tablones de madera petrificados -tallados y pulidos con esmero- de las actuales contraventanas y puertas. Todos los accesorios metálicos habían desaparecido hacía tiempo, pero algunas de las puertas seguían en su sitio y había que apartarlas a la fuerza a medida que avanzábamos de habitación en habitación. Los marcos de las ventanas con extraños cristales transparentes -la mayoría elípticos- sobrevivían aquí y allá, aunque en una cantidad no considerable. También había frecuentes nichos de gran magnitud, generalmente vacíos, pero que de vez en cuando contenían algún objeto extraño tallado en esteatita verde, que estaba roto o quizá se consideraba demasiado inferior para justificar su retirada. Otras aberturas estaban sin duda relacionadas con instalaciones mecánicas de antaño -calefacción, iluminación y similares-, de un tipo sugerido en muchas de las tallas. Los techos solían ser lisos, pero a veces tenían incrustaciones de esteatita verde u otras baldosas, la mayoría caídas ahora. Los suelos también estaban pavimentados con este tipo de baldosas, aunque predominaba la piedra lisa.

Como he dicho, faltaban todos los muebles y otros elementos móviles; pero las esculturas daban una idea clara de los extraños dispositivos que habían llenado en otro tiempo estas habitaciones, que parecían tumbas, y que hacían eco. Por encima de la capa glacial, los suelos estaban generalmente llenos de detritus, basura y escombros, pero más abajo esta condición disminuía. En algunas de las cámaras y pasillos inferiores había poco más que polvo arenoso o antiguas incrustaciones, mientras que algunas zonas tenían un extraño aire de inmaculabilidad recién barrida. Por supuesto, donde se habían producido grietas o derrumbes, los niveles inferiores estaban tan llenos de basura como los superiores. Un patio central -como en otras estructuras que habíamos visto

desde el aire- salvaba las regiones interiores de la oscuridad total, de modo que rara vez teníamos que utilizar nuestras linternas eléctricas en las salas superiores, excepto cuando estudiábamos detalles escultóricos. Sin embargo, por debajo de la capa de hielo, el crepúsculo se hizo más profundo, y en muchas partes del enmarañado nivel del suelo había una aproximación a la negrura absoluta.

Para formarse una idea siquiera rudimentaria de nuestros pensamientos y sentimientos mientras penetrábamos en este laberinto eónicamente silencioso de mampostería inhumana, hay que correlacionar un caos irremediabilmente desconcertante de estados de ánimo, recuerdos e impresiones fugitivas. La espantosa antigüedad y la letal desolación del lugar bastaban para abrumar a casi cualquier persona sensible, pero a estos elementos se sumaba el reciente horror inexplicable en el campo, y las revelaciones demasiado pronto efectuadas por las terribles esculturas murales que nos rodeaban. En el momento en que dimos con una sección perfecta de la escultura, en la que no podía existir ninguna ambigüedad de interpretación, sólo hizo falta un breve estudio para darnos a conocer la espantosa verdad, una verdad que sería ingenuo afirmar que Danforth y yo no habíamos sospechado antes de forma independiente, aunque nos habíamos abstenido cuidadosamente de insinuarla el uno al otro. Ahora ya no podía haber ninguna duda piadosa sobre la naturaleza de los seres que habían construido y habitado esta monstruosa ciudad muerta hace millones de años, cuando los antepasados del hombre eran primitivos mamíferos arcaicos, y los vastos dinosaurios vagaban por las estepas tropicales de Europa y Asia.

Anteriormente nos habíamos aferrado a una alternativa desesperada y habíamos insistido -cada uno para sí mismo- en que

la omnipresencia de los motivos de cinco puntas significaba sólo una exaltación cultural o religiosa del objeto natural arcaico que había encarnado tan patentemente la cualidad de las cinco puntas; como los motivos decorativos de la Creta minoica exaltaban al toro sagrado, los de Egipto al escarabeo, los de Roma al lobo y al águila, y los de varias tribus salvajes a algún animal tótem elegido. Pero este único refugio nos fue arrebatado, y nos vimos obligados a enfrentarnos definitivamente a la realización que sacude la razón y que el lector de estas páginas sin duda ha anticipado hace tiempo. Apenas puedo soportar escribirlo en blanco y negro incluso ahora, pero quizás no sea necesario.

Las cosas que una vez se criaron y habitaron en esta espantosa mampostería en la era de los dinosaurios no eran realmente dinosaurios, sino algo mucho peor. Los meros dinosaurios eran objetos nuevos y casi descerebrados, pero los constructores de la ciudad eran sabios y antiguos, y habían dejado ciertas huellas en las rocas, incluso entonces, depositadas hace casi mil millones de años; rocas depositadas antes de que la verdadera vida de la tierra hubiera avanzado más allá de los grupos plásticos de células; rocas depositadas antes de que la verdadera vida de la tierra hubiera existido en absoluto. Fueron los creadores y esclavizadores de esa vida, y por encima de toda duda, los originales de los diabólicos mitos de los ancianos que cosas como los Manuscritos Pnakóticos y el Necronomicón insinúan con temor. Eran los grandes "Antiguos" que se habían filtrado desde las estrellas cuando la Tierra era joven, los seres cuya sustancia había sido moldeada por una evolución alienígena, y cuyos poderes eran tales como los que este planeta nunca había criado. Y pensar que sólo el día anterior Danforth y yo habíamos visto fragmentos de su sustancia milenariamente fosilizada, y que el pobre Lake y su grupo habían visto sus contornos completos. . . .

Por supuesto, me resulta imposible relatar en el orden adecuado las etapas por las que recogimos lo que sabemos de ese monstruoso capítulo de la vida prehumana. Después de la primera conmoción de la cierta revelación, tuvimos que hacer una pausa para recuperarnos, y pasaron las tres de la tarde antes de que empezáramos nuestro recorrido real de investigación sistemática. Las esculturas del edificio en el que entramos eran de una fecha relativamente tardía -quizás dos millones de años-, según lo comprobado por los rasgos geológicos, biológicos y astronómicos, y encarnaban un arte que podría calificarse de decadente en comparación con el de los ejemplares que encontramos en edificios más antiguos tras cruzar los puentes bajo la capa glacial. Un edificio excavado en la roca sólida parecía remontarse a cuarenta o incluso cincuenta millones de años, hasta el Eoceno inferior o el Cretácico superior, y contenía bajorrelieves de un arte que superaba todo lo que habíamos encontrado, con una tremenda excepción. Esa fue, según hemos convenido desde entonces, la estructura doméstica más antigua que atravesamos.

Si no fuera por el apoyo de esas fotografías que pronto se harán públicas, me abstendría de contar lo que encontré y deduje, para no ser confinado como un loco. Por supuesto, las partes infinitamente tempranas del cuento de retazos -que representan la vida pre-terrestre de los seres con cabeza de estrella en otros planetas, en otras galaxias y en otros universos- pueden interpretarse fácilmente como la mitología fantástica de esos mismos seres; sin embargo, tales partes implicaban a veces diseños y diagramas tan misteriosamente cercanos a los últimos descubrimientos de las matemáticas y la astrofísica que apenas sé qué pensar. Que otros juzguen cuando vean las fotografías que publicaré.

Naturalmente, ningún conjunto de tallas que encontramos contaba más que una fracción de una historia conectada, ni siquiera empezamos a encontrar las diversas etapas de esa historia en su orden correcto. Algunas de las vastas salas eran unidades independientes en lo que respecta a sus diseños, mientras que en otros casos se llevaba a cabo una crónica continua a través de una serie de salas y pasillos. Los mejores mapas y diagramas se encontraban en las paredes de un espantoso abismo por debajo incluso del antiguo nivel del suelo, una caverna de quizá doscientos pies cuadrados y sesenta pies de altura, que casi sin duda había sido un centro educativo de algún tipo. Había muchas repeticiones provocadoras del mismo material en diferentes habitaciones y edificios, ya que ciertos capítulos de la experiencia, y ciertos resúmenes o fases de la historia racial, habían sido evidentemente los favoritos de diferentes decoradores o moradores. A veces, sin embargo, las versiones variadas de un mismo tema resultaban útiles para zanjar puntos discutibles y rellenar lagunas.

Todavía me sorprende que hayamos deducido tanto en el poco tiempo del que disponemos. Por supuesto, ahora sólo disponemos de un esbozo, y gran parte de él lo obtuvimos más tarde a partir del estudio de las fotografías y los bocetos que hicimos. Puede ser el efecto de este estudio posterior -los recuerdos revividos y las vagas impresiones que actúan en conjunción con su sensibilidad general y con esa supuesta visión final del horror cuya esencia no quiere revelar ni siquiera a mí- lo que ha sido la fuente inmediata de la actual crisis de Danforth. Pero tenía que ser así; porque no podíamos emitir nuestra advertencia inteligentemente sin la información más completa posible, y la emisión de esa advertencia es una necesidad primordial. Ciertas influencias persistentes en ese desconocido mundo antártico de tiempo desordenado y ley natural ajena hacen imperativo que se desaconseje una mayor exploración.

VII

La historia completa, hasta donde fue descifrada, aparecerá eventualmente en un boletín oficial de la Universidad de Miskatonic. Aquí sólo esbozaré los aspectos más destacados, de una manera inconexa e incoherente. Mito o no, las esculturas hablaban de la llegada de esas cosas con cabeza de estrella a la naciente y sin vida tierra desde el espacio cósmico -su llegada, y la de muchas otras entidades alienígenas como las que en ciertos momentos se embarcan en el pionerismo espacial. Parecían capaces de atravesar el éter interestelar con sus vastas alas membranosas, lo que confirmaba extrañamente un curioso folclore de las colinas que me había contado hace tiempo un colega anticuario. Habían vivido mucho bajo el mar, construyendo ciudades fantásticas y librando terribles batallas con adversarios sin nombre mediante intrincados dispositivos que empleaban principios de energía desconocidos. Evidentemente, sus conocimientos científicos y mecánicos superaban con creces los del hombre actual, aunque sólo hacían uso de sus formas más extendidas y elaboradas cuando se veían obligados a ello. Algunas de las esculturas sugerían que habían pasado por una etapa de vida mecanizada en otros planetas, pero que habían retrocedido al encontrar sus efectos emocionalmente insatisfactorios. La dureza preternatural de su organización y la simplicidad de sus necesidades naturales les hacían especialmente capaces de vivir en un plano elevado sin los frutos más especializados de la fabricación artificial, e incluso sin ropa, salvo para protegerse ocasionalmente de los elementos.

Fue bajo el mar, al principio para alimentarse y después para otros fines, donde crearon por primera vez la vida terrestre, utilizando las sustancias disponibles según métodos conocidos desde hace

tiempo. Los experimentos más elaborados llegaron tras la aniquilación de varios enemigos cósmicos. Habían hecho lo mismo en otros planetas, habiendo fabricado no sólo los alimentos necesarios, sino ciertas masas protoplásmicas multicelulares capaces de moldear sus tejidos en toda clase de órganos temporales bajo la influencia hipnótica y formar así esclavos ideales para realizar el pesado trabajo de la comunidad. Estas masas viscosas eran, sin duda, lo que Abdul Alhazred susurraba como los "Shoggoths" en su espantoso Necronomicón, aunque ni siquiera ese árabe loco había insinuado que existiera alguno en la tierra, salvo en los sueños de quienes habían masticado cierta hierba alcaloide. Cuando los Antiguos con cabeza de estrella de este planeta sintetizaron sus formas alimentarias simples y criaron una buena cantidad de Shoggoths, permitieron que otros grupos celulares se convirtieran en otras formas de vida animal y vegetal para diversos propósitos, extirpando a cualquiera cuya presencia resultara molesta.

Con la ayuda de los Shoggoths, cuyas expansiones podían levantar pesos prodigiosos, las pequeñas y bajas ciudades bajo el mar crecieron hasta convertirse en vastos e imponentes laberintos de piedra, no muy diferentes de los que posteriormente se levantaron en tierra. De hecho, los Antiguos, altamente adaptables, habían vivido mucho en tierra en otras partes del universo, y probablemente conservaron muchas tradiciones de construcción terrestre. Al estudiar la arquitectura de todas estas ciudades paleogeanas esculpidas, incluida aquella cuyos corredores muertos en el eón estábamos atravesando, nos impresionó una curiosa coincidencia que aún no hemos tratado de explicar, ni siquiera a nosotros mismos. Las cimas de los edificios, que en la ciudad real que nos rodeaba se habían convertido, por supuesto, en ruinas sin forma hace siglos, se mostraban claramente en los bajorrelieves, y mostraban vastos grupos de agujas, delicados remates en ciertos vértices de conos y pirámides, y hileras de finos discos horizontales

festoneados coronando fustes cilíndricos. Esto era exactamente lo que habíamos visto en aquel monstruoso y portentoso espejismo, arrojado por una ciudad muerta de la que tales rasgos del horizonte habían estado ausentes durante miles y decenas de miles de años, que se cernía sobre nuestros ignorantes ojos a través de las insondables montañas de la locura cuando nos acercamos por primera vez al malogrado campamento de Lake.

De la vida de los Antiguos, tanto bajo el mar como después de que una parte de ellos emigrara a tierra, podrían escribirse volúmenes. Los que se encontraban en aguas poco profundas habían seguido utilizando plenamente los ojos en los extremos de sus cinco tentáculos principales de la cabeza, y habían practicado las artes de la escultura y de la escritura de la forma habitual: la escritura realizada con un estilete sobre superficies de cera impermeables. Los que se encontraban más abajo, en las profundidades del océano, aunque utilizaban un curioso organismo fosforescente para proporcionarles luz, construían su visión con oscuros sentidos especiales que operaban a través de los cilios prismáticos de sus cabezas, sentidos que hacían que todos los Antiguos fueran parcialmente independientes de la luz en situaciones de emergencia. Sus formas de escultura y escritura habían cambiado curiosamente durante el descenso, incorporando ciertos procesos de recubrimiento aparentemente químicos -probablemente para asegurar la fosforescencia- que los bajorrelieves no podían aclararnos. Los seres se movían en el mar en parte nadando - utilizando los brazos laterales de los crinoideos- y en parte retorciéndose con el nivel inferior de tentáculos que contienen los pseudopies. Ocasionalmente realizaban largos saltos con el uso auxiliar de dos o más juegos de sus alas plegables en forma de abanico. En tierra firme, utilizan los pseudopies, pero de vez en cuando vuelan a grandes alturas o sobre largas distancias con sus alas. Los numerosos y delgados tentáculos en los que se ramificaban los brazos de los crinoideos eran infinitamente

delicados, flexibles, fuertes y precisos en la coordinación músculo-nerviosa, lo que garantizaba la máxima habilidad y destreza en todas las operaciones artísticas y manuales.

La dureza de las cosas era casi increíble. Incluso la terrible presión de los fondos marinos más profundos parecía impotente para dañarlos. Muy pocos parecían morir si no era con violencia, y sus lugares de enterramiento eran muy limitados. El hecho de que cubrieran a sus muertos inhumados verticalmente con túmulos con inscripciones de cinco puntas nos hizo pensar a Danforth y a mí que era necesario hacer una nueva pausa y recuperación después de que las esculturas lo revelaran. Los seres se multiplicaban por medio de esporas -como las pteridofitas vegetales, tal y como Lake había sospechado- pero, debido a su prodigiosa dureza y longevidad, y a la consiguiente falta de necesidades de reemplazo, no fomentaban el desarrollo a gran escala de nuevos protalos, excepto cuando tenían nuevas regiones que colonizar. Los jóvenes maduraban rápidamente y recibían una educación evidentemente superior a cualquier estándar que podamos imaginar. La vida intelectual y estética predominante estaba muy evolucionada, y produjo un conjunto de costumbres e instituciones tenazmente duraderas que describiré con más detalle en mi próxima monografía. Éstas variaban ligeramente según la residencia en el mar o en la tierra, pero tenían los mismos fundamentos y elementos esenciales.

Aunque eran capaces, al igual que los vegetales, de nutrirse de sustancias inorgánicas, preferían ampliamente los alimentos orgánicos y especialmente los animales. Comían vida marina sin cocinar bajo el mar, pero cocinaban sus viandas en tierra. Cazaban y criaban rebaños de carne, masacrando con armas afiladas cuyas extrañas marcas en ciertos huesos fósiles había observado nuestra

expedición. Resistían maravillosamente todas las temperaturas ordinarias y, en su estado natural, podían vivir en el agua hasta la congelación. Sin embargo, cuando llegó el gran frío del Pleistoceno -hace casi un millón de años-, los habitantes de la tierra tuvieron que recurrir a medidas especiales, incluida la calefacción artificial, hasta que finalmente el frío mortal parece haberlos hecho retroceder al mar. Para sus vuelos prehistóricos por el espacio cósmico, según la leyenda, absorbieron ciertas sustancias químicas y se volvieron casi independientes de las condiciones de alimentación, respiración o calor, pero en la época del gran frío habían perdido la pista del método. En cualquier caso, no podrían haber prolongado el estado artificial indefinidamente sin sufrir daños.

Al no ser emparejados y tener una estructura semivegetal, los Antiguos no tenían una base biológica para la fase familiar de la vida de los mamíferos, sino que parecían organizar grandes hogares según los principios de espacio-utilidad confortable y -como deducimos de las ocupaciones y diversiones ilustradas de los cohabitantes- de asociación mental confortable. Al amueblar sus casas mantenían todo en el centro de las enormes habitaciones, dejando todos los espacios de las paredes libres para el tratamiento decorativo. La iluminación, en el caso de los habitantes de la tierra, se realizaba mediante un dispositivo probablemente de naturaleza electroquímica. Tanto en tierra como bajo el agua utilizaban curiosas mesas, sillas y sofás a modo de armazones cilíndricos - pues descansaban y dormían erguidos con tentáculos plegados- y estanterías para conjuntos de superficies punteadas con bisagras que formaban sus libros.

El gobierno era evidentemente complejo y probablemente socialista, aunque de las esculturas que vimos no se pudo deducir

ninguna certeza al respecto. Existía un amplio comercio, tanto local como entre las distintas ciudades; algunos contadores pequeños y planos, con cinco puntas e inscripciones, servían de moneda. Probablemente, las más pequeñas de las diversas piedras de jabón verdosas encontradas por nuestra expedición eran piezas de este tipo de moneda. Aunque la cultura era principalmente urbana, había algo de agricultura y mucha ganadería. También se practicaba la minería y una cantidad limitada de manufacturas. Los viajes eran muy frecuentes, pero las migraciones permanentes parecían relativamente raras, salvo los vastos movimientos colonizadores por los que se expandía la raza. Para la locomoción personal no se utilizaba ninguna ayuda externa, ya que en los desplazamientos por tierra, aire y agua los Antiguos parecían poseer una capacidad de velocidad excesivamente grande. Sin embargo, las cargas eran arrastradas por bestias de carga: los shoggoths bajo el mar y una curiosa variedad de vertebrados primitivos en los últimos años de la existencia terrestre.

Estos vertebrados, así como una infinidad de otras formas de vida - animal y vegetal, marina, terrestre y aérea- eran el producto de una evolución no guiada que actuaba sobre células de vida creadas por los Antiguos, pero que escapaban a su radio de atención. Se les había permitido desarrollarse sin control porque no habían entrado en conflicto con los seres dominantes. Las formas molestas, por supuesto, fueron mecánicamente exterminadas. Nos interesó ver en algunas de las últimas y más decadentes esculturas un mamífero primitivo y vacilante, utilizado a veces como alimento y a veces como bufón divertido por los habitantes de la tierra, cuyas prefiguraciones vagamente simiescas y humanas eran inconfundibles. En la construcción de las ciudades terrestres, los enormes bloques de piedra de las altas torres eran generalmente levantados por pterodáctilos de vastas alas de una especie hasta ahora desconocida para la paleontología.

La persistencia con la que los Antiguos sobrevivieron a diversos cambios geológicos y convulsiones de la corteza terrestre fue poco menos que milagrosa. Aunque pocas o ninguna de sus primeras ciudades parecen haber permanecido más allá de la Era Arcaica, no hubo interrupción en su civilización ni en la transmisión de sus registros. Su lugar original de llegada al planeta fue el Océano Antártico, y es probable que llegaran poco después de que la materia que formaba la luna fuera arrancada del vecino Pacífico Sur. Según uno de los mapas esculpidos, todo el globo estaba entonces bajo el agua, con ciudades de piedra dispersas cada vez más lejos de la Antártida a medida que pasaban los eones. Otro mapa muestra una vasta masa de tierra firme alrededor del polo sur, donde es evidente que algunos de los seres hicieron asentamientos experimentales, aunque sus centros principales se trasladaron al fondo marino más cercano. Los mapas posteriores, que muestran la masa de tierra como agrietada y a la deriva, y enviando ciertas partes desprendidas hacia el norte, confirman de manera sorprendente las teorías de la deriva continental recientemente avanzadas por Taylor, Wegener y Joly.

Con el levantamiento de la nueva tierra en el Pacífico Sur se iniciaron tremendos acontecimientos. Algunas de las ciudades marinas quedaron destrozadas sin remedio, pero no fue esa la peor desgracia. Otra raza -una raza terrestre de seres con forma de pulpo y que probablemente correspondía a fabulosos engendros prehumanos de Cthulhu- pronto comenzó a filtrarse desde el infinito cósmico y precipitó una guerra monstruosa que durante un tiempo hizo que los Antiguos volvieran totalmente al mar, un golpe colosal en vista de los crecientes asentamientos terrestres. Más tarde se hizo la paz, y las nuevas tierras se entregaron al engendro de Cthulhu, mientras que los Antiguos mantuvieron el mar y las tierras más antiguas. Se fundaron nuevas ciudades terrestres, la mayor de

ellas en la Antártida, ya que esta región de primera llegada era sagrada. Desde entonces, como antes, la Antártida siguió siendo el centro de la civilización de los Antiguos, y todas las ciudades construidas allí por los engendros de Cthulhu fueron borradas. Luego, repentinamente, las tierras del Pacífico volvieron a hundirse, llevándose consigo la espantosa ciudad de piedra de R'lyeh y todos los pulpos cósmicos, de modo que los Antiguos volvieron a ser supremos en el planeta, salvo por un sombrío temor del que no les gustaba hablar. En una época bastante posterior, sus ciudades salpicaron todas las zonas terrestres y acuáticas del globo -de ahí la recomendación en mi próxima monografía de que algún arqueólogo realice sondeos sistemáticos con el tipo de aparato de Pabodie en ciertas regiones muy separadas.

La tendencia constante a lo largo de los tiempos fue del agua a la tierra, un movimiento fomentado por el surgimiento de nuevas masas de tierra, aunque el océano nunca estuvo totalmente abandonado. Otra causa del movimiento hacia la tierra fue la nueva dificultad para criar y manejar los Shoggoths de los que dependía el éxito de la vida marina. Con la marcha del tiempo, como confesaban tristemente las esculturas, se había perdido el arte de crear nueva vida a partir de la materia inorgánica, de modo que los Antiguos tenían que depender del moldeado de formas ya existentes. En tierra, los grandes reptiles resultaron muy manejables; pero los Shoggoths del mar, que se reproducían por fisión y adquirían un peligroso grado de inteligencia accidental, presentaron durante un tiempo un problema formidable.

Siempre habían sido controlados a través de las sugerencias hipnóticas de los Antiguos, y habían modelado su dura plasticidad en varios miembros y órganos temporales útiles; pero ahora sus poderes de automodelación se ejercían a veces de forma

independiente, y en varias formas imitativas implantadas por sugestión pasada. Al parecer, habían desarrollado un cerebro semiestable cuya volición independiente y ocasionalmente obstinada se hacía eco de la voluntad de los Antiguos sin obedecerla siempre. Las imágenes esculpidas de estos Shoggoths nos llenaban a Danforth y a mí de horror y aversión. Normalmente eran entidades sin forma, compuestas de una gelatina viscosa que parecía una aglutinación de burbujas, y cada una medía unos quince pies de diámetro cuando era una esfera. Sin embargo, tenían una forma y un volumen que cambiaban constantemente, lanzando desarrollos temporales o formando aparentes órganos de la vista, el oído y el habla a imitación de sus amos, ya sea espontáneamente o según la sugestión.

Parece que se volvieron particularmente intratables hacia la mitad de la Era Pérmica, hace quizás ciento cincuenta millones de años, cuando una verdadera guerra de re-subordinación fue librada contra ellos por los Antiguos marinos. Las imágenes de esta guerra, y de la forma descabezada y recubierta de limo en la que los Shoggoths solían dejar a sus víctimas muertas, mantenían una cualidad maravillosamente temible a pesar del abismo intermedio de edades incalculables. Los Antiguos habían utilizado curiosas armas de perturbaciones moleculares y atómicas contra las entidades rebeldes, y al final habían logrado una victoria completa. A partir de entonces, las esculturas mostraban un periodo en el que los Shoggoths eran domesticados y domados por los Antiguos armados como los caballos salvajes del oeste americano eran domados por los vaqueros. Aunque durante la rebelión los Shoggoths habían demostrado su capacidad para vivir fuera del agua, no se fomentó esta transición, ya que su utilidad en tierra firme difícilmente habría estado a la altura de los problemas de su manejo.

Durante la Era Jurásica, los Antiguos se encontraron con una nueva adversidad en forma de una nueva invasión del espacio exterior, esta vez de criaturas medio fúngicas, medio crustáceas, sin duda las mismas que figuran en ciertas leyendas susurradas de las colinas del norte, y que se recuerdan en el Himalaya como los Mi-Go, o los abominables Hombres de las Nieves. Para luchar contra estos seres, los Antiguos intentaron, por primera vez desde su llegada terrestre, adentrarse de nuevo en el éter planetario; pero, a pesar de todos los preparativos tradicionales, no pudieron salir de la atmósfera terrestre. Cualquiera que fuera el antiguo secreto de los viajes interestelares, ahora estaba definitivamente perdido para la raza. Al final, los Mi-Go expulsaron a los Antiguos de todas las tierras del norte, aunque fueron impotentes para perturbar las del mar. Poco a poco comenzó la lenta retirada de la raza anciana a su hábitat antártico original.

Era curioso observar en las batallas ilustradas que tanto los engendros de Cthulhu como los Mi-Go parecen haber estado compuestos de una materia más ampliamente diferente de la que conocemos que la sustancia de los Antiguos. Eran capaces de sufrir transformaciones y reintegraciones imposibles para sus adversarios, y por lo tanto parecen haber venido originalmente de golfos aún más remotos del espacio cósmico. Los Antiguos, si no fuera por su dureza anormal y sus peculiares propiedades vitales, eran estrictamente materiales, y debían tener su origen absoluto dentro del continuo espacio-tiempo conocido, mientras que las primeras fuentes de los otros seres sólo pueden adivinarse con la respiración contenida. Todo esto, por supuesto, suponiendo que los vínculos no terrestres y las anomalías atribuidas a los enemigos invasores no sean pura mitología. Es posible que los Antiguos hayan inventado un marco cósmico para explicar sus ocasionales derrotas, ya que el interés histórico y el orgullo constituían obviamente su principal elemento psicológico. Es significativo que

sus anales no mencionen a muchas razas de seres avanzados y potentes cuyas poderosas culturas y elevadas ciudades figuran persistentemente en ciertas leyendas oscuras.

El estado cambiante del mundo a través de largas edades geológicas aparecía con sorprendente viveza en muchos de los mapas y escenas esculpidas. En algunos casos, la ciencia existente tendrá que ser revisada, mientras que en otros casos sus audaces deducciones se confirman magníficamente. Como he dicho, la hipótesis de Taylor, Wegener y Joly de que todos los continentes son fragmentos de una masa terrestre antártica original que se resquebrajó por la fuerza centrífuga y se separó sobre una superficie inferior técnicamente viscosa -una hipótesis sugerida por cosas como los contornos complementarios de África y Sudamérica, y la forma en que las grandes cadenas montañosas se enrollan y empujan hacia arriba- recibe un apoyo sorprendente de esta extraña fuente.

Los mapas que muestran el mundo del Carbonífero de hace cien millones de años o más, mostraban importantes grietas y abismos destinados a separar más tarde a África de los reinos antaño continuos de Europa (entonces la Valusia de la leyenda primitiva), Asia, las Américas y el continente antártico. Otras cartas -y la más importante, una relacionada con la fundación hace cincuenta millones de años de la vasta ciudad muerta que nos rodea- mostraban todos los continentes actuales bien diferenciados. Y en el último espécimen descubrible -que data quizás de la era del Plioceno- el mundo aproximado de hoy aparecía con bastante claridad a pesar de la unión de Alaska con Siberia, de América del Norte con Europa a través de Groenlandia, y de América del Sur con el continente antártico a través de la Tierra de Graham. En el mapa del Carbonífero, todo el globo -el fondo oceánico y la masa

terrestre desgarrada por igual- era símbolo de las vastas ciudades de piedra de los Antiguos, pero en las cartas posteriores la recesión gradual hacia la Antártida se hizo muy evidente. El último ejemplar del Plioceno no mostraba ciudades terrestres, excepto en el continente antártico y en la punta de Sudamérica, ni ciudades oceánicas al norte del paralelo 50 de latitud sur. El conocimiento y el interés por el mundo septentrional, salvo el estudio de las líneas costeras realizado probablemente durante los largos vuelos de exploración con esas alas membranosas en forma de abanico, había disminuido evidentemente a cero entre los Antiguos.

La destrucción de las ciudades por el levantamiento de las montañas, el desgarramiento centrífugo de los continentes, las convulsiones sísmicas de la tierra o del fondo del mar, y otras causas naturales, era un asunto de registro común; y era curioso observar cómo se hacían cada vez menos reemplazos a medida que pasaban los años. La vasta megalópolis muerta que se extendía a nuestro alrededor parecía ser el último centro general de la raza, construido a principios de la Era Cretácea después de que un titánico choque de tierras hubiera borrado un predecesor aún más grande no muy lejano. Al parecer, esta región general era el lugar más sagrado de todos, donde supuestamente se habían asentado los primeros Antiguos en un primitivo fondo marino. En la nueva ciudad -muchos de cuyos rasgos pudimos reconocer en las esculturas, pero que se extendía a lo largo de cien millas de la cordillera en cada dirección, más allá de los límites más lejanos de nuestro estudio aéreo-, se decía que se conservaban ciertas piedras sagradas que formaban parte de la primera ciudad del fondo del mar, y que salieron a la luz después de largas épocas en el curso del desmoronamiento general de los estratos.

VIII

Naturalmente, Danforth y yo estudiamos con especial interés y con un peculiar sentido de temor personal todo lo relativo al distrito inmediato en el que nos encontrábamos. De este material local había, naturalmente, una gran abundancia; y en el enmarañado nivel del suelo de la ciudad tuvimos la suerte de encontrar una casa de fecha muy tardía cuyas paredes, aunque algo dañadas por una grieta vecina, contenían esculturas de mano de obra decadente que llevaban la historia de la región mucho más allá del período del mapa del Plioceno, de donde obtuvimos nuestra última visión general del mundo prehumano. Este fue el último lugar que examinamos en detalle, ya que lo que encontramos allí nos dio un nuevo objetivo inmediato.

Ciertamente, nos encontrábamos en uno de los rincones más extraños, raros y terribles de todo el globo terráqueo. De todas las tierras existentes, era infinitamente la más antigua. Creció en nosotros la convicción de que esta horrenda tierra alta debía ser, en efecto, la legendaria meseta de pesadilla de Leng, de la que incluso el loco autor del Necronomicón se resistía a hablar. La gran cadena montañosa era tremendamente larga: comenzaba como una cordillera baja en Luitpold Land, en la costa oriental del mar de Weddell, y prácticamente cruzaba todo el continente. Esa parte realmente alta se extendía en un poderoso arco desde aproximadamente los 82° de latitud, 60° de longitud E. hasta los 70° de latitud, 115° de longitud E., con su lado cóncavo hacia nuestro campamento y su extremo hacia el mar en la región de esa larga costa bloqueada por el hielo cuyas colinas fueron vislumbradas por Wilkes y Mawson en el círculo antártico.

Sin embargo, exageraciones aún más monstruosas de la naturaleza parecían inquietantemente cercanas. He dicho que estos picos son más altos que el Himalaya, pero las esculturas me prohíben decir que son los más altos de la tierra. Ese sombrío honor está sin duda reservado a algo que la mitad de las esculturas dudaron en registrar, mientras que otras se acercaron con evidente repugnancia y temor. Parece que había una parte de la antigua tierra -la primera que se levantó de las aguas después de que la tierra se desprendiera de la luna y los Antiguos se filtraran, desde las estrellas- que había llegado a ser rechazada como vagamente e innominadamente maligna. Las ciudades construidas allí se habían derrumbado antes de tiempo y se habían encontrado repentinamente desiertas. Luego, cuando el primer gran temblor de tierra había convulsionado la región en la Era Comanchiana, una espantosa línea de picos se había disparado repentinamente en medio del más espantoso estruendo y caos, y la tierra había recibido sus más altas y terribles montañas.

Si la escala de las esculturas era correcta, estas cosas aborrecibles debían tener mucho más de cuarenta mil pies de altura, radicalmente más altas que incluso las impactantes montañas de la locura que habíamos cruzado. Se extendían, al parecer, desde unos 77° de latitud, 70° de longitud este, hasta 70° de latitud, 100° de longitud este, a menos de trescientas millas de distancia de la ciudad muerta, de modo que habríamos divisado sus temidas cumbres en la tenue distancia occidental si no fuera por aquella vaga y opalescente neblina. Su extremo norte debe ser igualmente visible desde la larga línea de costa del círculo antártico en la Tierra de la Reina María.

Algunos de los Antiguos, en los días decadentes, habían hecho extrañas oraciones a esas montañas, pero ninguno se acercó a ellas ni se atrevió a adivinar lo que había más allá. Ningún ojo humano las había visto nunca, y mientras estudiaba las emociones que transmitían las tallas, rezaba para que nadie pudiera hacerlo nunca. Hay colinas protectoras a lo largo de la costa más allá de ellas -las Tierras de la Reina María y del Káiser Guillermo- y agradezco al cielo que nadie haya sido capaz de aterrizar y escalar esas colinas. Ya no soy tan escéptico sobre los viejos cuentos y temores como solía serlo, y ahora no me río de la idea del escultor prehumano de que los relámpagos se detenían significativamente de vez en cuando en cada una de las melancólicas crestas, y de que un inexplicable resplandor brillaba desde uno de esos terribles pináculos durante toda la larga noche polar. Es posible que haya un significado muy real y muy monstruoso en los viejos susurros pnakóticos sobre Kadath en los Baldíos Fríos.

Pero el terreno cercano no era menos extraño, aunque sí menos maldito. Poco después de la fundación de la ciudad, la gran cordillera se convirtió en la sede de los principales templos, y muchas tallas mostraban qué torres grotescas y fantásticas habían perforado el cielo donde ahora sólo vemos los cubos y murallas curiosamente aferrados. En el transcurso de las épocas habían aparecido las cuevas, que se convirtieron en complementos de los templos. Con el avance de épocas aún más tardías, todas las vetas calcáreas de la región fueron ahuecadas por las aguas subterráneas, de modo que las montañas, las estribaciones y las llanuras situadas debajo de ellas eran una verdadera red de cavernas y galerías conectadas. Muchas esculturas gráficas hablaban de las exploraciones en las profundidades del subsuelo y del descubrimiento final del mar estigio sin sol que acechaba en las entrañas de la tierra.

Este vasto golfo nocturno había sido desgastado, sin duda, por el gran río que bajaba de las montañas sin nombre y horribles del oeste, y que antes había girado en la base de la cordillera de los Antiguos y fluía junto a esa cadena hacia el océano Índico, entre las tierras de Budd y Totten, en la línea de costa de Wilkes. Poco a poco había ido carcomiendo la base de la colina de piedra caliza en su giro, hasta que al final sus corrientes socavadoras alcanzaron las cavernas de las aguas subterráneas y se unieron a ellas para cavar un abismo más profundo. Finalmente, toda su masa se vació en las colinas huecas y dejó seco el antiguo lecho hacia el océano. Gran parte de la ciudad posterior, tal como la encontramos ahora, se había construido sobre ese antiguo lecho. Los Antiguos, comprendiendo lo que había sucedido, y ejerciendo su siempre agudo sentido artístico, habían esculpido en pilones adornados aquellas cabeceras de las colinas donde la gran corriente comenzaba su descenso hacia la oscuridad eterna.

Este río, cruzado antaño por decenas de nobles puentes de piedra, era claramente aquel cuyo extinto curso habíamos visto en nuestro reconocimiento aéreo. Su posición en las diferentes esculturas de la ciudad nos ayudó a orientarnos en la escena tal y como había sido en las diferentes etapas de la historia milenaria y eónica de la región, de modo que pudimos trazar un mapa apresurado pero cuidadoso de las características más destacadas -cuadras, edificios importantes y similares- para guiarnos en futuras exploraciones. Pronto pudimos reconstruir imaginariamente todo el estupendo conjunto tal y como era hace un millón o diez millones o cincuenta millones de años, ya que las esculturas nos decían exactamente cómo habían sido los edificios y las montañas y las plazas y los suburbios y el entorno del paisaje y la exuberante vegetación terciaria. Debía de tener una belleza maravillosa y mística, y al pensar en ella, casi olvidé la húmeda sensación de opresión siniestra con la que la edad inhumana de la ciudad y su

masividad y la muerte y la lejanía y el crepúsculo glacial habían ahogado y agobiado mi espíritu. Sin embargo, según ciertas tallas, los propios habitantes de la ciudad habían conocido el terror opresivo, ya que había un tipo de escena sombría y recurrente en la que se mostraba a los Antiguos retrocediendo temerosos ante algún objeto -que nunca se permitía que apareciera en el diseño- que se encontraba en el gran río y que se indicaba que había sido arrastrado a través de los ondulantes bosques de cícadas cubiertos de vid desde aquellas horribles montañas del oeste.

Sólo en la única casa de construcción tardía con tallas decadentes obtuvimos algún presagio de la calamidad final que condujo a la deserción de la ciudad. No cabe duda de que debió de haber muchas esculturas de la misma edad en otros lugares, incluso teniendo en cuenta las energías y las aspiraciones debilitadas de un periodo estresante e incierto; de hecho, poco después nos llegaron pruebas muy seguras de la existencia de otras. Pero éste fue el primer y único conjunto que encontramos directamente. Teníamos la intención de buscar más adelante; pero, como he dicho, las condiciones inmediatas dictaban otro objetivo presente. Sin embargo, habría habido un límite, ya que después de que toda esperanza de una larga ocupación futura del lugar había perecido entre los Antiguos, no podía sino haber habido un cese completo de la decoración mural. El golpe definitivo, por supuesto, fue la llegada del gran frío que una vez mantuvo esclavizada a la mayor parte de la tierra, y que nunca se ha alejado de los polos malogrados -el gran frío que, en el otro extremo del mundo, puso fin a las legendarias tierras de Lomar e Hiperbórea.

Cuándo comenzó esta tendencia en la Antártida, sería difícil decirlo en términos de años exactos. Hoy en día fijamos el inicio de los períodos glaciares generales a una distancia de unos quinientos mil

años del presente, pero en los polos el terrible azote debió comenzar mucho antes. Todas las estimaciones cuantitativas son en parte conjeturas, pero es bastante probable que las esculturas decadentes se hicieran hace bastante menos de un millón de años, y que la deserción real de la ciudad se completara mucho antes de la apertura convencional del Pleistoceno -hace quinientos mil años-, calculada en términos de toda la superficie terrestre.

En las esculturas decadentes había signos de una vegetación más fina en todas partes, y de una vida campestre disminuida por parte de los Antiguos. Se mostraban aparatos de calefacción en las casas, y se representaba a los viajeros de invierno envueltos en telas protectoras. Luego vimos una serie de cartuchos -la disposición de bandas continuas se interrumpe con frecuencia en estas tallas tardías- que representaban una migración en constante aumento hacia los refugios más cercanos de mayor calor -algunos huyendo a ciudades bajo el mar en la costa lejana, y otros descendiendo a través de redes de cavernas de piedra caliza en las colinas huecas hasta el vecino abismo negro de aguas subterráneas.

Al final parece que fue el abismo vecino el que recibió la mayor colonización. Esto se debió en parte, sin duda, al carácter tradicionalmente sagrado de esta región especial, pero puede haber sido determinado de manera más concluyente por las oportunidades que dio para continuar el uso de los grandes templos en las montañas alveoladas, y para conservar la vasta ciudad terrestre como lugar de residencia de verano y base de comunicación con varias minas. La unión de las antiguas y las nuevas moradas se hizo más efectiva por medio de varias graduaciones y mejoras a lo largo de las rutas de conexión, incluyendo el cincelado de numerosos túneles directos desde la

antigua metrópoli hasta el negro abismo -túneles que apuntan hacia abajo y cuyas bocas dibujamos cuidadosamente, según nuestras más meditadas estimaciones, en el mapa guía que estábamos compilando. Era obvio que al menos dos de estos túneles se encontraban a una distancia razonable de exploración de donde nos encontrábamos; ambos estaban en el borde montañoso de la ciudad, uno a menos de un cuarto de milla hacia el antiguo curso del río, y el otro quizás al doble de esa distancia en la dirección opuesta.

El abismo, al parecer, tenía orillas de tierra firme en algunos lugares, pero los Antiguos construyeron su nueva ciudad bajo el agua, sin duda por su mayor seguridad de calor uniforme. La profundidad del mar oculto parece haber sido muy grande, de modo que el calor interno de la tierra podía asegurar su habitabilidad durante un período indefinido. Los seres parecen haberse adaptado sin problemas a la residencia a tiempo parcial -y eventualmente, por supuesto, a tiempo completo- bajo el agua, ya que nunca permitieron que sus sistemas branquiales se atrofiaran. Había muchas esculturas que mostraban cómo siempre habían visitado frecuentemente a sus parientes submarinos en otros lugares, y cómo se habían bañado habitualmente en el profundo fondo de su gran río. La oscuridad del interior de la tierra tampoco podía ser un impedimento para una raza acostumbrada a las largas noches antárticas.

Por muy decadente que fuera su estilo, estas últimas tallas tenían una calidad verdaderamente épica cuando hablaban de la construcción de la nueva ciudad en el mar de las cavernas. Los Antiguos lo habían hecho de forma científica, extrayendo rocas insolubles del corazón de las montañas alveoladas y empleando a trabajadores expertos de la ciudad submarina más cercana para

realizar la construcción según los mejores métodos. Estos trabajadores trajeron consigo todo lo necesario para establecer la nueva empresa: tejido de Shoggoth con el que criar levantadores de piedra y posteriores bestias de carga para la ciudad cavernícola, y otra materia protoplásmica para moldear en organismos fosforescentes con fines de iluminación.

Por fin se levantó una poderosa metrópolis en el fondo de ese mar Estigio, con una arquitectura muy parecida a la de la ciudad de arriba, y una mano de obra que mostraba relativamente poca decadencia debido al preciso elemento matemático inherente a las operaciones de construcción. Los Shoggoths recién criados alcanzaban un tamaño enorme y una inteligencia singular, y se les representaba recibiendo y ejecutando órdenes con una rapidez maravillosa. Parecían conversar con los Antiguos imitando sus voces -una especie de gaitero musical en un amplio rango, si la pobre disección de Lake había indicado bien- y trabajar más a partir de órdenes habladas que de sugerencias hipnóticas como en épocas anteriores. Sin embargo, se mantenían bajo un control admirable. Los organismos fosforescentes proporcionaban luz con gran eficacia, y sin duda compensaban la pérdida de las familiares auroras polares de la noche del mundo exterior.

El arte y la decoración se llevaron a cabo, aunque, por supuesto, con cierta decadencia. Los Antiguos parecían darse cuenta ellos mismos de esta decadencia, y en muchos casos se anticiparon a la política de Constantino el Grande transplantando bloques especialmente finos de talla antigua de su ciudad terrestre, al igual que el emperador, en una época similar de decadencia, despojó a Grecia y Asia de su mejor arte para dar a su nueva capital bizantina mayores esplendores de los que su propio pueblo podía crear. El hecho de que la transferencia de bloques esculpidos no haya sido

más amplia se debe sin duda a que la ciudad terrestre no fue abandonada del todo al principio. Para el momento en que se produjo el abandono total -y seguramente debió ocurrir antes de que el Pleistoceno polar estuviera muy avanzado- los Antiguos quizás se habían satisfecho con su arte decadente o habían dejado de reconocer el mérito superior de las tallas más antiguas. En cualquier caso, las ruinas silenciosas de un eón que nos rodeaban no habían sufrido ninguna denudación escultórica al por mayor, aunque todas las mejores estatuas separadas, al igual que otros objetos móviles, habían sido retiradas.

Los decadentes cartuchos y dados que contaban esta historia eran, como he dicho, lo último que pudimos encontrar en nuestra limitada búsqueda. Nos dejaron una imagen de los Antiguos yendo y viniendo entre la ciudad terrestre en verano y la ciudad cavernícola en invierno, y a veces comerciando con las ciudades del fondo del mar de la costa antártica. En esta época, la ciudad terrestre ya debía estar condenada, pues las esculturas mostraban muchos signos de la invasión maligna del frío. La vegetación disminuía, y las terribles nieves del invierno ya no se derretían completamente ni siquiera en pleno verano. El ganado saurio estaba casi todo muerto, y los mamíferos no lo soportaban demasiado bien. Para seguir con el trabajo del mundo superior se había hecho necesario adaptar a la vida terrestre a algunos de los amorfos y curiosamente resistentes al frío Shoggoths, algo que los Antiguos se habían resistido a hacer. El gran río ya no tenía vida, y el mar superior había perdido a la mayoría de sus habitantes, excepto las focas y las ballenas. Todas las aves habían volado, excepto los grandes y grotescos pingüinos.

Sólo podíamos adivinar lo que había sucedido después. ¿Cuánto tiempo había sobrevivido la nueva ciudad-caverna del mar? ¿Seguía allí abajo, como un cadáver pétreo en la oscuridad eterna?

¿Se habían congelado por fin las aguas subterráneas? ¿A qué destino habían sido entregadas las ciudades del fondo del océano del mundo exterior? ¿Se había desplazado alguno de los Antiguos hacia el norte, por delante de la capa de hielo que se arrastra? La geología existente no muestra ningún rastro de su presencia. ¿Seguía siendo el temible Mi-Go una amenaza en el mundo terrestre exterior del norte? ¿Se puede estar seguro de lo que puede o no persistir, incluso hoy en día, en los abismos sin luz y sin sondear de las aguas más profundas de la Tierra? Al parecer, esas cosas han sido capaces de resistir cualquier presión, y los hombres de mar han pescado a veces objetos curiosos. ¿Y la teoría de la ballena asesina ha explicado realmente las salvajes y misteriosas cicatrices en las focas antárticas observadas hace una generación por Borchgrevink?

Los especímenes encontrados por el pobre Lake no entraban en estas conjeturas, pues su situación geológica demostraba que habían vivido en lo que debió ser una fecha muy temprana de la historia de la ciudad terrestre. De acuerdo con su ubicación, no tenían menos de treinta millones de años, y reflexionamos que en su época la ciudad cavernícola del mar, y de hecho la caverna misma, no habían existido. Habrían recordado una escena más antigua, con una exuberante vegetación terciaria por todas partes, una ciudad terrestre más joven de florecientes artes a su alrededor, y un gran río que barría hacia el norte a lo largo de la base de las poderosas montañas hacia un lejano océano tropical.

Y, sin embargo, no podíamos dejar de pensar en esos ejemplares, especialmente en los ocho perfectos que faltaban en el horriblemente devastado campamento de Lake. Había algo anormal en todo aquel asunto -las cosas extrañas que tanto habíamos intentado atribuir a la locura de alguien-, aquellas espantosas

tumbas, la cantidad y la naturaleza del material que faltaba - Gedney-, la dureza sobrenatural de aquellas monstruosidades arcaicas, y los extraños fenómenos vitales que las esculturas mostraban ahora que tenía la raza -Danforth y yo habíamos visto mucho en las últimas horas, y estábamos preparados para creer y callar sobre muchos secretos espantosos e increíbles de la naturaleza primitiva.

IX

He dicho que nuestro estudio de las esculturas decadentes provocó un cambio en nuestro objetivo inmediato. Esto, por supuesto, tenía que ver con las avenidas cinceladas hacia el negro mundo interior, de cuya existencia no habíamos sabido antes, pero que ahora estábamos ansiosos por encontrar y atravesar. De la evidente escala de las tallas dedujimos que una caminata descendente de aproximadamente una milla a través de cualquiera de los túneles vecinos nos llevaría al borde de los vertiginosos acantilados sin sol sobre el gran abismo; por cuyos lados bajaban senderos, mejorados por los Antiguos, que conducían a la orilla rocosa del océano oculto y nocturno. Contemplar este fabuloso golfo en la cruda realidad era una atracción a la que parecía imposible resistirse una vez que lo supiéramos; sin embargo, nos dimos cuenta de que debíamos comenzar la búsqueda de inmediato si esperábamos incluirla en nuestro viaje actual.

Eran ya las 8 de la tarde y no teníamos suficientes pilas de repuesto para dejar que nuestras antorchas ardieran eternamente. Habíamos estudiado y copiado tanto por debajo del nivel de los glaciares que nuestras baterías habían tenido por lo menos cinco horas de uso casi continuo y, a pesar de la fórmula especial de las pilas secas, obviamente sólo servirían para unas cuatro más, aunque si manteníamos una linterna sin usar, excepto en lugares especialmente interesantes o difíciles, podríamos conseguir un margen seguro más allá de eso. No sería bueno estar sin luz en estas catacumbas ciclópeas, por lo que para hacer el viaje al abismo debíamos renunciar a todo desciframiento mural posterior. Por supuesto, teníamos la intención de volver a visitar el lugar durante días y tal vez semanas de estudio intensivo y fotografía -la

curiosidad hace tiempo que se impuso al horror-, pero ahora debemos apresurarnos. Nuestra provisión de papel para el rastreo no era ni mucho menos ilimitada, y nos resistíamos a sacrificar cuadernos de repuesto o papel de dibujo para aumentarla, pero dejamos escapar un cuaderno grande. En el peor de los casos, podíamos recurrir a la extracción de rocas y, por supuesto, sería posible, incluso en caso de pérdida de la dirección, llegar a la luz del día por un canal u otro si se nos concedía el tiempo suficiente para el ensayo y error. Así que por fin nos pusimos en marcha con entusiasmo en la dirección indicada del túnel más cercano.

Según los grabados de los que habíamos hecho nuestro mapa, la boca del túnel deseada no podía estar a más de un cuarto de milla de donde nos encontrábamos; el espacio intermedio mostraba edificios de aspecto sólido que probablemente eran penetrables todavía a un nivel subglacial. La abertura propiamente dicha estaría en el sótano -en el ángulo más cercano a las estribaciones- de una vasta estructura de cinco puntas de carácter evidentemente público y tal vez ceremonial, que intentamos identificar a partir de nuestro reconocimiento aéreo de las ruinas. Al recordar nuestro vuelo no nos vino a la mente ninguna estructura de este tipo, por lo que concluimos que sus partes superiores habían sido muy dañadas, o que habían sido totalmente destrozadas en una grieta de hielo que habíamos observado. En este último caso, el túnel probablemente estaría atascado, por lo que tendríamos que probar el siguiente más cercano, el que estaba a menos de una milla al norte. El curso del río impidió que probáramos ninguno de los túneles más meridionales en este viaje; y de hecho, si los dos vecinos estaban atascados, era dudoso que nuestras baterías justificaran un intento en el siguiente túnel más al norte, a una milla más allá de nuestra segunda opción.

Mientras nos abríamos paso por el laberinto con la ayuda de un mapa y una brújula, atravesando habitaciones y pasillos en todas las etapas de ruina o conservación, trepando por rampas, cruzando pisos superiores y puentes y bajando de nuevo, encontrando puertas atascadas y montones de escombros, Apresurándonos de vez en cuando a lo largo de tramos finamente conservados e increíblemente immaculados, tomando pistas falsas y desandando el camino (en estos casos eliminando el rastro de papel ciego que habíamos dejado), y de vez en cuando golpeando el fondo de un pozo abierto a través del cual la luz del día se derramaba o se escurría hacia abajo - fuimos repetidamente tentados por las paredes esculpidas a lo largo de nuestra ruta. Muchas de ellas debían contar historias de inmensa importancia histórica, y sólo la perspectiva de visitas posteriores nos reconciliaba con la necesidad de pasar por ellas. Así las cosas, frenamos de vez en cuando y encendimos nuestra segunda linterna. Si hubiéramos tenido más películas, sin duda nos habríamos detenido brevemente para fotografiar algunos bajorrelieves, pero el tiempo para copiarlos a mano estaba claramente descartado.

Ahora llego de nuevo a un lugar en el que la tentación de dudar, o de insinuar en lugar de afirmar, es muy fuerte. Sin embargo, es necesario revelar el resto para justificar mi postura de desalentar una mayor exploración. Nos habíamos acercado mucho al lugar calculado de la boca del túnel -habiendo cruzado un puente del segundo piso hasta lo que parecía claramente la punta de una pared puntiaguda, y descendido a un corredor ruinoso especialmente rico en esculturas de factura tardía decadentemente elaboradas y aparentemente rituales- cuando, poco antes de las ocho y media de la tarde, las agudas y jóvenes fosas nasales de Danforth nos dieron el primer indicio de algo inusual. Si hubiéramos tenido un perro con nosotros, supongo que nos habrían avisado antes. Al principio no podíamos decir con precisión qué era lo que ocurría con el aire, antes tan puro como el cristal, pero al cabo de

unos segundos nuestra memoria reaccionó con demasiada seguridad. Permítanme que intente exponer la cosa sin inmutarme. Había un olor, y ese olor era vaga, sutil e inequívocamente parecido al que nos había dado náuseas al abrir la tumba del horror que el pobre Lake había disecado.

Por supuesto, la revelación no fue tan claramente cortada en aquel momento como suena ahora. Había varias explicaciones concebibles, y nos dedicamos a susurrar de forma indecisa. Lo más importante de todo es que no nos retiramos sin investigar más a fondo, ya que, habiendo llegado hasta aquí, nos resistíamos a que algo nos hiciera perder la esperanza de una catástrofe segura. De todos modos, lo que debíamos sospechar era demasiado descabellado para creerlo. Esas cosas no ocurren en ningún mundo normal. Probablemente fue el puro instinto irracional lo que nos hizo atenuar nuestra única antorcha -ya no tentada por las decadentes y siniestras esculturas que se asomaban amenazantes desde las opresivas paredes- y lo que suavizó nuestro avance a un cauteloso caminar de puntillas y a gatas sobre el suelo cada vez más ensuciado y los montones de escombros.

Tanto los ojos como el olfato de Danforth demostraron ser mejores que los míos, ya que también fue él quien notó por primera vez el extraño aspecto de los escombros después de que hubiéramos pasado por muchos arcos medio torcidos que conducían a cámaras y pasillos en el nivel del suelo. No tenía el aspecto que debería tener después de incontables miles de años de abandono, y cuando encendimos cautelosamente más luz vimos que una especie de hilera parecía haber sido recorrida recientemente. La naturaleza irregular de la camada impedía cualquier marca definida, pero en los lugares más lisos había indicios del arrastre de objetos pesados.

Una vez nos pareció que había un indicio de huellas paralelas, como de corredores. Esto fue lo que nos hizo detenernos de nuevo.

Fue durante esa pausa cuando captamos -esta vez simultáneamente- el otro olor que había delante. Paradójicamente, era a la vez un olor menos espantoso y más espantoso -menos espantoso intrínsecamente, pero infinitamente espantoso en este lugar bajo las circunstancias conocidas-, a menos, por supuesto, que Gedney, pues el olor era el simple y familiar de la gasolina común de todos los días.

Nuestra motivación después de eso es algo que dejaré a los psicólogos. Ahora sabíamos que alguna terrible extensión de los horrores del campo debía haberse arrastrado hasta este lugar de enterramiento nocturno de los eones, por lo que ya no podíamos dudar de la existencia de condiciones sin nombre -presentes o al menos recientes- justo delante. Sin embargo, al final dejamos que la mera curiosidad ardiente -o la ansiedad- o el autohipnotismo -o los vagos pensamientos de responsabilidad hacia Gedney- o lo que fuera- nos impulsaran. Danforth volvió a susurrar sobre la huella que creía haber visto en el giro del callejón en las ruinas de arriba; y sobre el tenue sonido musical -potencialmente de tremenda importancia a la luz del informe de disección de Lake, a pesar de su gran parecido con los ecos de la boca de la cueva de los picos ventosos- que creía haber oído poco después desde profundidades desconocidas de abajo. Yo, a mi vez, susurraba sobre cómo había quedado el campamento, sobre lo que había desaparecido, y sobre cómo la locura de un superviviente solitario podría haber concebido lo inconcebible -un viaje salvaje a través de las monstruosas montañas y un descenso a la desconocida y primigenia mampostería-, pero no podíamos convencernos mutuamente, ni siquiera a nosotros mismos, de nada definitivo. Habíamos apagado

toda la luz al quedarnos quietos, y notamos vagamente que un rastro de día superior profundamente filtrado impedía que la negrura fuera absoluta. Habiendo comenzado a avanzar automáticamente, nos guiamos por los destellos ocasionales de nuestra linterna. Los escombros revueltos formaban una impresión que no podíamos quitarnos de encima, y el olor a gasolina se hacía más fuerte. Más y más ruinas se encontraron con nuestros ojos y obstaculizaron nuestros pies, hasta que muy pronto vimos que el camino hacia adelante estaba a punto de cesar. Habíamos acertado demasiado en nuestra suposición pesimista sobre aquella grieta vislumbrada desde el aire. Nuestra búsqueda del túnel era a ciegas, y ni siquiera íbamos a poder llegar al sótano del que se abría la abertura abismal.

La antorcha, que destellaba sobre las paredes grotescamente talladas del corredor bloqueado en el que nos encontrábamos, mostraba varias puertas en diversos estados de obstrucción; y de una de ellas el olor a gasolina -que sumergía bastante ese otro indicio de olor- llegaba con especial nitidez. Cuando miramos con más atención, vimos que sin duda había habido una ligera y reciente limpieza de escombros en esa abertura en particular. Cualquiera que fuera el horror que nos acechaba, creíamos que el camino directo hacia él era ahora claramente manifiesto. No creo que nadie se extrañe de que esperáramos un tiempo considerable antes de hacer cualquier otro movimiento.

Y sin embargo, cuando nos aventuramos dentro de ese arco negro, nuestra primera impresión fue de anticlímax. Porque en medio de la extensión de aquella cripta esculpida -un cubo perfecto con lados de unos seis metros- no quedaba ningún objeto reciente de tamaño perceptible al instante, de modo que buscamos instintivamente, aunque en vano, una puerta más lejana. En otro momento, sin

embargo, la aguda visión de Danforth había descubierto un lugar donde los escombros del suelo habían sido removidos; y encendimos ambas antorchas con toda su fuerza. Aunque lo que vimos a esa luz era en realidad sencillo e insignificante, no me resisto a contarlo por lo que implicaba. Se trataba de una tosca nivelación de los escombros, sobre los que yacían descuidadamente dispersos varios objetos pequeños, y en una de cuyas esquinas debía haberse derramado últimamente una cantidad considerable de gasolina, lo bastante como para dejar un fuerte olor incluso a esta extrema altitud de la superplataforma. En otras palabras, no podía ser otra cosa que una especie de campamento, un campamento hecho por seres buscadores que, como nosotros, habían sido rechazados por el inesperado camino asfixiado hacia el abismo.

Permítanme ser claro. Los objetos dispersos eran, en lo que a la sustancia se refiere, todos del campamento de Lake; y consistían en latas tan extrañamente abiertas como las que habíamos visto en aquel lugar devastado, muchas cerillas gastadas, tres libros ilustrados más o menos curiosamente manchados, un frasco de tinta vacío con su cartón pictórico y de instrucciones, una pluma estilográfica rota, algunos fragmentos extrañamente recortados de pieles y telas de tienda, una pila eléctrica usada con una circular de instrucciones, una carpeta que venía con nuestro tipo de calentador de tienda, y una pizca de papeles arrugados. Todo era bastante malo, pero cuando alisamos los papeles y miramos lo que había en ellos, sentimos que habíamos llegado a lo peor. Habíamos encontrado ciertos papeles inexplicablemente borrados en el campamento que podríamos habernos preparado, pero el efecto de la visión allí abajo, en las bóvedas prehumanas de una ciudad de pesadilla, era casi demasiado para soportar.

Un Gedney loco podría haber hecho los grupos de puntos a imitación de los encontrados en las piedras de jabón verdosas, al igual que los puntos de esos dementes túmulos de cinco puntas; Y es posible que haya preparado bocetos aproximados y apresurados -que varían en cuanto a su exactitud o falta de ella- que delineaban las partes vecinas de la ciudad y trazaban el camino desde un lugar representado circularmente fuera de nuestra ruta anterior -un lugar que identificamos como una gran torre cilíndrica en las tallas y como un vasto golfo circular vislumbrado en nuestro estudio aéreo- hasta la actual estructura de cinco puntas y la boca del túnel que hay en ella. Podría, repito, haber preparado tales bocetos; porque los que teníamos ante nosotros estaban obviamente compilados, como los nuestros, a partir de esculturas tardías en algún lugar del laberinto glacial, aunque no de las que habíamos visto y utilizado. Pero lo que ese chapucero cegado por el arte nunca podría haber hecho era ejecutar esos bocetos con una técnica extraña y segura, quizá superior, a pesar de la prisa y el descuido, a cualquiera de las tallas decadentes de las que fueron tomadas: la técnica característica e inconfundible de los propios Antiguos en el apogeo de la ciudad muerta.

Hay quienes dirán que Danforth y yo estábamos completamente locos por no huir para salvar nuestras vidas después de aquello; ya que nuestras conclusiones estaban ahora -a pesar de su locura- completamente fijadas, y de una naturaleza que ni siquiera necesito mencionar a quienes hayan leído mi relato hasta aquí. Tal vez estábamos locos, pues ¿no he dicho que aquellos horribles picos eran montañas de locura? Pero creo que puedo detectar algo del mismo espíritu -aunque en una forma menos extrema- en los hombres que acechan a las bestias mortales a través de las selvas africanas para fotografiarlas o estudiar sus hábitos. A pesar de que estábamos medio paralizados por el terror, se encendió en nosotros una llama de asombro y curiosidad que al final triunfó.

Por supuesto, no queríamos enfrentarnos a aquello -o a aquellos- que sabíamos que habían estado allí, pero sentíamos que ya debían haberse ido. Ya habrían encontrado la otra entrada vecina al abismo, y habrían pasado dentro, a cualquier fragmento del pasado que pudiera esperarles en el último golfo, el último golfo que nunca habían visto. O si esa entrada también estaba bloqueada, habrían seguido hacia el norte buscando otra. Recordamos que eran parcialmente independientes de la luz.

Recordando ese momento, apenas puedo recordar qué forma precisa tomaron nuestras nuevas emociones, qué cambio de objetivo inmediato fue el que agudizó nuestro sentido de la expectativa. Ciertamente no queríamos enfrentarnos a lo que temíamos, aunque no negaré que puede que tuviéramos un deseo acechante e inconsciente de espiar ciertas cosas desde algún punto de vista oculto. Probablemente no habíamos renunciado a nuestro afán de vislumbrar el propio abismo, aunque se interponía un nuevo objetivo en forma de aquel gran lugar circular que se mostraba en los croquis arrugados que habíamos encontrado. Enseguida lo reconocimos como una monstruosa torre cilíndrica que figuraba en las primeras tallas, pero que desde arriba sólo aparecía como una prodigiosa abertura redonda. Algo de lo impresionante de su representación, incluso en estos apresurados diagramas, nos hizo pensar que sus niveles subglaciales debían constituir todavía una característica de peculiar importancia. Tal vez encarnaba maravillas arquitectónicas aún desconocidas para nosotros. Sin duda era de una edad increíble, según las esculturas en las que figuraba, siendo de hecho una de las primeras cosas construidas en la ciudad. Sus tallas, si se conservan, no pueden dejar de ser muy significativas. Además, podría constituir un buen enlace actual con el mundo superior, una ruta más corta que la que

estábamos trazando con tanto cuidado, y probablemente aquella por la que habían descendido los demás.

En cualquier caso, lo que hicimos fue estudiar los terribles bocetos -que confirmaban perfectamente los nuestros- y volver a emprender el camino indicado hasta el lugar circular; el camino que nuestros innominados predecesores debieron recorrer dos veces antes que nosotros. La otra puerta vecina al abismo estaría más allá. No necesito hablar de nuestro viaje -durante el cual continuamos dejando un rastro económico de papel-, ya que era precisamente del mismo tipo que el que habíamos alcanzado en el callejón sin salida; excepto que tendía a adherirse más estrechamente al nivel del suelo e incluso a descender a los corredores del sótano. De vez en cuando podíamos rastrear ciertas marcas perturbadoras en los escombros o la basura bajo los pies; y después de haber pasado fuera del radio del olor a gasolina, volvimos a ser débilmente conscientes -espasmódicamente- de ese olor más horrible y más persistente. Después de que el camino se desviara de nuestro curso anterior, a veces dábamos a los rayos de nuestra única antorcha un barrido furtivo a lo largo de las paredes; observando en casi todos los casos las esculturas casi omnipresentes, que de hecho parecen haber formado una salida estética principal para los Antiguos.

Hacia las 21:30, mientras atravesábamos un largo pasillo abovedado cuyo suelo, cada vez más glacial, parecía estar algo por debajo del nivel del suelo y cuyo techo se hacía más bajo a medida que avanzábamos, empezamos a ver una fuerte luz de día por delante y pudimos apagar nuestra linterna. Parecía que estábamos llegando al vasto lugar circular, y que nuestra distancia del aire superior no podía ser muy grande. El corredor terminaba en un arco sorprendentemente bajo para estas ruinas megalíticas, pero

podíamos ver mucho a través de él incluso antes de salir. Más allá se extendía un prodigioso espacio redondo -más de doscientos pies de diámetro- sembrado de escombros y que contenía muchos arcos atascados correspondientes al que estábamos a punto de cruzar. Las paredes estaban -en los espacios disponibles- audazmente esculpidas en una banda espiral de proporciones heroicas; y mostraban, a pesar de la destructiva intemperie causada por la apertura del lugar, un esplendor artístico muy superior a todo lo que habíamos encontrado antes. El suelo estaba fuertemente glaciado y creíamos que el verdadero fondo estaba a una profundidad considerablemente menor.

Pero el objeto más destacado del lugar era la titánica rampa de piedra que, eludiendo los arcos mediante un brusco giro hacia el exterior en el suelo abierto, ascendía en espiral por la estupenda pared cilíndrica como un homólogo interior de los que en su día subían por el exterior de las monstruosas torres o zigurats de la antigua Babilonia. Sólo la rapidez de nuestro vuelo, y la perspectiva que confundía el descenso con la pared interior de la torre, habían impedido que nos percatáramos de este rasgo desde el aire, y nos hicieron buscar otra vía hacia el nivel subglacial. Pabodie podría haber sido capaz de decir qué tipo de ingeniería lo mantenía en su lugar, pero Danforth y yo sólo pudimos admirar y maravillarnos. Podíamos ver poderosas ménsulas y pilares de piedra aquí y allá, pero lo que veíamos parecía inadecuado para la función que desempeñaba. La cosa estaba excelentemente conservada hasta la actual cima de la torre -circunstancia muy notable en vista de su exposición- y su refugio había hecho mucho para proteger las extrañas e inquietantes esculturas cósmicas de las paredes.

Cuando salimos a la impresionante luz de medio día de este monstruoso fondo cilíndrico -con una antigüedad de cincuenta

millones de años y, sin duda, la estructura más antigua que jamás hayan visto nuestros ojos- vimos que los lados atravesados por la rampa se extendían vertiginosamente hasta una altura de sesenta pies. Esto, según recordamos de nuestro estudio aéreo, significaba una glaciación exterior de unos cuarenta pies; ya que el abismo que habíamos visto desde el avión había estado en la cima de un montículo de aproximadamente veinte pies de mampostería desmoronada, algo protegido en tres cuartas partes de su circunferencia por las enormes paredes curvas de una línea de ruinas más altas. Según las esculturas, la torre original se alzaba en el centro de una inmensa plaza circular, y había tenido quizás quinientos o seiscientos pies de altura, con hileras de discos horizontales cerca de la cima, y una fila de agujas a lo largo del borde superior. Evidentemente, la mayor parte de la mampostería se había derrumbado hacia fuera y no hacia dentro, lo cual era una suerte, ya que, de lo contrario, la rampa podría haber quedado destrozada y todo el interior asfixiado. Tal y como estaba, la rampa mostraba un triste golpe; mientras que la asfixia era tal que todos los arcos de la parte inferior parecían haber sido despejados recientemente.

Sólo tardamos un momento en concluir que ésa era, efectivamente, la ruta por la que habían descendido aquellos otros, y que ésa sería la ruta lógica para nuestro propio ascenso, a pesar del largo rastro de papel que habíamos dejado en otros lugares. La boca de la torre no estaba más lejos de las estribaciones y de nuestro avión de espera que el gran edificio aterrazado por el que habíamos entrado, y cualquier otra exploración subglacial que pudiéramos hacer en este viaje se encontraría en esta región general. Curiosamente, seguíamos pensando en posibles viajes posteriores, incluso después de todo lo que habíamos visto y adivinado. Entonces, mientras nos abríamos paso con cautela por encima de los escombros del gran suelo, llegó una visión que excluyó por el momento cualquier otro asunto.

Era el conjunto de tres trineos cuidadosamente apiñados en el ángulo más lejano de la rampa que se proyectaba hacia el exterior y que hasta entonces había quedado oculto a nuestra vista. Allí estaban -los tres trineos que faltaban en el campamento de Lake- sacudidos por un duro uso que debía incluir el arrastre forzoso a lo largo de grandes extensiones de mampostería y escombros sin nieve, así como muchos porteos a mano por lugares totalmente innavegables. Estaban cuidadosa e inteligentemente empacados y amarrados, y contenían cosas memorablemente familiares: la estufa de gasolina, latas de combustible, cajas de instrumentos, latas de provisiones, lonas obviamente abultadas con libros, y algunas abultadas con contenidos menos obvios-todo derivado del equipo de Lake.

Después de lo que habíamos encontrado en la otra habitación, estábamos en cierta medida preparados para este encuentro. La verdadera sorpresa llegó cuando nos acercamos y deshicimos una lona cuyos contornos nos habían inquietado especialmente. Al parecer, otros, además de Lake, se habían interesado en recoger especímenes típicos; pues había aquí dos, ambos rígidamente congelados, perfectamente conservados, remendados con yeso adhesivo donde se habían producido algunas heridas alrededor del cuello, y envueltos con cuidado para evitar más daños. Eran los cuerpos del joven Gedney y del perro desaparecido.

X

Muchos nos juzgarán probablemente tan insensibles como locos por pensar en el túnel hacia el norte y en el abismo tan poco tiempo después de nuestro sombrío descubrimiento, y no estoy dispuesto a decir que hubiéramos revivido inmediatamente tales pensamientos de no ser por una circunstancia concreta que irrumpió en nosotros y puso en marcha toda una nueva serie de especulaciones. Habíamos vuelto a colocar la lona sobre el pobre Gedney y estábamos de pie en una especie de desconcierto mudo cuando los sonidos finalmente llegaron a nuestra conciencia: los primeros sonidos que habíamos oído desde que descendimos a campo abierto donde el viento de la montaña gemía débilmente desde sus alturas sobrenaturales. Por muy conocidos y mundanos que fueran, su presencia en este remoto mundo de la muerte era más inesperada y desconcertante que cualquier tono grotesco o fabuloso que pudiera haber sido, ya que daban un nuevo vuelco a todas nuestras nociones de armonía cósmica.

Si hubiera sido algún rastro de ese extraño sonido musical en una amplia gama que el informe de disección de Lake nos había llevado a esperar en aquellos otros -y que, de hecho, nuestras fantasías sobreexcitadas habían estado leyendo en cada aullido de viento que habíamos oído desde que llegamos al horror del campamento- habría tenido una especie de congruencia infernal con la región de eones muertos que nos rodeaba. Una voz de otras épocas pertenece a un cementerio de otras épocas. Sin embargo, el ruido hizo añicos todos nuestros ajustes profundamente arraigados: nuestra aceptación tácita de la Antártida interior como un residuo total e irrevocablemente vacío de todo vestigio de vida normal. Lo que oímos no fue la nota fabulosa de ninguna blasfemia enterrada

de la tierra vieja de cuya dureza excelsa un sol polar negado por la edad había evocado una respuesta monstruosa. Por el contrario, era algo tan burlonamente normal y tan infaliblemente familiarizado por nuestros días de mar frente a Victoria Land y nuestros días de campamento en McMurdo Sound que nos estremecíamos al pensar en ello aquí, donde tales cosas no deberían estar. Para ser breve, era simplemente el estridente graznido de un pingüino.

El sonido amortiguado flotaba desde recovecos subglaciales casi opuestos al corredor de donde habíamos venido, regiones manifiestamente en dirección a ese otro túnel hacia el vasto abismo. La presencia de un pájaro acuático vivo en esa dirección - en un mundo cuya superficie era de una larga y uniforme falta de vida- sólo podía llevar a una conclusión; por eso nuestro primer pensamiento fue verificar la realidad objetiva del sonido. En efecto, se repetía y a veces parecía provenir de más de una garganta. Buscando su origen, entramos en un arco del que se habían retirado muchos escombros; reanudando nuestro camino -con una provisión adicional de papel tomada con curiosa repugnancia de uno de los fardos de lona de los trineos- cuando dejamos atrás la luz del día.

A medida que el suelo glaciar daba paso a una camada de detritus, distinguimos claramente algunas curiosas huellas de arrastre; y una vez Danforth encontró una huella distintiva de un tipo cuya descripción sería demasiado superflua. El rumbo indicado por los gritos de los pingüinos era precisamente el que nuestro mapa y nuestra brújula prescribían como aproximación a la boca del túnel más al norte, y nos alegramos de encontrar una vía sin puentes en los niveles del suelo y del sótano que parecía abierta. El túnel, según la carta, debía partir del sótano de una gran estructura piramidal que, según recordábamos vagamente de nuestro

reconocimiento aéreo, estaba muy bien conservada. A lo largo de nuestro camino, la única antorcha mostraba la habitual profusión de tallas, pero no nos detuvimos a examinar ninguna de ellas.

De repente, una voluminosa forma blanca se alzó ante nosotros y encendimos la segunda linterna. Es curioso cómo esta nueva búsqueda había alejado nuestras mentes de los temores anteriores sobre lo que podría acechar cerca. Aquellos otros, que habían dejado sus provisiones en el gran lugar circular, debían haber planeado regresar después de su viaje de exploración hacia el abismo o dentro de él; sin embargo, ahora habíamos descartado toda precaución respecto a ellos tan completamente como si nunca hubieran existido. Aquella cosa blanca y andariega medía dos metros de altura, y sin embargo nos pareció darnos cuenta enseguida de que no era uno de esos otros. Eran más grandes y oscuros y, según las esculturas, su movimiento sobre las superficies terrestres era rápido y seguro, a pesar de la rareza de su equipo de tentáculos marinos. Pero decir que la cosa blanca no nos asustó profundamente sería vano. En efecto, nos atenazó durante un instante un temor primitivo casi más agudo que el peor de nuestros temores razonados respecto a aquellos otros. Entonces se produjo un destello de anticlímax cuando la forma blanca se adentró en un arco lateral a nuestra izquierda para unirse a otros dos de su especie que la habían convocado en tonos estridentes. Porque sólo era un pingüino, aunque de una especie enorme y desconocida, más grande que el mayor de los pingüinos rey conocidos, y monstruoso por su combinación de albinismo y falta de ojos.

Cuando seguimos a la cosa hasta el arco y encendimos nuestras dos antorchas sobre el indiferente e ignorante grupo de tres, vimos que todos eran albinos sin ojos de la misma especie desconocida y gigantesca. Su tamaño nos recordaba a algunos de los pingüinos

arcaicos representados en las esculturas de los Antiguos, y no tardamos en concluir que descendían de la misma estirpe, sobreviviendo sin duda gracias a una retirada a alguna región interior más cálida cuya negrura perpetua había destruido su pigmentación y atrofiado sus ojos hasta convertirlos en meras rendijas inútiles. No se podía dudar de que su hábitat actual era el vasto abismo que buscábamos, y esta evidencia de que el golfo seguía siendo cálido y habitable nos llenó de las más curiosas y sutilmente perturbadoras fantasías.

También nos preguntamos qué había hecho que estas tres aves se aventuraran fuera de sus dominios habituales. El estado y el silencio de la gran ciudad muerta dejaban claro que no había sido en ningún momento una colonia estacional habitual, mientras que la manifiesta indiferencia del trío a nuestra presencia hacía que pareciera extraño que cualquier grupo de esos otros que pasaban los hubiera asustado. ¿Era posible que esos otros hubieran emprendido alguna acción agresiva o hubieran intentado aumentar su suministro de carne? Dudábamos de que aquel olor penetrante que los perros habían odiado pudiera causar una antipatía igual en estos pingüinos, ya que sus antepasados habían vivido obviamente en excelentes términos con los Antiguos, una relación amistosa que debía haber sobrevivido en el abismo de abajo mientras quedaba alguno de los Antiguos. Lamentando, en un arrebató del viejo espíritu de la ciencia pura, que no pudiéramos fotografiar a estas criaturas anómalas, las dejamos pronto con sus graznidos y seguimos adelante hacia el abismo cuya apertura se nos había demostrado tan positivamente, y cuya dirección exacta dejaban clara las huellas ocasionales de los pingüinos.

Poco después, un pronunciado descenso por un pasillo largo, bajo, sin puertas y sin esculturas nos hizo creer que nos acercábamos

por fin a la boca del túnel. Habíamos pasado por delante de otros dos pingüinos y oímos a otros inmediatamente después. Entonces el corredor terminó en un prodigioso espacio abierto que nos hizo jadear involuntariamente: una perfecta semiesfera invertida, evidentemente subterránea, de cien pies de diámetro y cincuenta pies de altura, con arcos bajos que se abrían en todas las partes de la circunferencia menos en una, y que bostezaba cavernosamente con una abertura negra y arqueada que rompía la simetría de la bóveda hasta una altura de casi quince pies. Era la entrada al gran abismo.

En este vasto hemisferio, cuyo techo cóncavo estaba impresionantemente aunque decadentemente tallado a semejanza de la cúpula celeste primordial, se paseaban unos cuantos pingüinos albinos -alienígenas allí, pero indiferentes e invisibles-. El negro túnel bostezaba indefinidamente en una pendiente empinada y descendente, con una abertura adornada con jambas y dintel grotescamente cincelados. De aquella boca críptica nos pareció que salía una corriente de aire ligeramente más cálido, y tal vez incluso una sospecha de vapor; y nos preguntamos qué entidades vivas, aparte de los pingüinos, podría ocultar el vacío ilimitado de abajo, y los panales contiguos de la tierra y las montañas titánicas. También nos preguntamos si el rastro de humo de la cima de la montaña que el pobre Lake sospechó en un principio, así como la extraña neblina que nosotros mismos habíamos percibido alrededor del pico coronado por la muralla, no serían causados por el ascenso canalizado y tortuoso de alguno de esos vapores desde las insondables regiones del núcleo de la Tierra.

Al entrar en el túnel, vimos que su contorno era -al menos al principio- de unos quince pies en cada sentido: los lados, el suelo y el techo arqueado estaban compuestos por la habitual mampostería

megalítica. Los lados estaban escasamente decorados con cartelas de diseños convencionales en un estilo tardío y decadente; y toda la construcción y el tallado estaban maravillosamente bien conservados. El suelo estaba bastante despejado, salvo por un ligero detritus que llevaba las huellas de los pingüinos que salían y las huellas interiores de estos otros. Cuanto más se avanzaba, más calor hacía, por lo que pronto nos desabrochamos nuestras pesadas prendas. Nos preguntábamos si realmente había manifestaciones ígneas debajo, y si las aguas de aquel mar sin sol estaban calientes. Después de una corta distancia, la mampostería dio paso a la roca sólida, aunque el túnel mantuvo las mismas proporciones y presentó el mismo aspecto de regularidad tallada. De vez en cuando, su pendiente variable se hacía tan pronunciada que se abrían surcos en el suelo. Varias veces observamos las bocas de pequeñas galerías laterales no registradas en nuestros diagramas; ninguna de ellas como para complicar el problema de nuestro regreso, y todas ellas bienvenidas como posibles refugios en caso de que nos encontráramos con entidades indeseables en su camino de regreso del abismo. El olor sin nombre de tales cosas era muy claro. No cabe duda de que fue una estupidez suicida aventurarse en aquel túnel en las condiciones conocidas, pero la atracción de lo insondable es más fuerte en ciertas personas de lo que la mayoría sospecha; de hecho, fue precisamente esa atracción la que nos había traído a este despojo polar sobrenatural en primer lugar. Vimos varios pingüinos a nuestro paso y especulamos sobre la distancia que tendríamos que recorrer. Los grabados nos hacían esperar una bajada empinada de unos dos kilómetros hasta el abismo, pero nuestras andanzas anteriores nos habían demostrado que no había que fiarse del todo de las escalas.

Después de un cuarto de milla, ese olor sin nombre se acentuó mucho, y seguimos con mucho cuidado las diversas aberturas laterales que pasamos. No había vapor visible como en la desembocadura, pero esto se debía sin duda a la falta de aire

fresco de contraste. La temperatura ascendía rápidamente y no nos sorprendió toparnos con un descuidado montón de material que nos resultaba estremecedoramente familiar. Estaba compuesto por pieles y telas de tiendas de campaña tomadas del campamento de Lake, y no nos detuvimos a estudiar las extrañas formas en que habían sido cortadas las telas. Un poco más allá de este punto notamos un decidido aumento en el tamaño y número de las galerías laterales, y concluimos que la región densamente alveolada bajo las estribaciones más altas debía haber sido alcanzada ahora. El olor sin nombre se mezclaba ahora curiosamente con otro olor apenas menos ofensivo, cuya naturaleza no podíamos adivinar, aunque pensamos en organismos en descomposición y quizás en hongos subterráneos desconocidos. Entonces se produjo una sorprendente expansión del túnel para la que los grabados no nos habían preparado: se ensanchó y se elevó hasta convertirse en una elevada caverna elíptica de aspecto natural con un suelo plano, de unos setenta y cinco pies de largo y cincuenta de ancho, y con muchos e inmensos pasajes laterales que se adentraban en una oscuridad críptica.

Aunque esta caverna era de apariencia natural, una inspección con ambas antorchas sugería que se había formado por la destrucción artificial de varias paredes entre panales adyacentes. Las paredes eran ásperas, y el alto techo abovedado estaba lleno de estalactitas; pero el suelo de roca maciza había sido alisado, y estaba libre de todo tipo de escombros, detritus o incluso polvo en una medida positivamente anormal. A excepción de la avenida por la que habíamos llegado, esto era cierto en los suelos de todas las grandes galerías que se abrían desde ella; y la singularidad de la condición era tal que nos ponía en vano. El nuevo y curioso olor que había complementado el olor sin nombre era aquí excesivamente penetrante; tanto que destruía todo rastro del otro. Algo en todo este lugar, con su suelo pulido y casi reluciente, nos

parecía más vagamente desconcertante y horrible que cualquiera de las cosas monstruosas que habíamos encontrado anteriormente.

La regularidad del pasaje que teníamos justo delante, así como la mayor proporción de excrementos de pingüino que había allí, impedían toda confusión en cuanto al rumbo correcto en medio de esta plétora de bocas de cuevas igualmente grandes. Sin embargo, resolvimos reanudar nuestro rastreo en papel si se presentaba alguna otra complejidad, ya que, por supuesto, ya no se podía esperar que hubiera huellas de polvo. Al reanudar nuestro avance directo, proyectamos un haz de luz sobre las paredes del túnel y nos detuvimos sorprendidos por el cambio radical que habían experimentado las tallas en esta parte del pasaje. Nos dimos cuenta, por supuesto, de la gran decadencia de la escultura de los Antiguos en el momento de la excavación del túnel, y habíamos notado la inferioridad de la mano de obra de los arabescos en los tramos detrás de nosotros. Pero ahora, en esta sección más profunda, más allá de la caverna, había una diferencia repentina que trascendía por completo la explicación, una diferencia de naturaleza básica, así como de mera calidad, y que implicaba una degradación tan profunda y calamitosa de la habilidad que nada en el ritmo de decadencia observado hasta entonces podría haber llevado a esperarlo.

Esta nueva y degenerada obra era tosca, atrevida y carente por completo de delicadeza en los detalles. Estaba avellanado con una profundidad exagerada en bandas que seguían la misma línea general que los escasos cartuchos de las secciones anteriores, pero la altura de los relieves no alcanzaba el nivel de la superficie general. Danforth tenía la idea de que se trataba de una segunda talla, una especie de palimpsesto formado tras la obliteración de un diseño anterior. En su naturaleza era totalmente decorativo y

convencional, y consistía en toscas espirales y ángulos que seguían aproximadamente la tradición matemática quintil de los Antiguos, aunque parecía más una parodia que una perpetuación de esa tradición. No podíamos quitarnos de la cabeza que se había añadido algún elemento sutil pero profundamente extraño al sentimiento estético que subyace a la técnica; un elemento extraño, supuso Danforth, que era el responsable de la laboriosa sustitución. Era parecido, aunque inquietantemente distinto, a lo que habíamos llegado a reconocer como el arte de los Antiguos; y a mí me recordaba insistentemente cosas híbridas como las desgarradas esculturas palmirenas realizadas a la manera romana. La presencia de una pila de linterna usada en el suelo frente a uno de los cartuchos más característicos indicaba que otros se habían fijado recientemente en este cinturón de tallas.

Como no podíamos permitirnos el lujo de dedicar un tiempo considerable al estudio, reanudamos nuestro avance después de una mirada superficial, aunque lanzando con frecuencia rayos sobre las paredes para ver si se producían más cambios decorativos. No se percibió nada de eso, aunque las tallas eran en algunos lugares bastante escasas debido a las numerosas bocas de los túneles laterales de suelo liso. Vimos y oímos menos pingüinos, pero creímos captar una vaga sospecha de un coro infinitamente lejano de ellos en algún lugar profundo de la tierra. El nuevo e inexplicable olor era abominablemente fuerte, y apenas podíamos detectar una señal de ese otro olor sin nombre. Las bocanadas de vapor visibles por delante indicaban los crecientes contrastes de temperatura y la relativa cercanía de los acantilados sin sol del gran abismo. Entonces, inesperadamente, vimos ciertas obstrucciones en el suelo pulido que había más adelante -obstrucciones que definitivamente no eran pingüinos- y encendimos nuestra segunda antorcha después de asegurarnos de que los objetos estaban completamente inmóviles.

XI

Otra vez he llegado a un lugar donde es muy difícil avanzar. Debería haberme endurecido a estas alturas; pero hay algunas experiencias e insinuaciones que dejan cicatrices demasiado profundas para permitir su curación, y sólo dejan una sensibilidad añadida tal que el recuerdo reinspira todo el horror original. Vimos, como ya he dicho, ciertas obstrucciones en el suelo pulido de delante; y puedo añadir que nuestras fosas nasales fueron asaltadas casi simultáneamente por una muy curiosa intensificación del extraño feto reinante, ahora claramente mezclado con el hedor sin nombre de los otros que habían pasado antes. La luz de la segunda antorcha no dejaba lugar a dudas sobre cuáles eran las obstrucciones, y nos atrevimos a acercarnos a ellas sólo porque podíamos ver, incluso desde la distancia, que estaban tan fuera de todo poder de daño como lo habían estado los seis especímenes similares desenterrados de las monstruosas tumbas con forma de estrella en el campamento del pobre Lake.

En efecto, estaban tan incompletos como la mayoría de los que habíamos desenterrado, aunque por el espeso charco de color verde oscuro que se formaba a su alrededor quedaba claro que su incompletud era infinitamente mayor. Parecían ser sólo cuatro, mientras que los boletines de Lake habrían sugerido que eran no menos de ocho los que formaban el grupo que nos había precedido. Encontrarlos en este estado fue totalmente inesperado, y nos preguntamos qué clase de lucha monstruosa había ocurrido aquí abajo en la oscuridad.

Los pingüinos, cuando son atacados en masa, se desquitan salvajemente con sus picos, y nuestros oídos nos indicaban ahora la existencia de una colonia de cría más allá. ¿Habían perturbado esos otros un lugar así y despertado una persecución asesina? Los obstáculos no lo sugerían, pues los picos de los pingüinos contra los duros tejidos que Lake había disecado difícilmente podían explicar los terribles daños que nuestra mirada cercana empezaba a distinguir. Además, las enormes aves ciegas que habíamos visto parecían ser singularmente pacíficas.

¿Había habido, entonces, una lucha entre aquellos otros, y eran los cuatro ausentes los responsables? De ser así, ¿dónde estaban? ¿Estaban cerca y podían constituir una amenaza inmediata para nosotros? Miramos con ansiedad algunos de los pasillos laterales de suelo liso mientras continuábamos nuestra lenta y francamente reticente aproximación. Cualquiera que fuera el conflicto, estaba claro que había sido el que había asustado a los pingüinos en su desacostumbrado deambular. Debía, pues, haber surgido cerca de esa guardería que se oía débilmente en el incalculable golfo de más allá, ya que no había señales de que ninguna ave hubiera habitado normalmente en ese lugar. Tal vez, reflexionamos, se había producido una horrible pelea a la carrera, en la que el grupo más débil trató de volver a los trineos escondidos cuando sus perseguidores acabaron con ellos. Uno podía imaginarse la endemoniada refriega entre entidades monstruosas sin nombre mientras salía del negro abismo con grandes nubes de frenéticos pingüinos graznando y corriendo por delante.

Digo que nos acercamos a esas obstrucciones desmesuradas e incompletas lentamente y de mala gana. Ojalá no nos hubiéramos acercado nunca a ellos, sino que hubiéramos salido corriendo a toda velocidad de aquel túnel blasfemo con suelos grasientos y

murales degenerados que imitaban y se burlaban de las cosas que habían sustituido, antes de que hubiéramos visto lo que vimos y antes de que nuestras mentes se quemaran con algo que nunca nos dejará respirar con facilidad.

Nuestras dos antorchas se dirigieron a los objetos postrados, de modo que pronto nos dimos cuenta del factor dominante en su carácter incompleto. Aplastados, comprimidos, retorcidos y rotos como estaban, su principal lesión común era la decapitación total. A cada uno de ellos le habían quitado la cabeza de estrella de mar con tentáculos, y al acercarnos vimos que la forma de quitarla se parecía más a un desgarramiento o succión infernal que a cualquier forma ordinaria de escisión. Su ruidoso icor verde oscuro formaba un gran charco que se extendía, pero su hedor quedaba medio eclipsado por el más nuevo y extraño hedor, aquí más penetrante que en cualquier otro punto de nuestra ruta. Sólo cuando nos habíamos acercado mucho a las obstrucciones en expansión pudimos rastrear ese segundo e inexplicable fétido hasta una fuente inmediata, y en el instante en que lo hicimos Danforth, recordando ciertas esculturas muy vívidas de la historia de los Antiguos en la Era Pérmica, hace ciento cincuenta millones de años, dio rienda suelta a un grito torturado por los nervios que resonó históricamente a través de ese pasaje abovedado y arcaico con las tallas malignas del palimpsesto.

Yo mismo estuve a punto de hacerme eco de su grito, ya que también había visto aquellas esculturas primigenias y había admirado con escalofríos la forma en que el artista sin nombre había sugerido esa horrible capa de baba que se encuentra en ciertos Antiguos incompletos y postrados, aquellos a los que los espantosos Shoggoths habían matado y chupado hasta dejarlos sin cabeza en la gran guerra de resubordinación. Eran esculturas

infames, de pesadilla, incluso cuando contaban cosas antiguas y pasadas; porque los Shoggoths y su obra no deberían ser vistos por los seres humanos ni retratados por ningún ser. El loco autor del Necronomicón había intentado jurar nerviosamente que no se había criado ninguno en este planeta, y que sólo los soñadores drogados los habían concebido. Protoplasma informe capaz de burlarse y reflejar todas las formas y órganos y procesos -aglutinaciones viscosas de células burbujeantes- esferoides de cuatro metros infinitamente plásticos y dúctiles -esclavos de la sugestión, constructores de ciudades-, ¡cada vez más hoscos, cada vez más inteligentes, cada vez más anfibios, cada vez más imitativos! ¡Dios mío! ¿Qué locura hizo que incluso aquellos blasfemos Antiguos estuvieran dispuestos a usar y tallar tales cosas?

Y ahora, cuando Danforth y yo vimos la baba negra, brillante y reflectivamente iridiscente, que se aferraba densamente a aquellos cuerpos sin cabeza y apeataba obscenamente con aquel nuevo y desconocido olor cuya causa sólo podía prever una fantasía enferma, que se aferraba a aquellos cuerpos y chispeaba menos voluminosamente en una parte lisa de la acuciantemente reesculpida pared en una serie de puntos agrupados, comprendimos la cualidad del miedo cósmico hasta sus últimas consecuencias. No era miedo a esos otros cuatro desaparecidos, pues sospechábamos demasiado bien que no volverían a hacer daño. ¡Pobres diablos! Al fin y al cabo, no eran malvados de su especie. Eran hombres de otra época y de otro orden del ser. La naturaleza les había gastado una broma infernal -como lo hará con cualquier otro que la locura, la insensibilidad o la crueldad humanas puedan desenterrar en lo sucesivo en aquel espantoso residuo polar muerto o dormido- y éste era su trágico regreso a casa. Ni siquiera habían sido salvajes, pues ¿qué habían hecho? Aquel horrible despertar en el frío de una época desconocida, tal vez un ataque de los cuadrúpedos peludos que ladraban frenéticamente, y una defensa aturdida contra ellos y contra los simios blancos

igualmente frenéticos con sus extraños envoltorios y parafernalia . . . el pobre Lake, el pobre Gedney... ¡y los pobres Antiguos! Científicos hasta el final: ¿qué habían hecho ellos que no hubiéramos hecho nosotros en su lugar? Dios, ¡qué inteligencia y persistencia! ¡Qué manera de enfrentarse a lo increíble, igual que aquellos parientes y antepasados tallados se habían enfrentado a cosas sólo un poco menos increíbles! Radiados, vegetales, monstruosidades, engendros estelares... ¡sean lo que sean, eran hombres!

Habían cruzado los picos helados en cuyas laderas templadas habían adorado una vez y vagado entre los helechos arbóreos. Habían encontrado su ciudad muerta, que se consumía bajo su maldición, y habían leído sus últimos días tallados como nosotros. Habían tratado de llegar a sus compañeros vivos en las legendarias profundidades de la oscuridad que nunca habían visto, y ¿qué habían encontrado? Todo esto pasó al unísono por los pensamientos de Danforth y míos cuando miramos desde aquellas formas sin cabeza y cubiertas de baba hasta las repugnantes esculturas de palimpsesto y los diabólicos grupos de puntos de baba fresca en la pared junto a ellas; miramos y comprendimos lo que debía haber triunfado y sobrevivido allí abajo, en la ciclópea ciudad acuática de aquella noche, de aquel abismo nocturno y rodeado de pingüinos, del que incluso ahora una siniestra niebla rizada había empezado a eructar pálidamente como si respondiera al grito histérico de Danforth.

La conmoción de reconocer aquel monstruoso limo y la falta de cabeza nos había congelado hasta convertirnos en estatuas mudas e inmóviles, y sólo a través de conversaciones posteriores hemos sabido de la completa identidad de nuestros pensamientos en aquel momento. Parecían eones los que permanecimos allí, pero en realidad no pudieron ser más de diez o quince segundos. Aquella

odiosa y pálida niebla se enroscó hacia adelante como si fuera verdaderamente impulsada por algún remoto bulto que avanzaba, y entonces llegó un sonido que alteró gran parte de lo que acabábamos de decidir y, al hacerlo, rompió el hechizo y nos permitió correr como locos entre pingüinos graznantes y confusos por nuestro antiguo sendero de regreso a la ciudad, a lo largo de corredores megalíticos hundidos en el hielo hasta el gran círculo abierto, y subir por aquella arcaica rampa en espiral en una frenética y automática zambullida hacia el aire exterior sano y la luz del día.

El nuevo sonido, como he insinuado, alteró mucho de lo que habíamos decidido; porque era lo que la pobre disección de Lake nos había llevado a atribuir a los que habíamos juzgado muertos. Era, según me dijo Danforth más tarde, precisamente lo que él había captado en forma infinitamente amortiguada cuando se encontraba en aquel lugar, más allá de la esquina del callejón, por encima del nivel glaciario; y ciertamente tenía un chocante parecido con los golpes de viento que ambos habíamos oído alrededor de las elevadas cuevas de la montaña. A riesgo de parecer pueril, añadiré también otra cosa, aunque sólo sea por la sorprendente forma en que las impresiones de Danforth coincidían con las mías. Por supuesto, la lectura común es lo que nos preparó a ambos para hacer la interpretación, aunque Danforth ha insinuado extrañas nociones sobre fuentes insospechadas y prohibidas a las que Poe pudo haber tenido acceso cuando escribió su Arthur Gordon Pym hace un siglo. Se recordará que en ese cuento fantástico hay una palabra de significado desconocido, pero terrible y prodigioso, relacionada con la Antártida y gritada eternamente por los gigantescos pájaros espectralmente nevados del núcleo de esa región maligna. "¡Tekeli-li! Tekeli-li!" Eso, puedo admitir, es exactamente lo que creímos oír transmitido por ese sonido repentino detrás de la niebla blanca que avanzaba: ese insidioso gorjeo musical en un rango singularmente amplio.

Estábamos en plena huida antes de que se pronunciaran tres notas o sílabas, aunque sabíamos que la rapidez de los Antiguos permitiría a cualquier superviviente de la matanza, despertado por los gritos y perseguidor, alcanzarnos en un momento si realmente lo deseaba. Sin embargo, teníamos la vaga esperanza de que una conducta no agresiva y una muestra de razón afín podrían hacer que tal ser nos perdonara en caso de captura, aunque sólo fuera por curiosidad científica. Al fin y al cabo, si ese ser no tenía nada que temer por sí mismo, no tendría ningún motivo para hacernos daño. Como el ocultamiento era inútil en esta coyuntura, usamos nuestra antorcha para echar un vistazo detrás, y percibimos que la niebla estaba disminuyendo. ¿Veríamos, por fin, un ejemplar completo y vivo de aquellos otros? Volvió a sonar ese insidioso canto musical: "¡Tekeli-li! Tekeli-li!" Entonces, al ver que nos acercábamos a nuestro perseguidor, se nos ocurrió que el ente podría estar herido. Sin embargo, no podíamos arriesgarnos, ya que era obvio que se acercaba en respuesta al grito de Danforth, y no huyendo de cualquier otra entidad. El momento era demasiado cercano para admitir dudas. No podíamos adivinar el paradero de esa pesadilla menos concebible y menos mencionable, esa montaña fétida e inédita de protoplasma que escupe limo, cuya raza había conquistado el abismo y enviado a los pioneros de la tierra a tallar y retorcerse en las madrigueras de las colinas, y nos costó una verdadera punzada dejar a este viejo probablemente lisiado, tal vez un único superviviente, a merced del peligro de ser recapturado y de un destino sin nombre.

Gracias al cielo, no disminuimos nuestra carrera. La niebla se había espesado de nuevo y avanzaba con mayor velocidad, mientras los pingüinos extraviados en nuestra retaguardia graznaban y gritaban y mostraban signos de pánico realmente sorprendentes en vista de

su confusión relativamente menor cuando los habíamos adelantado. Una vez más se oyó ese siniestro y extenso canto: "¡Tekeli-li! Tekeli-li!" Nos habíamos equivocado. La cosa no estaba herida, sino que simplemente se había detenido al encontrar los cuerpos de sus congéneres caídos y la inscripción infernal de baba sobre ellos. Nunca pudimos saber qué era ese mensaje demoníaco, pero aquellos entierros en el campamento de Lake habían demostrado la importancia que los seres daban a sus muertos. Nuestra imprudente antorcha revelaba ahora ante nosotros la gran caverna abierta en la que convergían varios caminos, y nos alegrábamos de dejar atrás aquellas mórbidas esculturas palimpsesto, casi sentidas incluso cuando apenas se veían. Otro pensamiento que nos inspiró la llegada a la cueva fue la posibilidad de perder a nuestro perseguidor en este desconcertante foco de grandes galerías. Había varios de los pingüinos albinos ciegos en el espacio abierto, y parecía claro que su miedo a la entidad que se acercaba era extremo hasta el punto de ser inexplicable. Si en ese momento atenuábamos nuestra linterna hasta el límite más bajo de la necesidad de viajar, manteniéndola estrictamente delante de nosotros, los asustados movimientos de graznido de las enormes aves en la niebla podrían amortiguar nuestras pisadas, apantallar nuestro verdadero rumbo y, de alguna manera, establecer una falsa pista. En medio de la niebla agitada y espiralada, el suelo del túnel principal más allá de este punto, que se diferenciaba de las otras madrigueras mórbidamente pulidas, apenas podía constituir un rasgo altamente distintivo; incluso, hasta donde podíamos conjeturar, por aquellos indicados sentidos especiales que hacían a los Antiguos parcialmente, aunque imperfectamente, independientes de la luz en las emergencias. De hecho, teníamos cierto temor de no extraviarnos nosotros mismos con las prisas. Porque, por supuesto, habíamos decidido seguir en línea recta hacia la ciudad muerta; ya que las consecuencias de la pérdida en aquellos desconocidos panales de las estribaciones serían impensables.

El hecho de que sobreviviéramos y saliéramos a flote es prueba suficiente de que la cosa tomó una galería equivocada mientras que nosotros dimos providencialmente con la correcta. Los pingüinos por sí solos no podrían habernos salvado, pero en conjunción con la niebla parecen haberlo hecho. Sólo un destino benigno mantuvo los vapores rizados lo suficientemente espesos en el momento oportuno, pues cambiaban constantemente y amenazaban con desvanecerse. De hecho, se levantaron durante un segundo justo antes de que saliéramos del nauseabundo túnel hacia la cueva; de modo que realmente captamos una primera y única media visión de la entidad que se acercaba cuando lanzamos una última y desesperadamente temerosa mirada hacia atrás antes de atenuar la antorcha y mezclarnos con los pingüinos con la esperanza de esquivar la persecución. Si el destino que nos protegió fue benigno, el que nos dio la media visión fue infinitamente lo contrario, ya que a ese destello de semivisión puede atribuirse la mitad del horror que nos ha perseguido desde entonces.

El motivo exacto por el que volvimos a mirar hacia atrás tal vez no fuera más que el instinto inmemorial del perseguido de calibrar la naturaleza y el curso de su perseguidor; o tal vez fuera un intento automático de responder a una pregunta subconsciente planteada por uno de nuestros sentidos. En medio de nuestra huida, con todas nuestras facultades centradas en el problema de la huida, no estábamos en condiciones de observar y analizar los detalles; sin embargo, aun así, nuestras células cerebrales latentes debieron preguntarse por el mensaje que les traían nuestras fosas nasales. Después nos dimos cuenta de lo que era: que nuestra retirada del fétido revestimiento de limo de aquellos obstáculos sin cabeza, y la coincidente aproximación de la entidad perseguidora, no nos había traído el intercambio de olores que la lógica exigía. En la vecindad de las cosas postradas, ese nuevo y últimamente inexplicable feto había sido totalmente dominante; pero a estas alturas debería haber

cedido en gran medida al hedor sin nombre asociado a esos otros. Pero no lo había hecho, ya que, en cambio, el olor más nuevo y menos soportable estaba ahora prácticamente sin diluir, y crecía más y más venenosamente insistente a cada segundo.

Así que miramos hacia atrás, al parecer simultáneamente, aunque sin duda el incipiente movimiento de uno provocó la imitación del otro. Mientras lo hacíamos, encendimos ambas antorchas con toda su fuerza en la niebla momentáneamente diluida; ya sea por pura ansiedad primitiva de ver todo lo que podíamos, o en un esfuerzo menos primitivo pero igualmente inconsciente de deslumbrar a la entidad antes de atenuar nuestra luz y esquivar entre los pingüinos del laberinto-centro que teníamos delante. ¡Infeliz acto! Ni el propio Orfeo, ni la mujer de Lot, pagaron mucho más caro una mirada hacia atrás. Y de nuevo se oyó aquel chocante y extenso canto: "¡Tekeli-li! Tekeli-li!"

También podría ser sincero -aunque no pueda soportar ser del todo directo- al exponer lo que vimos; aunque en aquel momento creímos que no debía admitirse ni siquiera entre nosotros. Las palabras que llegan al lector no pueden ni siquiera sugerir lo terrible de la visión en sí. Nos paralizó la conciencia tan completamente que me sorprende que tuviéramos el sentido común residual para atenuar nuestras antorchas como habíamos planeado, y para tomar el túnel correcto hacia la ciudad muerta. Sólo el instinto debió de llevarnos, quizá mejor que la razón; aunque si eso fue lo que nos salvó, pagamos un alto precio. De la razón nos quedaba ciertamente poco.

Danforth estaba totalmente desquiciado, y lo primero que recuerdo del resto del viaje es haberle oído entonar, aturdido, una fórmula histórica en la que sólo yo podría haber encontrado algo más que una insana irrelevancia. Reverberó en ecos de falsete entre los graznidos de los pingüinos; reverberó a través de las bóvedas de adelante y -gracias a Dios- a través de las bóvedas ahora vacías de atrás. No podía haber comenzado de inmediato; de lo contrario, no habríamos estado vivos y corriendo a ciegas. Me estremece pensar en lo que podría haber supuesto un matiz de diferencia en sus reacciones nerviosas.

"South Station Under-Washington Under-Park Street Under-Kendall-Central-Harvard. . . ." El pobre hombre estaba cantando las conocidas estaciones del túnel Boston-Cambridge que atravesaba nuestra pacífica tierra natal a miles de kilómetros de distancia en Nueva Inglaterra, pero para mí el ritual no tenía ni irrelevancia ni sensación de hogar. Sólo tenía horror, porque conocía con certeza la monstruosa y nefasta analogía que lo había sugerido. Habíamos esperado, al mirar hacia atrás, ver una terrible e increíble entidad en movimiento si las nieblas eran lo suficientemente finas; pero de esa entidad nos habíamos formado una idea clara. Lo que vimos -pues las nieblas eran, en efecto, muy malignamente delgadas- fue algo totalmente diferente, e inconmensurablemente más horrible y detestable. Era la encarnación absoluta y objetiva de la "cosa que no debería ser" del novelista fantástico; y su análogo más comprensible es un inmenso tren subterráneo en marcha, tal y como se ve desde el andén de una estación: el gran frente negro asomando colosalmente desde la infinita distancia subterránea, constelado con luces de extraños colores y llenando la prodigiosa madriguera como un pistón llena un cilindro.

Pero no estábamos en el andén de una estación. Estábamos en la vía adelante mientras la pesadilla, la columna de plástico de fétida iridiscencia negra rezumaba con fuerza hacia adelante a través de su seno de cuatro metros, adquiriendo una velocidad impía y conduciendo ante ella una nube espiral, cada vez más espesa, del pálido vapor del abismo. Era una cosa terrible e indescriptible, más grande que cualquier tren subterráneo: un conglomerado informe de burbujas protoplásmicas, débilmente autoluminiscentes, y con miríadas de ojos temporales que se formaban y deshacían como pústulas de luz verdosa por todo el frente que llenaba el túnel y que se abalanzaba sobre nosotros, aplastando a los frenéticos pingüinos y deslizándose por el reluciente suelo que él y los de su clase habían barrido tan malvadamente de toda la basura. Seguía llegando ese grito eldritch y burlón: "¡Tekeli-li! Tekeli-li!" y por fin recordamos que los endemoniados Shoggoths -dotados de vida, pensamiento y patrones de órganos plásticos únicamente por los Antiguos, y sin más lenguaje que el que expresaban los grupos de puntos- tampoco tenían más voz que los acentos imitados de sus antiguos amos.

XII

Danforth y yo tenemos recuerdos de haber emergido en el gran hemisferio esculpido y de haber enhebrado nuestro camino de regreso a través de las salas y corredores ciclópeos de la ciudad muerta; sin embargo, se trata de fragmentos puramente oníricos que no implican ningún recuerdo de voluntad, detalles o esfuerzo físico. Era como si flotáramos en un mundo o dimensión nebulosa sin tiempo, causalidad ni orientación. La gris luz de medio día del vasto espacio circular nos tranquilizó un poco; pero no nos acercamos a esos trineos escondidos ni volvimos a mirar al pobre Gedney y al perro. Tienen un extraño y titánico mausoleo, y espero que el final de este planeta los encuentre todavía imperturbables.

Fue mientras subíamos con dificultad la colosal pendiente en espiral cuando sentimos por primera vez la terrible fatiga y la falta de aliento que nos había producido nuestra carrera por el fino aire de la meseta; pero ni siquiera el miedo al colapso pudo hacer que nos detuviéramos antes de alcanzar el reino exterior normal del sol y el cielo. Había algo vagamente apropiado en nuestra salida de aquellas épocas enterradas; pues mientras ascendíamos jadeantes por el cilindro de sesenta pies de mampostería primigenia, vislumbramos a nuestro lado una procesión continua de esculturas heroicas en la técnica temprana y no descompuesta de la raza muerta: una despedida de los Antiguos, escrita hace cincuenta millones de años.

Al final, al llegar a la cima, nos encontramos en un gran montículo de bloques desplomados, con las paredes curvas de las piedras

más altas que se alzaban hacia el oeste, y los picos de las grandes montañas que se veían más allá de las estructuras más desmoronadas hacia el este. El bajo sol antártico de medianoche se asomaba rojizo desde el horizonte sur a través de las grietas de las escarpadas ruinas, y la terrible edad y la muerte de la ciudad de pesadilla parecían aún más crudas por contraste con cosas tan relativamente conocidas y acostumbradas como las características del paisaje polar. El cielo era una masa agitada y opalescente de tenues vapores de hielo, y el frío nos atenazaba. Descansando fatigosamente las bolsas de equipo a las que nos habíamos aferrado instintivamente durante nuestra desesperada huida, volvimos a abrochar nuestras pesadas prendas para la tropezada bajada del montículo y la caminata a través del eterno laberinto de piedras hasta las estribaciones donde nos esperaba nuestro avión. De lo que nos había hecho huir de aquella oscuridad de los golfos secretos y arcaicos de la tierra no dijimos nada en absoluto.

En menos de un cuarto de hora habíamos encontrado la empinada pendiente hacia las estribaciones -la probable antigua terraza por la que habíamos descendido- y podíamos ver el oscuro bulto de nuestro gran avión entre las escasas ruinas de la pendiente ascendente que teníamos delante. A mitad de camino hacia nuestra meta nos detuvimos para respirar momentáneamente y nos volvimos para mirar de nuevo la fantástica maraña de increíbles formas de piedra que había debajo de nosotros, una vez más perfiladas místicamente contra un oeste desconocido. Al hacerlo, vimos que el cielo más allá había perdido su neblina matutina; los inquietos vapores de hielo se habían desplazado hasta el cenit, donde sus burlones contornos parecían a punto de asentarse en algún extraño patrón que temían hacer del todo definitivo o concluyente.

Ahora se revelaba en el último horizonte blanco, detrás de la grotesca ciudad, una línea tenue y elfina de color violeta, cuyas alturas puntiagudas se asomaban como un sueño contra el atractivo color rosa del cielo occidental. Hacia este borde resplandeciente se inclinaba la antigua meseta, el curso deprimido del antiguo río que la atravesaba como una cinta irregular de sombra. Durante un segundo jadeamos admirando la belleza cósmica sobrenatural de la escena, y luego un vago horror comenzó a introducirse en nuestras almas. Porque esta lejana línea violeta no podía ser otra cosa que las terribles montañas de la tierra prohibida: el más alto de los picos de la tierra y el foco del mal de la tierra; albergadores de horrores sin nombre y de secretos arcaicos; rechazados y rezados por aquellos que temían tallar su significado; no visitados por ningún ser vivo de la tierra, pero visitados por los siniestros relámpagos y que envían extraños rayos a través de las llanuras en la noche polar; sin duda el arquetipo desconocido de ese temido Kadath en el Frío Desperdicio más allá del aborrecible Leng, del que las leyendas primigenias insinúan evasivamente. Fuimos los primeros seres humanos en verlos, y espero que seamos los últimos.

Si los mapas esculpidos y las imágenes de aquella ciudad prehumana lo decían de verdad, estas crípticas montañas violetas no podían estar a mucho menos de trescientas millas de distancia; sin embargo, su tenue esencia élfica aparecía con toda nitidez por encima de aquel remoto y nevado borde, como el borde serrado de un monstruoso planeta alienígena a punto de elevarse hacia los cielos desacostumbrados. Su altura, por tanto, debía de ser tremenda, más allá de toda comparación, y los llevaba hasta los tenues estratos atmosféricos, poblados únicamente por espectros gaseosos de los que los aviadores temerarios apenas han vivido para susurrar después de inexplicables caídas. Al contemplarlas, pensé con nerviosismo en ciertos indicios esculpidos de lo que el gran río del pasado había arrastrado a la ciudad desde sus malditas

laderas, y me pregunté cuánto sentido y cuánta insensatez había en los temores de aquellos Antiguos que las esculpieron con tanta reticencia. Recordé que su extremo norte debía estar cerca de la costa de la Tierra de la Reina María, donde incluso en ese momento la expedición de Sir Douglas Mawson estaba sin duda trabajando a menos de mil millas de distancia; y esperé que ningún destino maligno diera a Sir Douglas y a sus hombres una visión de lo que podría estar más allá de la cordillera costera protectora. Tales pensamientos constituían una medida de mi estado de agitación en aquel momento, y Danforth parecía estar aún peor.

Sin embargo, mucho antes de que pasáramos la gran ruina en forma de estrella y llegáramos a nuestro plano, nuestros temores se habían trasladado a la cordillera menor, pero lo suficientemente vasta, cuyo recruzamiento estaba delante de nosotros. Desde estas estribaciones, las negras laderas cubiertas de ruinas se alzaban descarnadas y horrendas contra el este, recordándonos de nuevo aquellas extrañas pinturas asiáticas de Nicholas Roerich; y cuando pensamos en las espantosas entidades amorfas que podrían haberse abierto paso retorciéndose fétidamente incluso hasta los pináculos huecos más altos, no pudimos afrontar sin pánico la perspectiva de volver a navegar por aquellas sugestivas bocas de cueva hacia el cielo, donde el viento producía sonidos como un malvado gorjeo musical sobre una amplia gama. Para empeorar las cosas, vimos claros rastros de niebla local alrededor de varias de las cumbres -como debió de hacer el pobre Lake cuando cometió aquel temprano error sobre el vulcanismo- y pensamos con escalofríos en aquella niebla afín de la que acabábamos de escapar; en eso, y en el blasfemo abismo que fomenta el horror de donde proceden todos esos vapores.

Todo estaba bien con el avión, y nos pusimos torpemente nuestras pesadas pieles de vuelo. Danforth puso en marcha el motor sin problemas, y despegamos sin problemas sobre la ciudad de pesadilla. Debajo de nosotros, la primitiva mampostería ciclópea se extendía como lo había hecho cuando la vimos por primera vez -tan corta, pero infinitamente larga, hace tiempo- y comenzamos a elevarnos y girar para probar el viento para nuestro cruce a través del paso. A un nivel muy alto debía de haber una gran perturbación, ya que las nubes de polvo de hielo del cenit hacían toda clase de cosas fantásticas; pero a veinticuatro mil pies, la altura que necesitábamos para el paso, encontramos la navegación bastante practicable. A medida que nos acercábamos a los picos que sobresalían, el extraño ruido del viento volvió a manifestarse, y pude ver cómo las manos de Danforth temblaban a los mandos. Como aficionado, pensé en ese momento que podría ser mejor navegante que él para efectuar el peligroso cruce entre los pináculos; y cuando hice gestos para cambiar de asiento y asumir sus funciones, no protestó. Intenté mantener toda mi destreza y autoconfianza, y miré fijamente el sector de cielo rojizo entre las paredes del paso, negándome rotundamente a prestar atención a las bocanadas de vapor de la cima de la montaña, y deseando tener oídos tapados con cera, como los hombres de Ulises en la costa de la Sirena, para alejar de mi conciencia aquel molesto ruido de viento.

Pero Danforth, liberado de su pilotaje y excitado hasta un peligroso tono de nerviosismo, no podía quedarse callado. Le sentí girar y retorcerse mientras miraba hacia atrás, a la terrible ciudad que se alejaba, hacia delante, a los picos llenos de cuevas y cubos, hacia los lados, al sombrío mar de estribaciones nevadas y sembradas de rampas, y hacia arriba, al cielo hirviente y grotescamente nublado. Fue entonces, justo cuando intentaba dirigirme con seguridad a través del paso, cuando sus locos chillidos nos acercaron al desastre al romper mi fuerte control sobre mí mismo y hacerme tantear impotentemente los mandos durante un momento. Un

segundo después triunfó mi resolución y logramos cruzar sin problemas, pero me temo que Danforth nunca volverá a ser el mismo.

Ya he dicho que Danforth se negó a decirme qué horror final le hizo gritar tan locamente, un horror que, estoy tristemente seguro, es el principal responsable de su actual colapso. Tuvimos fragmentos de conversación a gritos por encima del silbido del viento y el zumbido del motor cuando llegamos al lado seguro de la cordillera y descendimos lentamente hacia el campamento, pero eso tenía que ver sobre todo con las promesas de secreto que habíamos hecho cuando nos preparábamos para dejar la ciudad de pesadilla. Habíamos acordado que ciertas cosas no debían ser conocidas ni discutidas a la ligera, y no hablaría de ellas ahora si no fuera por la necesidad de rechazar a la expedición Starkweather-Moore y a otras, a cualquier precio. Es absolutamente necesario, por la paz y la seguridad de la humanidad, que se deje en paz a algunos de los rincones oscuros y muertos de la Tierra y a las profundidades no exploradas; no sea que las anomalías dormidas despierten a la vida resurgente, y que las pesadillas blasfemamente supervivientes se retuerzan y salgan de sus negras guaridas hacia nuevas y más amplias conquistas.

Todo lo que Danforth ha insinuado es que el horror final fue un espejismo. No fue, declara, nada relacionado con los cubos y las cuevas de esas montañas de la locura, vaporosas y llenas de gusanos, que cruzamos; sino una única visión fantástica y demoníaca, entre las agitadas nubes cenitales, de lo que había detrás de esas otras montañas violetas hacia el oeste que los Antiguos habían rechazado y temido. Es muy probable que se tratara de un puro delirio nacido de las tensiones anteriores por las que habíamos pasado, y del espejismo real, aunque no reconocido,

de la ciudad transmontana muerta experimentada cerca del campamento de Lake el día anterior; pero fue tan real para Danforth que todavía lo sufre.

En raras ocasiones ha susurrado cosas inconexas e irresponsables sobre "El pozo negro", "el borde tallado", "los proto-Shoggoths", "los sólidos sin ventanas con cinco dimensiones", "el cilindro sin nombre", "el anciano Pharos", "Yog-Sothoth", "la gelatina blanca primigenia", "el color fuera del espacio", "las alas", "los ojos en la oscuridad", "la escalera lunar", "lo original, lo eterno, lo imperecedero", y otras concepciones extrañas; pero cuando es completamente él mismo repudia todo esto y lo atribuye a su curiosa y macabra lectura de años anteriores. Danforth, de hecho, es conocido por ser uno de los pocos que se han atrevido a revisar por completo esa copia del Necronomicón plagada de gusanos que se guarda bajo llave en la biblioteca de la universidad.

El cielo más alto, mientras cruzábamos la cordillera, era sin duda bastante vaporoso y perturbado; y aunque no vi el cenit, puedo imaginar que sus remolinos de polvo de hielo pueden haber tomado formas extrañas. La imaginación, sabiendo lo vívidas que pueden ser a veces las escenas distantes reflejadas, refractadas y magnificadas por tales capas de nubes inquietas, podría haber aportado fácilmente el resto, y, por supuesto, Danforth no insinuó ninguno de estos horrores específicos hasta después de que su memoria hubiera tenido la oportunidad de recurrir a su lectura pasada. Nunca podría haber visto tanto en una sola mirada instantánea.

En ese momento, sus gritos se limitaron a la repetición de una única y alocada palabra de origen demasiado obvio: "¡Tekeli-li! Tekeli-li!"

FIN

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

**Podrás encontrar muchos más libros de dominio público en
nuestra web**

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII